

Acad.-II
Esp.-92

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN NAVARRO REVERTER

el día 6 de diciembre de 1914.

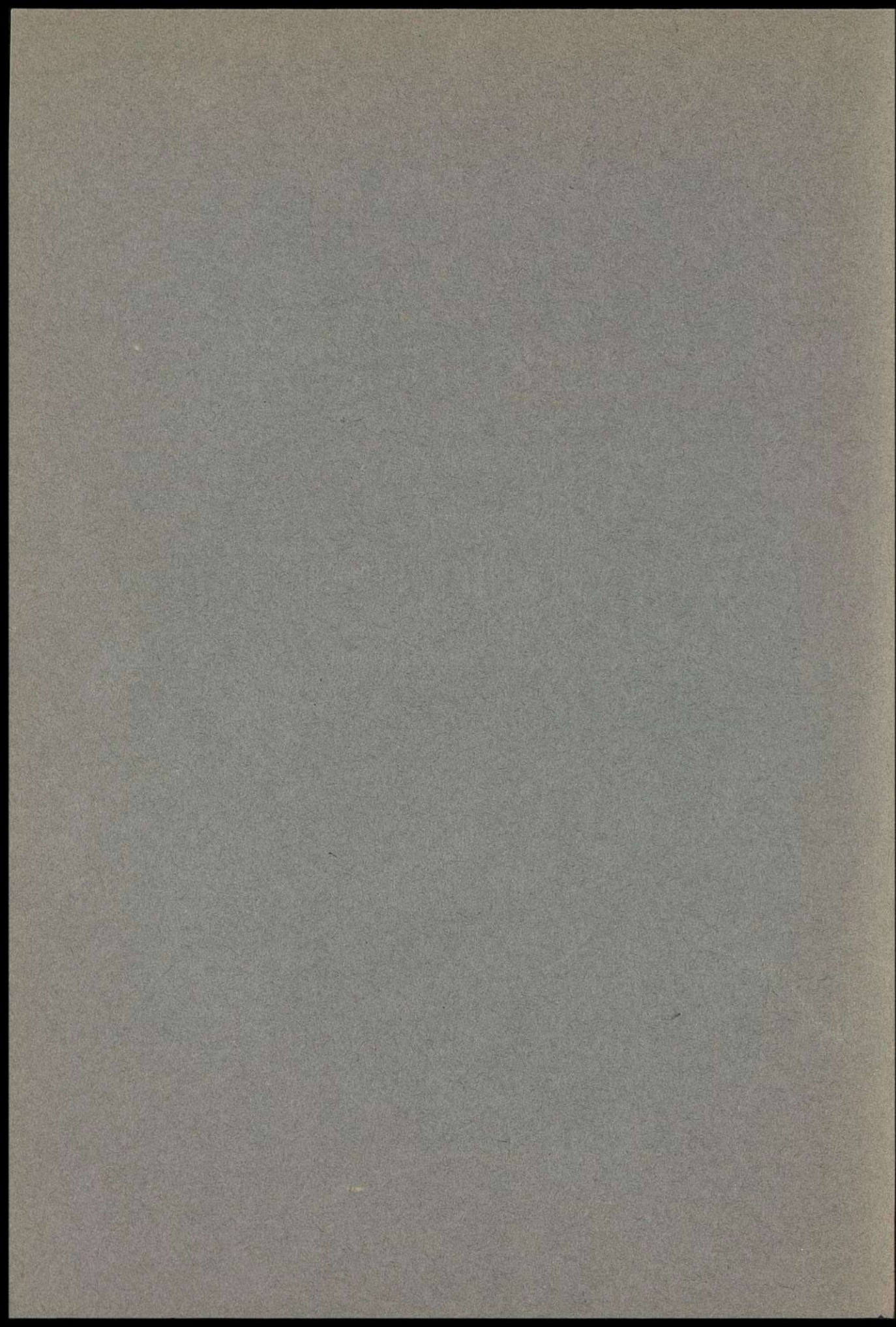


MADRID

IMP. DE LA SUC. DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

1914



R40696

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN NAVARRO REVERTER

el día 6 de diciembre de 1914.



MADRID

IMP. DE LA SUC. DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

1914

DISCUSSION

GENERAL CONCLUSIONS

REFERENCES

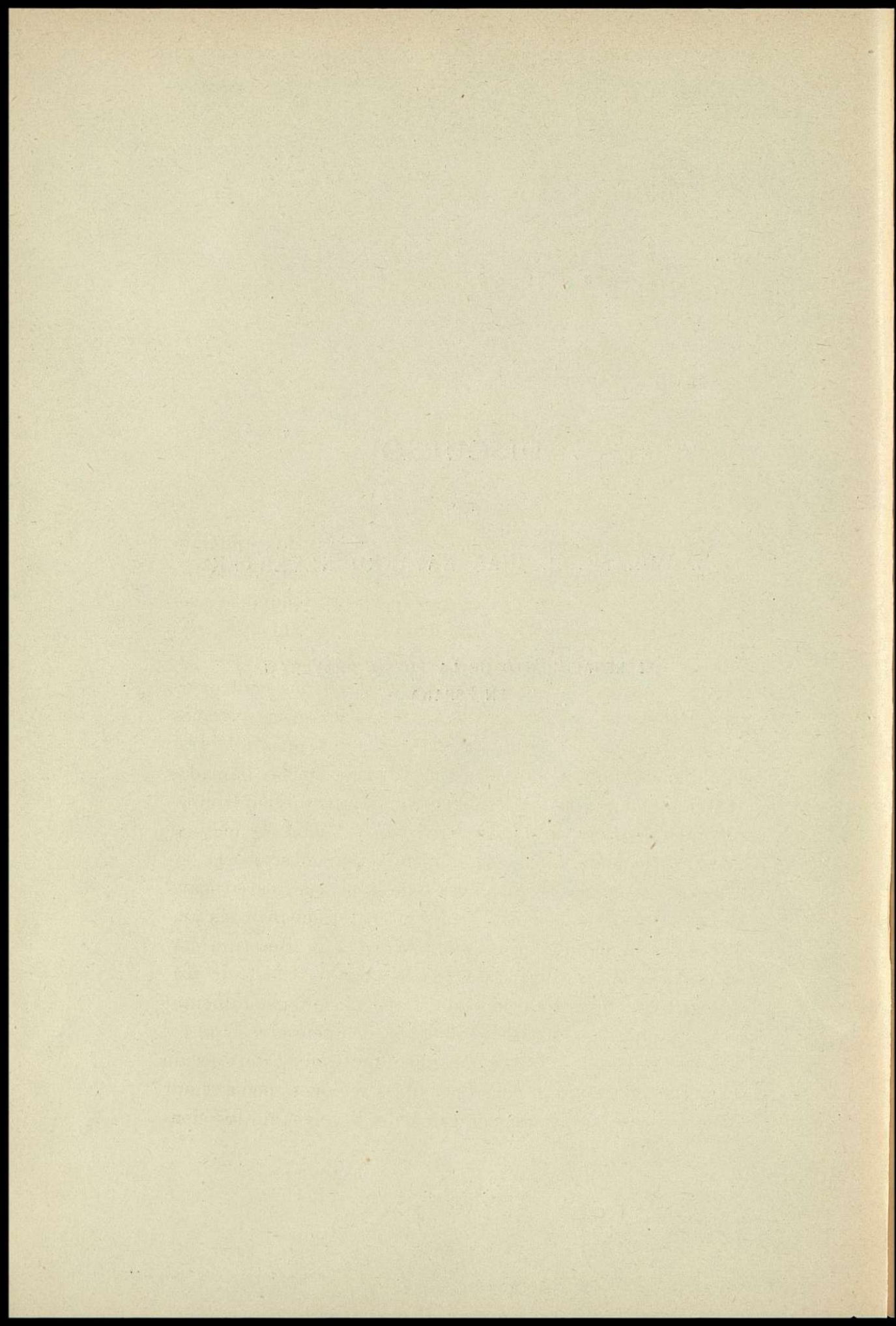
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
CHICAGO, ILLINOIS

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN NAVARRO REVERTER

EL RENACIMIENTO DE LA POESÍA PROVENZAL
EN ESPAÑA



Señores Académicos:

Cuando en los días, ya lejanos, de mi vida de estudiante asistía, con algunos otros camaradas de las Escuelas de Ingenieros, a las solemnes recepciones académicas que se celebraban en vuestra antigua casa de la calle de Valverde, nos deleitábamos escuchando las brillantes oraciones, cuyos variados temas nos daban ocasión para empeñadas controversias. Revelábase así una antinomia frecuente en las extrañas manifestaciones del entendimiento humano, pues mientras la obligación me imponía el estudio de las ciencias, llamadas matemáticas por la rigidez de su razonamiento y su gimnasia mental severa, árida y abstrusa, la devoción me inclinaba al ejercicio de la función intelectual que describe la belleza con la magia de la palabra o de la pluma: recreo suave del espíritu, ameno, grato y placentero. Luchaban las arideces del algoritmo con las amenidades de la literatura clásica o las fantasías de la escuela romántica. El efecto psicológico que nos producía esta diferencia de tensión mental era, sin embargo, sedante, saludable, compensador, y al reanudar el estudio del simbolismo infinitesimal, fortalecido el ánimo con el grato vagar por otras regiones, podía seguir más vigoroso su áspera peregrinación a través de las cien-

cias del tiempo y de la extensión, del movimiento y de la fuerza.

Pues bien, señores: con toda ingenuidad declaro ahora que ni entonces, ni más tarde, cuando, subyugado por su elocuencia, aplaudía a los oradores en vuestras solemnidades, nunca juzgué realizable el temerario ensueño, que alguna vez sonrió a mi vanidad, de ocupar un puesto en el Areópago de la literatura española. Tan elevado y tan justo concepto tenía yo de este singular honor, y tan alejado e inmerecido lo estimé siempre para mis humildes facultades y mis escasas aptitudes.

Comprenderéis ahora cómo, al verme tan pródigamente honrado por vuestro indulgente y unánime voto, me siento perplejo y confundido al medir el dilatado espacio que media entre vuestra magnánima generosidad y la pobreza de mis recursos para corresponderla. Intentaría llenarlo con volúmenes sin cuento de mi inagotable gratitud, pero temo que lo flaco y endeble de este material impida formar el sólido terraplén que obra tamaña necesita. Para resolver este problema, que en mi atribulado espíritu adquiere caracteres de conflicto, sólo puedo ofreceros mi firme voluntad de trabajar, pues acaso añadiendo al público y explícito reconocimiento de una deuda, obligada por la merced recibida, aquella valiosa potencia del alma, se realice el milagro de que llegue yo a ser útil a las letras patrias, cuya pureza y esplendor están fiados a esta excelsa Academia, que con vuestra erudición, vuestro saber y vuestro talento tanto habéis elevado, y con vuestras sabias obras tanto habéis enaltecido.

*
* *

Ocupaba, pocos meses hace, en esta Academia, la silla que honraron, entre otros, los famosos preceptistas y poetas

Hermosilla, Gil y Zárate y García Gutiérrez, el Reverendo Padre Miguel Mir. De sus méritos y de su dilatada labor filosófica y literaria se ocupó, con la admirable maestría que en todos sus trabajos resplandece, el Sr. Menéndez y Pelayo, y fuera irrespetuoso el intento de nublar con pálidas glosas el primoroso discurso con que aquel prodigio del saber patrio dió al Padre Mir la bienvenida en nombre de la Academia. Vuestro acierto le designó para el cargo de Bibliotecario, y en verdad que, con su amor al trabajo y su vasta erudición, hízose digno de tan significativa confianza.

Revelóse su arte de polemista y la entereza de su carácter en ardientes discusiones sobre temas de disciplina eclesiástica, y cuando andaba en estos empeños ocupado, pagó a la tierra la deuda inexcusable que al nacer contraemos. A nuestros fervientes votos por su eterno descanso acompañan las oraciones para que la Providencia haya otorgado a su alma el premio merecido por los que han llenado sus deberes de buenos católicos en el curso de nuestra breve vida terrenal.

*
* *

Requieren los cánones de la Academia que, cumplidos ya los obligados deberes de gratitud y de piedad, ocupe vuestra atención con el desarrollo de un tema o materia que tan singular honor merezca. Entre perplejidades, dudas e incertidumbres han transcurrido algunos meses sin poder yo hilvanar cosa digna de vosotros, acabando por reconocer, con dolor, que la limitación del entendimiento opone a la más firme voluntad obstáculos invencibles para convertir el deseo en positivas realidades. Abandoné, pues, la idea de abordar temas exclusivamente filológicos, literarios o metafísicos, temeroso, lo confieso, de que en tales disquisiciones pudiera ocurrirme el caso de aquel bibliotecario, el

cual, habiendo a mano el «Tratado de las fluxiones», asombroso descubrimiento del inmortal Newton y verdadero origen del cálculo infinitesimal, lo clasificó entre los libros de medicina, y aun completó la papeleta asignándole la especialidad odontológica.

Por esto busqué piadoso refugio en los gloriosos recuerdos de mi tierra natal, para ofreceros, incorrecto y mal trazado, claro está, un boceto acerca del RENACIMIENTO DE LA POESÍA PROVENZAL EN ESPAÑA.

Como todo renacer envuelve la idea de una existencia anterior, cuyo conocimiento es indispensable para formar concepto cardinal del ser redivivo, se impone para nuestro caso el estudio de la poesía provenzal en su nacimiento, la noción de la época en que se desarrolló, el valor literario e influencia social que ejerciera tan famosa poesía. Crónicas, leyendas, historias y novelas acerca de esta materia llenan las bibliotecas, y fuera intento pecaminoso discurrir demasiado sobre cosas tan grandemente conocidas. Por eso limitaré mi modesta labor a presentaros, en forma rápida de exposición, esto es, a modo de revista cinematográfica, una película cuyo conjunto de imágenes pueda dar, si el acierto responde al deseo, idea de la poesía provenzal o lemosina en los tiempos medioevales, y de su lucido renacimiento actual.

*
* * *

La Edad Media.

Incesantes oleadas de pueblos bárbaros que durante tres siglos asolaron la Europa, habían derrumbado el poderoso Imperio de Occidente, cuyos Césares dictaron leyes al mundo desde las alturas del Capitolio. A la antigua civilización romana, iluminada con los resplandores de la sabiduría griega, sucedió el brutal reinado de una despótica barbarie. Godos y sajones, francos y germanos, vándalos y hérulos, borgoñones y lombardos, gépidos y alanos, se apoderan de Bre-

taña, de las Galias, de España y de las colonias africanas. Poco tiempo disfrutaron su conquista. Desde las cavernas de la Escandinavia bajan los normandos para invadir los Estados merovingios; abandonan la Tartaria los feroces hunos con Atila al frente; salvan el Don, llegan al Danubio, se extienden desde el Rhin al Tíber, y, heraldos del exterminio, esparcen el terror por las márgenes del Ródano, mientras los árabes del África, inflamados por su religión belicosa, cruzan el Estrecho, derrotan a los godos, dominan la España y llevan sus armas vencedoras hasta la Galia meridional.

Por doquier sangre y ruinas, desolación y muerte. El suelo de Europa se convierte durante siglos en campo de batalla, y tan profundo cataclismo crea, al fin, un nuevo equilibrio social en las naciones invadidas.

La dominación romana, como en sus tiempos la griega, habíase concentrado en las ciudades para proteger mejor la comunidad de intereses. La urbe era el comercio, el taller, el mercado, el foro, el tribunal, el arte, la utilidad, el sentimiento, la vida, en suma, de aquel férreo organismo centralizador, mientras que el campo, desdeñado, apenas producía. El trabajo del esclavo romano era pobre y ruin, engendro de la fuerza y del odio, expresión de una sociedad de grandezas y de vicios, de tiranía y de servidumbre, de patriciado y de plebe, de fastuosidad y de miseria.

Las hordas de los conquistadores asolaban las ciudades. Destruían las llamas el poblado; el hierro exterminaba los pobladores; las codicias se saciaban con el saqueo; los apetitos groseros, con la violación. Sobre las humeantes ruinas de la ciudad asentaba el vencedor su campamento; pero otra irrupción de nuevos conquistadores le arrebató su rapiña y le condenaba a la cruenta e inexorable ley del vencido.

Los territorios conquistados al bote de lanza llevaban aneja la soberanía y se repartían entre los jefes de las hor-

Las fortalezas.

das. Eran el premio de su valor y de la suerte. Dueño y señor de la tierra el jefe de la tribu instaurada, busca protección contra nuevas invasiones en las escabrosidades y en las cumbres de las montañas. Para defender la posición se abren fosos, se fabrican muros, se construyen torreones escalonados, se enlazan con sólidas murallas, y así aparece en las alturas escarpadas el castillo, como emblema gigantesco del nuevo equilibrio social.

El régimen feudal.

La tribu se hace sedentaria; su jefe, dueño de la tierra, es el señor del castillo. Necesita huestes para defenderlo, medios para mantenerlas, recursos para afirmar su jerarquía soberana. No le basta el precario botín de sus inciertas rapiñas; pero los campos, enriquecidos con un prolongado descanso, le darán, con el trabajo intensivo, abundantes cosechas. Entonces el señor, en interés propio, pacta con el esclavo, le cede la tierra en feudo a cambio de su trabajo, borra su vil condición social y lo transforma en siervo. Más tarde añade al canon la obligación del servicio para la guerra, y entonces el siervo se eleva a vasallo. Así consiguió el señor feudal rentas y riquezas, vasallos y ejércitos. Por su parte, el feudatario, con la seguridad de la tierra, la participación en el fruto de su trabajo y su condición militar, entrevió su futura personalidad: creó una familia, fundó un hogar y despertó su inteligencia. La división del trabajo aumentó sus aplicaciones, surgieron diversos oficios, se multiplicaron las viviendas, y su conjunto formó el pueblo protegido por el castillo. La vida humana se extendió por el monte y bajó a la llanura. Se trabajaba y se combatía. Era la aurora inicial de un progreso. Estas sucesivas evoluciones suavizaron el salvajismo primitivo de los conquistadores, y el régimen feudal, engendrado por la fuerza, mantenido por la tiranía, la violencia y la arbitrariedad, llegó a ser una institución política, militar, social y religiosa, característica de la Edad Media, que, a pesar de la brutalidad

de sus orígenes, creó el embrión de las libertades municipales (1).

Coincidencias misteriosas del destino. El feudalismo, fruto de la barbarie, prosiguió la obra redentora del cristianismo, fruto de la Divinidad. Redimido el hombre de la esclavitud, lo elevó desde siervo a vasallo, continuando así el camino de la igualdad entre los hombres, predicada por el Evangelio.

El sistema feudal en tales condiciones creado estaba necesariamente sujeto a jerarquías ganadas o mantenidas por el imperio de la fuerza. En este orden jerárquico ejercía el Rey un poder casi nominal sobre sus ennoblecidos vasallos; era, sí, el primero entre los señores feudales, duques, condes, barones, prelados o abades; pero cada señor era soberano en su territorio, y había tantos Estados diversos como señores feudales, sin otro vínculo con la suprema soberanía que cierto relativo vasallaje (2).

Todas las facultades soberanas, excepto la de acuñar

(1) En el largo transcurso de la Edad Media brillaron algunos relámpagos de progreso. Entre otras muchas leyes y reformas, pueden citarse, para probarlo, *La Carta*, de Inglaterra, de la libertad personal; la reforma del Derecho canónico; la organización municipal de muchas ciudades; el Código marítimo; las Cortes de algunos Reinos de España, limitando el poder real y dando representación política al estado llano; los fueros de Aragón, Valencia y Cataluña; la unión del pueblo con los Reyes para combatir el poderío rebelde e invasor del feudalismo y de la nobleza. El gran historiador César Cantú confirma este juicio en el hermoso discurso que precede á su *Historia Universal*, con las siguientes frases: «Existía, en efecto, barbarie; pero el carácter de aquellos tiempos era más bien el contraste entre la brutalidad de las acciones y la pureza de las máximas proclamadas por la Iglesia, por la caballería y por los poetas.

(2) La unión de la tierra con el soberano aislaba a cada una de las tribus, las cuales formaban tantos Estados como propiedades, Estados enteramente distintos, menos en una cierta cantidad de intereses comunes. En el momento de constituirse aquella sociedad, los feudatarios se agruparon en derredor de los condes y duques, por acaso o por vecindad, pero sin tener relación los unos con los otros, y la misma convergencia hacia un centro era más bien aparente que real. La idea abstracta del Estado cesaba, pues, sucediéndole la idea concreta del individuo, con el cual únicamente se estaba obligado. — César Cantú, *Historia Universal*, tomo III, pág. 494.

moneda, pertenecieron, durante tres siglos, a los señores feudales. Seguros de su poder, dictaban leyes a su antojo; ejercían la justicia sin apelación, porque unían la magistratura a la propiedad; eran señores absolutos de vidas y haciendas; se consideraban iguales al Rey, y no pocas veces desconocían su autoridad, le provocaban y le vencían (1).

El feudalismo fué la característica de aquel período secular; el castillo feudal fué su símbolo.

Esbozado el régimen, penetremos ahora en el castillo.

*
* *

El castillo feudal.

El castillo primitivo, convertido en centro de la vida, del movimiento y de las actividades del pueblo y del territorio, ensanchó sus dominios, fué corte, palacio, fortaleza y cuartel de aquel régimen. Es difícil, en los tiempos actuales, formarse cabal idea de lo que fueron en la Edad Media la sociedad, el señor feudal y su residencia.

En una altura que dominaba el pueblo y la mayor parte del territorio feudal, se erguía orgullosa la sombría mole del castillo. Una carrera de obstáculos, hacinados por la Naturaleza y el arte, formaban la primera línea de su defensa. Fosos, contrafuertes, empalizadas, cadenas, puentes levadizos, rastrillos, minas, emboscadas, zanjas, subterráneos y trampas hacían peligroso el acceso. Las puertas, guarnecidas de hierro, coronadas por cabezas de jabalíes, de lobos y

(1) Esta organización feudal, con diferencias regionales generalizada en Europa, no arraigó en España con tanta generalidad, porque la dominación árabe concentró todas las fuerzas cristianas en la épica e inmortal empresa de la Reconquista; pero las relaciones entre los Reyes y la nobleza, los prelados y el pueblo y los vínculos entre señores y feudatarios fueron bastante semejantes a los del régimen feudal.

de águilas, revelaban los ejercicios favoritos del castellano.

La arquitectura exterior, maciza, pesada, con torreones avanzados, murallones, barbacanas y aspilleras, era la impuesta por la defensa contra los medios guerreros de la época.

El interior obedecía a las necesidades de la muchedumbre que lo habitaba. Escuderos, hombres de armas, soldados, halconeros, piqueros, criados, pajes, siervos, cocineros, marmitones, palafreneros, mozos de cuadra, de tahona, de botillería, conductores, criadas, doncellas del servicio señorial y damas formaban la población ordinaria del castillo. Agregábanse los deudos, amigos, caballeros, peregrinos y frailes, para los cuales había siempre generosa hospitalidad. El servicio de personal tan numeroso y tan diverso exigía complicada distribución. Dormitorios a modo de cuarteles; parques de armaduras, lanzones, espadas, alabardas, mazas y arneses; patios para los ejercicios diarios; almacenes para provisiones de guerra y alimentos; cuadras numerosas; prisiones y calabozos en los sótanos y subterráneos; cocinas inmensas, con enormes hogares y gigantescas baterías; gallineros para centenares de aves; hornos, bodegas y despensas; antecocinas con largas mesas, donde se comía, se bebía y se jugaba, entre algazara y bullicio.

Los departamentos señoriales se decoraban con ostentosa riqueza. Salones espaciosos, amplios dormitorios, estancias especiales para damas, doncellas y pajes. Un dilatado comedor con chimenea colosal, donde ardían árboles enteros; anchos sitiales y cómodos sillones a su alrededor. Profusión de tapices y reposteros en las paredes; servicios de vajillas de oro y plata en los comedores; armaduras, escudos y panoplias; mesas de juego; laúdes, cítaras y bandurrias para entretenerse en las veladas, cuando bordaban o cosían las damas de la señorial mansión.

Las ordinarias ocupaciones en el castillo eran la prepa-

ración de la guerra y las partidas de caza. El señor meditaba planes de conquista, alardes y algaradas o batidas y carcerías. Mandaba los diarios ejercicios; visitaba las cuadras y las armerías; vigilaba los talleres y las dependencias; dirigía las maniobras guerreras; revistaba los soldados y las máquinas de guerra. Las damas se ocupaban en poner plumas a las flechas y muescas a los arcos; en preparar los dardos, adornar las cimeras, bordar los escudos y las bandadas, dirigir los vestidos, trajes y avío de la guarnición y de la servidumbre, y orar pidiendo amparo al Dios de las victorias.

Algaras y correrías.

De vez en cuando interrumpía la ordinaria vida del castillo el tañido de una campana. El atalaya avisaba el peligro. La voz de alerta resonaba de torre en torre. Corrían los soldados a las armas; se poblaban las barbacanas, las almenas y las troneras; se alzaban los puentes, se inundaban los fosos, se bajaban los rastrillos; se peleaba con el hierro, gritos y denuestos, y, terminada la función de guerra, el sombrío castillo recobraba su pausada vida.

Cuando el señor feudal ordenaba una correría, el movimiento era extraordinario. Sonaban las trompas, formaban las gentes de guerra, caía el puente levadizo; armado de todas armas y montado en el bridón de batalla, salía el castellano al frente de lucidos escuadrones y de huestes de infantes. Retemblaba el suelo al paso de aquella tromba de hierro que galopaba, talando el país y sembrando el terror. Empeñado el combate, caían en pedazos yelmos y corazas; corría la sangre; los vencedores se entregaban al saqueo, y, terminada la lucha, tornaba la expedición al castillo con el convoy del botín, algunos hombres menos y algunas riquezas más.

La diversión favorita de los condes y los barones era la caza. Nutrido acompañamiento de escuderos, halconeros y cazadores seguía a las damas y a los caballeros en el ejerci-

cio de la montería, que alguna vez resultaba peligroso por el encuentro y persecución de las reses.

La vida ordinaria del castillo respondía a la diversa condición social de sus moradores. Aristocracia y plebe, señores y vasallos, estaban apartados por la jerarquía, separados por la clase, aislados por murallas. El bullicio y la algarazara de soldados y servidores no llegaba a las alturas de la mansión señorial, donde la existencia era monótona e isócrona, ya que reproducía los mismos hechos por el mismo orden y en iguales tiempos.

El aislamiento de los castillos, la carencia de caminos, la inseguridad en los senderos dificultaban las comunicaciones aun por medio de mensajeros. Una sociedad señorial tan ignorante y tan inculta, que en su gran mayoría ni trazaba un escrito ni lo entendía, estaba privada de esta utilísima relación de los sentidos con el mundo exterior. Transcurrían los días, las semanas y los meses, sin llegar noticia alguna de los sucesos ocurridos en otros lugares; sin que un rayo de sol iluminara las tinieblas del espíritu, prisionero en su cárcel humana, dentro de la fortaleza amurallada. Cuando un peregrino errante, algún vagabundo o algún caballero pedían hospitalidad, eran recibidos con satisfacción, pues traían nuevas de otras tierras y también relataban hechos que parecían ensueños.

Incomunicación de pueblos y castillos.

Aldeas y pueblos sufrían la misma incómunicación, igual aislamiento, y esta atrofia general del entendimiento, fomentadora de rencores y de odios, contribuía poderosamente al embrutecimiento del hombre. El vacío producido por este desamparo en el alma de aquella sociedad medioeval era tan profundo, que la propia naturaleza acudió a su remedio.

La comunicación de los espíritus necesitaba dos elementos: ideas para alimentarlos y medio para transmitirlos. Exigía la densa cerrazón de los entendimientos, sencillez en las ideas, amenidad en sus conceptos y transmisión oral. Lo

primero se halló en la forma poética; para lo segundo surgió el trovador.

Fué el anuncio de una alborada de luz en el alma racional, un estímulo delicado para el sentimiento y un vínculo de relaciones sociales entre la Humanidad.

Tal y tan grande debía ser la obra civilizadora del trovador y de su poesía. ¿Dónde y cómo se formaron ambos elementos?

*
* *

Poesía provenzal o
lemosina.

La poesía romántica y caballeresca de los trovadores es originaria de la Galia meridional, separada de la septentrional por las aguas del Loira. Los caracteres étnicos de ambas eran distintos. Conservaba la última el sello y las costumbres de germanos, francos y normandos, mientras que la Galia meridional resistió con empeño tan tenaz la influencia germánica, que sus dominadores acabaron por adoptar la lengua, usos y costumbres de los sometidos, confundiendo los invasores con los pueblos conquistados.

Extendíase la Galia del Sur desde los Pirineos hasta los Alpes. La formaban los Ducados de Aquitania (1) y de Normandía; los Condados de Aubernia, de Rodez, de Tolosa, de Provenza, de Vienne y de otros cuyos señores feudales sólo relaciones de vasallaje nominal tenían con el Monarca de París (2). Al conjuro de una naturaleza exuberante y generosa, se reunieron en esta región los elementos más selectos

(1) El poderoso reino de Aquitania fué fundado por los visigodos a las órdenes de Eurico, y comprendía el territorio entre el Loira, el Ródano y la cadena pirenaica. Desde allí se extendieron los visigodos por España, que dominaron los vándalos.

(2) *Espagne et Provence: Études sur la littérature du Midi de l'Europe*, par Eugène Baret. Paris, 1857. Pág. 46 y siguientes.

para formar la cuna de la poesía provenzal. El suave clima del Mediterráneo, engendrador de encantos y bellezas; un cielo puro y transparente; las brisas embalsamadas de la costa azul, siempre risueña; las tradiciones de la civilización romana, que prestó a la profunda sabiduría de la Grecia la amenidad del ingenio italiano; dos siglos de continua paz fomentando los preciados frutos de fértiles campos y la riqueza de las industrias; el bienestar general de las clases sociales; las prosperidades del comercio marítimo en sus puertos; la cultura de las letras y de las artes, importada por comunicaciones directas con Oriente; el régimen de libertad municipal de sus ciudades, Arlés, Marsella, Aviñón, Narbona, Montpellier, Tolosa, Burdeos, y la rápida formación de un idioma rico en las inflexiones de sus verbos, culto, sonoro y cadencioso, instrumento feliz de la expresión, todo ello fué reunido y elaborado en el crisol misterioso de los tiempos para crear la fuente de la inspiración florida, delicada, artística, lírica y caballeresca de los trovadores (1).

La antigua poesía de los galos, conservada por los conquistadores, se convirtió en rítmica. Influida por las heroicas leyendas del victorioso y triunfal cielo carlovingio, engendró el poema narrativo, transformado después con las invenciones fabulosas, el estilo pintoresco y el verso largo en una poesía épica.

En la primera época de los trovadores, sus poemas didácticos, históricos o novelescos, los cantares y los cuentos

(1) Provenzal se llama generalmente, aunque algunos también la denominan lemosina, a la poesía de los trovadores originaria de la Galia meridional. La lengua en que escribieron recibe además distintos adjetivos, y este interesante punto de filología ha sido muy discutido. Los argumentos que se alegan y los textos que se invocan tienen diverso valor histórico y etnográfico.

Por ser muy interesantes las disquisiciones que acerca de esta controversia han hecho los doctos y eruditos escritores Milá y Fontanals, Pablo Piferrer, Menéndez Pelayo, Víctor Balaguer, Eugenio Baret, Ernesto Gaubert y otros, se inserta un extracto de ellas en el Apéndice núm. 1.

interesaban más por la emoción dramática del asunto y la sencillez de la narración que por el ingenio de las composiciones y la brillantez de la forma. Sólo al mediar el siglo XII adquiere los caracteres esenciales que inmortalizaron la inspiración de los trovadores provenzales. Aparecen pujantes y robustos los estilos lírico y cortesano, el amoroso y el satírico, con una copiosa variedad de formas, siempre ricas en ingenio, en vigor y en inspiración. La poesía trovadoresca alcanza entonces la mayor celebridad, traspone las fronteras, se extiende por Aragón y Cataluña, por Castilla, Galicia y Portugal, por Italia y por Alemania, y resplandece por doquiera hasta entrado el siglo XIII (1). Fué la edad de oro de los trovadores y de su escuela romántica, hidalga, elevada, artística, dulce, apasionada y caballeresca, más rica en ingenio y brillantez que en profundidad, erudición y saber. Toda imaginación, toda fantasía, toda delicadeza, idealizó las costumbres dominantes en su época. Era un código romántico de perfecciones morales: ensalzaba la virtud, el pundonor, la generosidad; cantaba las ternuras del alma apasionada, la ardiente ilusión del amor puro y abnegado, la perpetuidad de la gratitud, la silenciosa fortaleza de la amistad; acabado conjunto, en suma, de leyes y reglas de una severa rigidez de costumbres poco en armonía con una realidad más humana, y, por lo mismo, muy diversa.

Pero aquella disculpable exageración de un romanticis-

(1) El presente trabajo, tan flaco como limitado, apenas si consiente algunos rasgos sintéticos de las materias que bosqueja. Obliga esta parquedad a esclarecer ciertos conceptos por medio de notas y apéndices. Un estudio documentado de la poesía provenzal y del «arte de trovar» llenaría bastantes volúmenes, y en verdad que material copioso hay para escribirlo. Pero merece conocerse el discreto, erudito y razonado juicio del insigne y maravilloso crítico Menéndez Pelayo acerca del valor artístico y civilizador de la poesía provenzal. De su primorosa obra *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, volumen II, entresacamos los párrafos copiados en el Apéndice núm. 2.

mo ideal contribuía a enaltecer la esplendorosa época de la inspiración de los trovadores. Su obra poética, seductora y brillante, fué superior, en su conjunto, a la poesía neolatina, exceptuando algunas magistrales composiciones del Dante y del Petrarca, que vivirán en el mundo mientras exista el gusto literario (1).

Vano empeño sería buscar la erudición, profundidad, filosofía y conocimiento de los clásicos de la antigüedad en aquella primera época de la poesía trovadoresca, ni estas condiciones eran propias de unos tiempos de invasiones, guerras, revueltas y feudalismo, en los cuales, ciencia y arte, saber e instrucción huyeron del estruendoso y perpetuo batallar, refugiándose en la tranquila soledad de los monasterios. Además, una poesía erudita, profunda y sabia tampoco habría sido comprendida ni estimada en una sociedad cuyas clases más elevadas, los egregios y poderosos señores, las altivas y celebradas damas, apenas si sabían leer, y en la cual, plebe y nobleza pasaban la vida en una holgada ignorancia. En cambio, la disposición armónica de las palabras para agradar al oído, transmitir al espíritu vivas y ardorosas sensaciones que subyugaban el ánimo y herían los delicados sentimientos del corazón, constituían la única poesía apropiada para aquel auditorio de increíble frivolidad. Entonces, como ahora, como siempre, todo ha de ser armónico: el auditorio, el orador, la palabra y la inteligencia, y acomodado todo al ambiente en que vive.

(1) He aquí cómo juzga el sabio D. Manuel Milá y Fontanals aquella poesía: «En la riqueza de lenguaje y en la versificación, se mostró en gran manera superior a cuanto se había hecho hasta entonces en los pueblos modernos, y esto sólo bastaría a explicarnos el singular entusiasmo de que fué objeto. Y especialmente en el último punto, a efecto de los instintos musicales de los trovadores y de la índole algo indeterminada y monotonía de las desinencias de la lengua que empleaban, no han sido los trovadores igualados por los poetas de las demás lenguas modernas.—Obras de Milá y Fontanals, coleccionadas por don M. Menéndez Pelayo, tomo II, pág. 34.

Por eso aquel género de poesía triunfó del estado mental de su época; alcanzó fama, fué acogido con entusiasmo, se propagó con rapidez.

*
* *

La mujer.

Alboreaba la época de la andante caballería. El movimiento evolutivo de la sociedad feudal parecía obedecer a una poderosa corriente magnética, cuyos dos polos fueron la guerra y el amor. Para idealizar la guerra, cantó el poeta el culto al valor; para idealizar el amor, cantó la poesía el culto a la mujer. Desde entonces, la mujer, reclusa y olvidada en el hogar, se elevó al puesto más preeminente en aquella civilización medioeval.

La influencia galante y caballeresca de la poesía provenzal reintegró a la mujer en su dignidad. Reducida en los tiempos antiguos al vilipendio de la esclavitud y de la servidumbre, fué enaltecida por el Evangelio, que abolió el degradante comunismo del amor y condenó la poligamia, asqueroso comercio del pudor. Jesús divinizó a la mujer en su Virgen Madre; la pecadora se redimió con las lágrimas del dolor. La mujer, así dignificada, sufrió sonriente los crueles martirios por la fe de Cristo, conquistando con su heroísmo las glorias celestiales de su religión.

Instituído el matrimonio, lazo perpetuo que une dos vidas y funde dos almas, se creó la familia, célula orgánica sana y robusta de toda sociedad cristiana.

La vida aislada del feudalismo consolidó la autoridad moral de la mujer. El trato íntimo, constante, asiduo, engendró en el matrimonio la reciprocidad de la indulgencia, convirtió en ternura el mutuo afecto, transformó la ternura en amor. El castillo feudal, emblema de la fuerza bruta, fué el asiento del hogar y de la familia, creados por el cristia-

nismo. La mujer, encarnación de la bondad, de la dulzura, de la abnegación y del sacrificio, era el ángel bueno del marido, cuya estimación ganó con la virtud. El rudo guerrero, tan sanguinario y feroz en el combate, sólo había conocido el fugaz placer de la materia, el pasajero deleite de una presa conquistada por la violencia. Los delicados efluvios de una virtud apenas presentida, estremecieron su alma con una sensación desconocida; gozó por vez primera la dulzura de la pasión, el entusiasmo santo del amor; se sublimó en el culto perpetuo del espíritu. El altivo señor feudal rindió culto a la mujer, la elevó hasta su trono, y al sentir frenética adoración por el heredero, la divinizó en el ideal supremo de su existencia. Le entregó el gobierno de los dominios, la tutela de sus hijos; la instituyó por heredera, prolongando los lazos más allá de la muerte.

El señor feudal fortificó en su corazón el sentimiento sublime de la familia, extirpando los apetitos brutales de su ruda condición, trocándolos en el descanso del hogar. Vivió en la apacible serenidad de sus iguales, y en la cariñosa intimidad de la mujer y de los hijos hallaba su alma una dulzura inefable que templaba las violencias impetuosas impuestas por su origen, sus costumbres, su calidad y su profesión.

El primogénito era su debilidad. Le rodeaba de todos los cuidados, le educaba en la religión del valor; era el orgullo de su prosapia, el depositario de su honor.

Cuando el conde feudal salía para las empresas guerreras al frente de la mesnada, bien para Tierra Santa, bien para pelear con los sarracenos, la castellana ocupaba el lugar del marido, velando, en calidad de soberana, por la defensa y la seguridad del castillo, por el brillo y el prestigio de las armas. Con esta autoridad se desarrollaron en su alma los elevados sentimientos del valor, de la gloria de su estirpe y del honor de su casa; tuvo la conciencia de sus altos deberes, concentrados en la exaltada religión de una hidalga caballería.

Desde entonces, la mujer, respetada, engrandecida, fué el ídolo del romanticismo caballeresco, el estímulo del valor legendario, la musa predilecta de los trovadores; despertó el entusiasmo triunfador del sentimiento sobre los impulsos groseros de la materia; adquirió un poder soberano, y su influencia se reflejó con pujanza en los destinos de la Humanidad.

El alma de la mujer, prisionera en la estancia de la sombra fortaleza, gozó el dulce despertar de una risueña alborada de primavera; entrevió dilatados horizontes de luz y de alegría en un mundo exterior para ella desconocido, y presintió el valor de los tesoros de ternura por tanto tiempo guardados y oprimidos en su sensible corazón.

La pureza de estos risueños ideales se debilitó con la acción demoledora del tiempo, germen perpetuo de toda degeneración; pero entretanto la incomunicación de los castillos tocaba a su fin. La vida triste, solitaria y monotonía de la familia feudal, que oprimía el sentimiento, caminaba rápidamente hacia su transformación. Los risueños ideales de la poesía caballeresca exaltaban los impulsos de una naturaleza ansiosa de gozar las puras sensaciones en las intimidades del espíritu, y todo estaba preparado para que el vehículo oral de los pensamientos, el trovador, hiciera su aparición, completando la obra venturosa de iluminar el entendimiento con la luz de la idea.

Conocemos, por este rápido esbozo, el origen, el desarrollo y el florecimiento de la poesía provenzal. Conozcamos ahora el trovador.

*
* *

Los trovadores.

Donde había nacido la poesía provenzal allí surgió el trovador. Creada la religión, apareció el sacerdote.

Mientras la poesía quedó en los manuscritos de los poetas, el área de dispersión era mezquina, reducida, limitada,

casi nula. La facultad elemental de leer apenas existía en los tiempos de las invasiones bárbaras; la de escribir era privilegio de unos pocos iniciados. Los elementos materiales para la escritura eran escasos y costosos; los medios para transmitirla, tan difíciles como tardíos, y así la comunicación del pensamiento por el escrito apenas existía. Encerrada la poesía en las estrecheces de tan reducido horizonte, pudiera llamarse la *poesía estática*. Necesitaba un medio de transmisión para difundirse, para iluminar el pensamiento de las multitudes, para convertirse en *poesía dinámica*. Este medio fué el trovador.

Las antiguas sociedades conocieron al bardo, cantor, entre los galos y los bretones, de las heroicas glorias de sus pueblos. Aplaudieron los romanos al émulo de Homero, coronado de laurel, que cantaba a la hora del *convivium*, en la mesa comunista de la fraternidad, las tradiciones y la religión de las tribus victoriosas del Imperio. Por ser poetas, semejaban los trovadores a los bardos, ya que trovar es el arte de hacer versos; pero su acción social fué más importante, más útil, más trascendental.

La leyenda, el drama y la novela han idealizado el tipo del trovador. Algunas crónicas contemporáneas y las rivalidades profesionales lo han deprimido.

Según las primeras, era el trovador un alma pura y sencilla, encerrada en la gallarda gentileza de un cuerpo varonil. Cuanto de noble, generoso y valiente puede abrigar un corazón sano, todo eso contenía el del trovador provenzal. Su musa se inspiraba en la fe religiosa, el amor púdico, el valor heroico, la abnegación y el sacrificio. Tales sublimidades, vibrantes y ardorosas, emanaban de su lira. Apóstol del bien, del honor y de la rectitud, acababa su errante vida en los sombríos claustros de un monasterio, tumba de sus románticos amoríos. Tal era el tipo ideal de un inverosímil trovador, soñado por una ingenua candidez.



Las crónicas maliciosas y los romances picarescos de la época pintan con exagerado realismo el reverso de tan simpática visión. El trovador era un tipo común, vulgar, ambicioso, tan huérfano de instrucción como sobrado de audacia. Suplía la escasez de cultura con la facilidad nativa de versificar; la falta de nobleza, con la procacidad y el atrevimiento. Su vanidad era increíble. Adulador y cobarde con el poderoso, altivo y orgulloso con el humilde, desvergonzado aspirante a favorito de altas damas, errabundo perseguidor de una buena cama y una succulenta mesa; explotando con ingenio la generosa hospitalidad; libertino, impío, jugador y mujeriego; más solícito del dinero que de la gloria. Tal era la caricatura inspirada por el encono y tan lejana de la realidad como el cantor idealizado por la fantasía.

Parece lo cierto que los trovadores, como su poesía, tuvieron sus períodos de grandeza y decadencia; siguieron las evoluciones de la sociedad en que vivían, y es verosímil que en su apostolado poético ensalzaran muchas virtudes cuya práctica les fuera desconocida.

Sin duda, en los dos siglos que duró el apogeo del romanticismo caballeresco existieron algunos héroes precursores del Bayardo *sin tacha y sin miedo*; pero abundaban más en la Edad Media los caballeros sin miedo que los trovadores sin tacha.

Frecuentemente acompañaba al trovador, en calidad de escudero, un juglar.

Eran los juglares una clase de vagabundos que, solos o acompañados de las juglaresas, entretenían al pueblo en la plaza pública, ejecutando juegos de destreza y de gimnasia, de escamoteo y de prestidigitación, farsas y pantomimas propias de los histriones (1).

(1) El nombre semiclásico de *joculator* (en provenzal, *joglar* o *joglaire*), que en su origen designó al que ejercía «los viles juegos de destreza y habilidad,

Con la aparición de los trovadores llegó para el antiguo juglar una situación intermedia más holgada. El trovador componía la letra y la música de sus poesías; el juglar la recitaba o la cantaba. Frecuentaba el trovador, cumplido y caballero, los salones feudales; el teatro del juglar era el mesón, la calle y la plaza, donde el pueblo, regocijado o conmovido, escuchaba las leyendas y los romances, y los celebraba y aplaudía.

Cuando el juglar era escudero del trovador, disfrutaba de las ventajas, ofrendas y comodidades de la hospitalidad castellana.

Aunque los juglares imitaban a los trovadores, no podían confundirse con éstos. El trovador era una inteligencia; el juglar era un instrumento. El trovador, según Don Alfonso el Sabio de Castilla, era *doctor en el trovar*; el juglar era el actor de las trovas. Sin embargo, la imaginación, y en general también la realidad, fundían al poeta y cantor en el tipo más perfecto y acabado de los trovadores provenzales (1).

Viajeros infatigables, errantes y vagabundos, con su laúd, su espada y su escudero o su juglar, llevaban los trovadores de castillo en castillo la noticia de los acontecimientos, las novedades de los tiempos, las relaciones de los sucesos, las referencias de lejanos pueblos. Hablaban la lengua nacional, el idioma popular del suelo patrio. Recitaban

había absorbido los de Mimo e Histrión, que designaban en los últimos tiempos del Imperio a los farsantes y pantomimos». No es, pues, de extrañar que el oficio fuese tenido por ruin e infame ya desde su origen, si bien acaso hubo una época intermedia en que alcanzó mayor aprecio. En el periodo de los trovadores eran los juglares, bien independientes, o bien secretarios cantores y emisarios de los poetas.

(1) La personalidad del juglar es diversa, según los cronistas o historiadores que la describen y el tiempo a que su relato se refiere. La más interesante y curiosa es la que se atribuye al Rey Don Alfonso el Sabio y la que han escrito los eruditos catalanes Milá y Fontanals y Víctor Balaguer. De ello se inserta un extracto en el Apéndice núm. 3.

en verso para grabar con mayor energía la idea en la imaginación y herir más vivamente el sentimiento. Cantaban sus poesías, porque la sensación de la música impresiona más hondamente los sentidos, embelesa, deleita, subyuga, retiene mejor en la memoria lo cantado y su recuerdo es más duradero. Referían los hechos históricos; describían las fases de los combates, las dulzuras del amor, las grandezas de la religión. Los cantos de las trovas y las rimas de sus poesías impresionaban al auditorio, lo enardecían con el relato de los hechos heroicos, lo conmovían con los episodios dramáticos, lo embelesaban con las estrofas de dulces amoríos. Instruían deleitando. Sus canciones y sus romances eran conferencias que comenzaban a disipar las densas nieblas de la ignorancia general. El trovador era solicitado, deseado, agasajado.

Esmerábase en corresponder a tan obsequioso trato con los rasgos más finos de su ingenio, sembrando a la vez la semilla de una granada cosecha. Por eso la liberalidad fué la condición caballeresca más encomiada, y, naturalmente, la más explotada por los trovadores. Llegaban a su objeto por un camino seguro: lisonjeando a la mujer.

Urbanidad, cortesía
y galantería.

Así como el trato exquisito de la «urbe» creó la «urbanidad» y las delicadezas cortesanas engendraron la «cortesía», así los trovadores provenzales, mostrándose pródigamente galantes con las damas en sus serventesios (1), se ufanan de haber inventado la «galantería» (2).

(1) Según el Código llamado «Leyes de Amor», el serventesio es una obra que se asemeja al verso o a la canción en dos cosas: la una con respecto a la medida de las coplas, y la otra con respecto al canto. Por lo que toca a la medida, puede tener la medida sola, sin las rimas o con las rimas de las mismas palabras o de otras palabras que tengan rimas iguales. Debe tratar el serventesio de vituperio o de sátira, o de sátira en general, para castigar a los necios y a los malvados. Si se quiere, puede tratarse en él cualquier hecho de guerra.

Definen otros el serventesio del modo siguiente: «Uno de los géneros de la poesía provenzal: cuarteto en que riman los versos pares y los impares.»

(2) Desde el siglo X tendían las costumbres de los nobles provenzales a la

Cuando al caer de la tarde sonaba la trompa del vigía, anunciando al viajero, bajaba el puente levadizo, y el trovador penetraba en el castillo señorial, precedido por una oleada de alegría, hasta llegar al anchuroso salón, apenas iluminado por los resplandores caprichosos del leño que ardía en la chimenea. El señor feudal dormitaba en su sillón; la altiva castellana, inclinada sobre su bordado, oía distraída las consejas que refería su séquito. La presencia del trovador era acogida con satisfacción. El salón se llenaba de damas, doncellas, caballeros, pajes, escuderos y servidores del castillo. Al son del laúd cantaba el huésped sus trovas. El rostro áspero y ceñudo del conde se suavizaba, sus ojos brillaban encendidos, y a sus labios asomaba una sonrisa victoriosa cuando el cantar épico refería las arriesgadas hazañas del héroe vencedor.

La trova amorosa ponía carmín en las mejillas de las damas. Palpitaban sus corazones con dulce emoción; sus miradas, perdidas en lo infinito, guardaban para los sueños visiones de encantos presentidos; brotaba en su espíritu la embriaguez de una sensación desconocida.

El huésped era obsequiado en la mesa, y cosechaba agasajos, regalos y mercedes como recuerdo de aquella generosa acogida. La aparición de los trovadores, que había cambiado la vida interior del castillo, se hizo más frecuente, y llegó a producir una evolución en las costumbres sociales de la Edad Media.

El conde, soberano, altivo, rudo, violento, cruel, sanguinario, ignorante, supersticioso, sugestionado por la intimidad de la mujer y modificado por las repetidas enseñanzas de

elegancia, y sin duda a la molicie; atribúyense asimismo los meridionales, como un título indisputable, la invención de la galantería, y ésta distingue esencialmente a la nueva caballería, de que son expresión directa los cantos de los trovadores.—Obras de Milá y Fontanals, tomo II, pág. 29.

los trovadores, se hizo más sociable, frecuentó el trato de sus iguales, ensanchó el círculo de sus relaciones.

*
* *

Los Puy y las Cortes de amor.

Las visitas entre las familias feudales se generalizaron; su círculo se ensanchó; se convirtieron en reuniones muy concurridas, amenizadas por el trovar de los poetas, siempre favorecidos con ardorosos aplausos. El exceso de halagos envaneció a los trovadores; el exceso de mercedes aumentó su número; la competencia provocó la emulación, y para oír sus controversias se organizaron asambleas llamadas *Puys de amor*, que se celebraban en día prefijado y en castillo elegido (1). Debatíanse en ellos temas propios de la galantería caballeresca, iniciados en las tensiones de los contendientes (2).

Concurrían a las sesiones señoras, caballeros, magnates, barones, trovadores y juglares, una sociedad escogida, ansiosa de esparcimiento y de recreo, y dirimía las discordias, bien la noble castellana, o algún calificado prócer. La fre-

(1) Organizáronse los *Puys d'amor* para el fomento del arte de trovar, y la importancia que alcanzaron merece, sin duda, las ampliaciones que pueden leerse en el Apéndice núm. 4.

(2) Una de las formas más brillantes que tomaba la gaya ciencia consistía en las tensiones o juegos partidos, en los cuales se examinaban y fallaban diversas cuestiones, que versaban generalmente sobre la galantería. El poeta e historiador catalán Víctor Balaguer añade que este género de poesía ocupa un puesto de primer orden en la literatura provenzal, y que a más de *tensió* se llamaba también *contensió*, esto es, contienda o combate entre dos trovadores; *joc partit*, es decir, juego a partido, y *jocs d'enamorats*, cuando se trataba de amor, y *torneiamens*, o sea torneos, cuando el debate tenía lugar entre varias personas. Más de una vez provocaron estas tensiones lances personales regidos por las leyes del duelo. La decisión de las proposiciones contradictorias se sometía al arbitraje de algún noble barón o de algún tribunal de damas, como en las «Cortes de amor».—Apéndice núm. 5.

cuencia de estos juicios llegó a establecer en ciertos condados un tribunal compuesto de damas, al cual se sometía la decisión de las cuestiones, preguntas o temas inventados por los poetas. Este modo de enjuiciar hizo fortuna, y, convertido el tribunal en institución permanente, se denominó *Corte de amor*, señalando el momento culminante de la galantería y de la influencia femenina (1).

Celebraban sesiones públicas, o, mejor, fiestas brillantes, anunciadas por mensajeros y pregonadas por heraldos, imitando las justas y los torneos de la caballería. La concurrencia era selecta; el fausto y el esplendor, deslumbradores; la elegancia y la riqueza, incomparables. Las damas o jueces del tribunal eran de elevada alcurnia, afamadas por su hermosura o celebradas por su agudeza. En las *Cortes de amor* se rendía culto a la *Gaya ciencia* (2), se lidiaba con el ingenio, se ofrecían pruebas públicas de inspiración poética. Un «código de amor», formado con las sentencias de los tribunales de damas, informaba sus decisiones. Los textos conocidos de aquel código no siempre se ajustan a las normas de la más amplia moral (3).

La libertad de la palabra llegó en muchos de los torneos

(1) La existencia de las «Cortes de amor», puesta en duda por algunos autores, parece comprobada por numerosos textos, canciones, escritos y crónicas de la época. Esta original institución, fomentadora de las controversias poéticas, según unos, y del libertinaje de costumbres, según los más, se describe por reputados historiadores en la forma que se copia en el Apéndice núm. 6.

(2) Nació la *Gaya ciencia* en Provenza. Después, cuando Constanza, hija de Guillermo I, conde de aquel país y de la Aquitania, se casó con el Rey Roberto, la introdujeron en Francia los juglares e histriones que aquella reina llevó desde el Mediodía al Norte del Loira. Consistía la *Gaya ciencia* en enseñar los refinamientos del arte del amor, considerado como un beneficio del cielo, como la plenitud de la existencia del caballero, el manantial de las proezas y, en suma, el conjunto de las virtudes sociales.—Apéndice núm. 7.

(3) En el Archivo de la Corona de Aragón existe un código de «les Lleys d'amor», procedente del Monasterio de San Cugat del Vallés.—Véase Apéndice número 8.

poéticos al atrevimiento de la licencia. Las cuestiones más escabrosas se debatían sin rebozo en las tensiones y se resolvían sin escrúpulo por el tribunal de damas (1).

Cuanto más se estudian en autorizados libros los usos, las costumbres y la moral de aquel período histórico, mayor asombro causa la procacidad con que se rompían los velos pudorosos del decoro. Entre la ignorancia, el descreimiento y la superstición flotaban las encontradas corrientes del amor y del deleite, del valor y del miedo, signos de una sociedad corrompida por el vicio y sometida por la espada.

La influencia de los trovadores llegó a ser tan exaltada como su desvanecimiento. Corrían sus canciones de boca en boca, y los elogios se pagaban con dádivas, mercedes y favores. Explotaban el filón inagotable de la vanidad, excitando en la mujer el ansia de lisonjas; en el magnate, el aguijón de la nombradía. Todos deseaban oír sus alabanzas cantadas por los poetas en los serventesios y romances: las damas, su gentileza, su hermosura, su elegancia, su ingenio; los guerreros, sus hazañas, su valor, sus glorias, su poderío. El contagio de la notoriedad degeneró en epidemia. Las liras de los trovadores se cotizaban a altos precios en los mercados de la vanidad. La austera virtud de los primitivos trovadores, inspiradora de románticos ideales, cedió a las tentaciones de la ambición, atropelladora de la flaqueza humana, y la codicia prostituyó la poesía. Se prodigó la alaban-

(1) El solo enunciado de un tema discutido con ardor prueba los estragos del desenfado moral. «¿Puede existir el amor entre marido y mujer?» La sentencia fué tan lacónica como lapidaria: «No.» En un monosílabo se encerró la ética de aquella viciosa sociedad. Había pronunciado el fallo un tribunal compuesto de sesenta hermosas y egregias damas, presididas por María de Francia, hija del Rey Luis VII *el Joven*.

Tuvieron «Cortes» permanentes Hermenegilda de Narbona; Leonor de Poitou, esposa de Enrique II de Inglaterra; las condesas de Champaña y de Flandes, y muchas altas damas de Gascuña.

za con descaro; se exageró sin pudor la lisonja, y se envileció el verso hasta servir de instrumento a las torpes pasiones de los celos, las envidias, al rencor y al despecho. Composiciones, serventesios, tensiones, sátiras y diatribas llegaron a mancillar el decoro de las damas y el honor de los caballeros, denunciando una corrupción precoz o un descarado cinismo, frutos de la más ruin venalidad.

Degeneración de las costumbres y de la poesía provenzal.

Inútiles resultaron los esfuerzos hechos por los grandes apóstoles de la poesía provenzal para sofocar esta degeneración del noble arte. El número de trovadores llegó a ser tan excesivo como su procacidad y su desenfado; no era empresa fácil sanear una atmósfera infectada por la lepra moral, presagio cierto del descrédito y la ruina de la poesía provenzal. Era consecuencia obligada de una degradación inútilmente condenada por los más prestigiosos maestros.

En aquel vértigo de pasiones, de lujo, de ostentación, de fausto, de elegancia, de galantería, de placeres, las frecuentes y alborozadas fiestas en honor de la belleza debieron semejar a las consagradas en Paphos al culto de Venus. Los trovadores publicaban aventuras galantes, cuyo relato habría escandalizado en las bacanales de la Roma licenciosa. Los caballeros provenzales sacrificaban su fortuna para satisfacer su ostentosa vanidad (1).

Usanzas tan licenciosas y vicios tan hondos habían corrompido la sociedad medioeval en menos de dos siglos. Los trovadores de más fama, talento y prestigio clamaban iracundos contra la degeneración de la poesía y la humillación del poeta; pero los encumbrados y opulentos callaban, en su hartazgo de halagos, y la turba de ineptos rebajó el noble ejercicio de la «Gaya ciencia» hasta las concupiscencias atribuidas a los histriones. Esta degradación fué un presa-

(1) Véase en el Apéndice núm. 9 cómo describe el autor de *Los Trovadores* algunos rasgos de aquel desenfreno de vanidad.

gio de la ruina que amenazaba a la poesía provenzal, pues ley inflexible de la mecánica es que todo cuerpo en movimiento descenderá cuando llegue a tocar el cenit en la órbita fatal de su destino.

En aquellos instantes se produjo un suceso histórico de inmensa y dolorosa trascendencia para la Provenza, su poesía y las discutidas «Cortes de amor».

*
* *

La guerra contra los
albigenses.

Mientras Europa enviaba al Oriente lucidos ejércitos de cruzados para contener el avance triunfador de la Media Luna, alteraban la paz interior del cristianismo herejías con mano fuerte sofocadas. Una de ellas, predicada en Albi con los entusiasmos del fervor religioso, se extendió por el Mediodía de Francia a mediados del siglo XII (1). No atacaba el dogma de la Iglesia católica; pretendía reformar las costumbres de prelados y sacerdotes, que suponía contagiados por las impurezas de aquellos licenciosos tiempos. Papas y Reyes acordaron extirpar la herejía. Roma debía mantener la integridad del dogma y la suprema autoridad del Papado. París deseaba acabar con el feudalismo independiente de la Galia del Sur. Inocencio III ordenó la Cruzada contra los albigenses. Felipe Augusto autorizó a sus barones para acudir en defensa de la Religión.

(1) Mucho se ha escrito y más se ha fantaseado acerca de la sangrienta y destructora guerra contra los albigenses. Como siempre sucede, cronistas e historiadores presentan los hechos desfigurados por la pasión o el interés. Los testimonios más antiguos y los textos de la época adolecen todos de este general defecto, y, por ello, debe acogerse con reservas el testimonio que algún autor invoca de *La historia de la guerra de los albigenses*, escrita en prosa romana por autor desconocido, y publicada por *El Indígena*, de Tolosa. Igual cautela debe aplicarse a la crónica en verso intitulada *Aixó es la causó de la Cruzada contra els ereges d'Albigois*, obra, al parecer, de dos trovadores de Tolosa.

Guerras y revoluciones han tenido en todas las épocas de la Historia un fin económico, encubierto con los pretextos políticos, religiosos o sociales. La próspera, rica, culta y celebrada región del Languedoc ofrecía tentadores estímulos a la codicia. No tardó en reunirse un nutrido y brillante ejército de caballeros, condes, barones, que, con 15.000 soldados del Rey de Francia, partieron para la guerra, al mando del valeroso Simón de Monforte. Con la cruz en los estandartes penetró el ejército en la región del Languedoc.

Los trovadores provenzales abrazaron resueltos la causa de su tierra madre. Sus cantos inflamaron al pueblo. Príncipes y duques, nobles y plebeyos, ciudades y pueblos, aldeas y castillos se aprestaron a la defensa. Don Pedro II de Aragón, al frente de sus huestes, acudió en auxilio de la Provenza. Los combates fueron terribles, sangrientos, crueles. Se peleaba con heroísmo; se luchaba a muerte.

La Galia del Norte arrojó sobre la del Sur el peso abrumador de sus ejércitos, de sus guerreros, de sus odios y de sus codicias. La Furia simbólica de la guerra agitó la tea devastadora en las florecientes comarcas de la Provenza. Su puñal no perdonó la infancia ni la senectud. El exaltado valor de catalanes y aragoneses, las épicas hazañas de los provenzales, la gloriosa muerte del Rey Don Pedro II en Muret, fueron estériles sacrificios. Sobre las ruinas de doscientas baronías, y entre los campos regados con sangre, asentó su dominación efectiva el monarca francés. Con la independencia de la Galia meridional pereció aquella civilización próspera y artística, poética y literaria, caballeresca y mercantil del Languedoc, que iluminó con vivísimos fulgores las tinieblas intelectuales de la barbarie medioeval. La lengua de *Oc* y su brillante literatura fueron prohibidas; todo signo de vida regional fué sin piedad exterminado. El tremendo *vae victis* se cumplió con rigor. Condes, barones,

Emigración de los
trovadores pro-
venzales.

caballeros, trovadores y cuantos escaparon a las cruentas matanzas de Béziers, de Tolosa y de Aviñón, vencidos y perseguidos, huyeron y se dispersaron por Europa. La misma apremiante necesidad de comunicación de los espíritus que había creado en la Galia meridional el trovador y su poesía se sentía en casi todos los pueblos de Europa, y con nombres diversos y la influencia peculiar del clima, de la raza y de las costumbres, surgió el romance popular y el cantor que difundió la comunicación de las ideas entre los aislados castillos y los centros de población diseminados por el país.

Con distinta profusión y fortuna varia aparecieron los bardos medioevales: en Alemania, con gran pujanza (1); en la Francia del Norte, en parte de Italia, en Portugal y en los diversos Reinos de España libres de la dominación sarracena.

Una labor afortunada y meritoria de la ciencia histórica ha descubierto que el romance popular de los tiempos medioevales se perfeccionó en la época del Renacimiento, propagándose entre las regiones que no hablaban la lengua castellana, gracias al prestigio universal que ésta poco a poco adquiría. Así lo afirma el erudito y eximio literato, nuestro compañero de Academia, D. Ramón Menéndez Pidal, en un precioso libro, formado con las conferencias pronunciadas por el mismo Menéndez Pidal en la Universi-

(1) Los trovadores y su poesía existieron en los Estados alemanes durante la Edad Media, por las mismas razones que en la Galia meridional y en toda Francia. De los numerosos castillos que, como restos del régimen feudal, se conservan principalmente en las orillas del Rhin, se refieren leyendas fabulosas que acreditan a la raza anglosajona de tan romántica y soñadora como la raza latina. En el prólogo del literato Alfredo Wiederkehr a la traducción directa del libro de Ricardo Wagner intitulado *Los maestros cantores de Nuremberg*, se contienen indicaciones curiosas relativas a la existencia de los trovadores en Alemania.—Véase Apéndice núm. 10.

dad Johns Hopkins, de Baltimore (1). Servicio inapreciable ha prestado el Sr. Menéndez Pidal a las letras españolas con la publicación y popularización de una conquista de la ciencia que reivindica, no solamente la epopeya española medioeval, sino también nuestro incomparable romancero popular. Comprendemos y sentimos la íntima satisfacción con que al terminar la demostración de su tesis escribe estas palabras: «Como se ve, han bastado a la epopeya castellana unos pocos años para hacerse conocer y admirar.» Todo ello prueba que la obra de los trovadores en España continuó después de la derrota de los albigenses y se prolongó dentro de la época del Renacimiento, mientras la acción propagadora de la imprenta lentamente se generalizaba.

Se explica de este modo que los trovadores fugitivos de la Galia meridional fueran acogidos en los diversos Estados de España, donde ya de antaño se cultivaba su poesía, con el cariño fraternal de su origen, con los honores tributados a huéspedes ilustres, con la respetuosa consideración debida a su desgracia.

Fuera de la florida cuna en que nació, privada del fausto, de la ostentación, de los galantes «Puys», de las alegres costumbres y fiestas en los castillos, tomó la musa provenzal en España un carácter más acomodado a su nueva patria, más serio, más grave, más elevado. Ganó en majestad y pureza lo que perdió en superficialidad y fantasía. La poesía provenzal acabó por hacerse española, y cantó en los dia-

(1) *L'Épopée castillane à travers la littérature espagnole*. Traducción de Enrique Merimée, con un prefacio de Ernesto Merimée, miembro de la Academia francesa. — París, 1910.

Refiriéndose al romance popular, que era el cantado por los trovadores, dice el Sr. Menéndez Pidal: «La música que acompañaba a las estrofas populares es un elemento esencial e importante del Romancero; es el ala que la lleva a través del tiempo y del espacio. Esta música, que Rengifo encontraba tan conmovedora, que Mariana calificaba de dulce y agradable, no la ha olvidado el pueblo. Ayuda a recordar más fácilmente los versos, de que es inseparable compañera.»

lectos de la lengua lemosina. Fué auxiliar valioso de los Reyes en la épica y legendaria empresa de la Reconquista. Misioneros infatigables y abnegados de la Cruz, predicaron los trovadores españoles y provenzales la guerra santa contra la dominación agarena; sus ardientes cantos robustecieron el fiero espíritu de independencia, prepararon planes de conquista, concertaron alianzas entre Príncipes y Monarcas para combatir sin tregua al sarraceno. Alcanzaron, como justo galardón de tan eficaz concurso, honores, holgadas posiciones, favor y privanza en las Cortes de los Reyes de Castilla y de León, de Navarra, Cataluña y Aragón. De este modo, aun perseguida y maltrecha en su propia patria, prolongó su existencia la poesía provenzal, hasta que cambió su destino un suceso de inmensa trascendencia, que impulsó a la humanidad por las vías del progreso (1).

*
* *

La época del Renacimiento.

El siglo XIV llevaba en su seno el germen de una nueva y grandiosa civilización, que se reveló en los siglos XV y XVI. La época del Renacimiento llamaba a las puertas de la Historia.

El poderoso Imperio de Bizancio, socavado por los vicios, se derrumbó con estrépito, abriendo paso en Europa a la Media Luna. El planeta se dilató con un nuevo mundo,

(1) Larga y curiosa la relación de aquellos trovadores, héroes y poetas, con minucioso estudio expuesta, ha sido objeto de obras muy notables, entre las cuales pueden citarse: Amador de los Ríos, *Historia de la Literatura española*. Victor Balaguer, *Los Trovadores*, tomos II, III y IV, 2.^a edición; Madrid, 1883. Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, volumen II, páginas 227 a 282; Madrid, 1881. César Cantú, *Historia Universal*, tomo II, pág. 693 y siguientes. Milá y Fontanals, *Obras completas*, coleccionadas por Menéndez Pelayo, tomo II, *De los Trovadores en España*; Barcelona, 1889. Victor Balaguer, *Las literaturas regionales*, discurso de recepción en la Academia Española, 25 de Febrero de 1883. *Anthologie de l'amour provençal*, Ernest Gaubert y Jules Veran; Paris, 1909.

arrancado a las tinieblas de lo desconocido por navegantes, geógrafos y guerreros de la España cristiana. Los griegos fugitivos llevaron a Occidente los tesoros del saber oriental; la doctrina del libre examen abrió amplios caminos a la investigación científica; la voz reposada de la razón se levanta enfrente de los vanidosos alardes del empirismo; la explosión de la pólvora transforma el arte de la guerra y la ciencia del Ingeniero. Señala la brújula una estrella inmóvil en el firmamento, rumbo magnético en los caminos del planeta. Con esta profunda evolución del saber, la sociedad medioeval vacila en sus cimientos; el feudalismo se desmorona; sus almenados castillos se derrumban. Las ciudades se ensanchan y se engrandecen; las comunicaciones son más fáciles y seguras; las tinieblas del espíritu se disipan; la superstición se debilita; se suavizan las relaciones jerárquicas; las costumbres mejoran; las ciencias progresan; las artes comienzan a florecer, y los risueños albores de la redención del hombre, predicada por Jesucristo, iluminan el alma de las muchedumbres, sometidas en la antigüedad a la cadena de la esclavitud, y en la Edad Media al yugo de la servidumbre por el dominio de la fuerza bruta.

Evolución tan profunda habría quedado en germen si la *Biblia* en latín, primer libro impreso en el mundo, no hubiera descubierto horizontes infinitos al progreso de la Humanidad. El invento, ensayado en Estrasburgo y terminado en Maguncia por Schœffer, Fust y Gutenberg, creó la comunión universal de los espíritus. Al estampar la palabra puso alas al pensamiento. La hoja impresa difundió las ideas por todos los pueblos del planeta. El hombre comunica con el pasado a través de los siglos; habla con el presente a través del espacio; lega al porvenir el secreto de su ciencia, y alcanza así la inmortalidad.

La misión social del trovador había terminado. Fué el instrumento de un progreso arrollado por el ímpetu de otro

La invención de la imprenta.

progreso mayor. El trovador propagó las ideas encerradas en el estrecho círculo que el pergamino manuscrito alcanzaba. Transmitía el pensamiento por medio de la palabra y del canto; pero la palabra se extingue con la última onda sonora, el canto se apaga con la última nota. La imprenta habla al entendimiento con la callada voz de la palabra esculpida; su auditorio es la Humanidad.

El reinado de los trovadores había concluído. De su obra quedó lo más selecto, su creación; aunque perseguida por los rigores de un destino adverso, la poesía provenzal sobrevivió al trovador, como el alma sobrevive al cuerpo.

*
* *

Los felibres.

La poesía provenzal era una religión y conservó su culto, aunque el temor al castigo obligó a practicarla en secreto. El odio del conquistador de la Provenza prohibió la lengua de *Oc* y su poesía, pero no pudo extirparla. Algunos entusiastas de Tolosa, para hacerla pública, la acomodaron al ambiente de los tiempos y le dieron un carácter exclusivamente religioso. Se crearon premios para trovas en loor de la Virgen. Símbolo tan sublime y delicado aseguró su existencia. Una flor de oro adjudicada por siete mantenedores premiaba la mejor poesía.

Este rudimentario y tímido ensayo se convirtió en «*Consistorio del Gay Saber*», y la poesía profana en lengua de *Oc* alcanzó como premio en el siglo XV la violeta de Tolosa. Una noble y opulenta dama, Clemencia Isaura, poetisa y penitente, aseguró esta institución, embrión de los Juegos Florales, dotándola con gran esplendidez (1).

(1) El «*Consistorio del Gay Saber*», fundado en Tolosa por los años de 1323, es la institución literaria más antigua de Francia. Suspendiéronse sus públicos

Fama y prestigio alcanzó esta Academia en los cinco siglos de su existencia, y en su tiempo, la flor de oro fué disputada por los más esclarecidos poetas. El que reunía tres premios ganaba el honroso título de maestro en «Gay Saber». Lo ostentaron con legítimo orgullo: Voltaire, Marmontel, Fabre, Millevoye, Laharpe, Soumet, Chateaubriand y Víctor Hugo, que fué proclamado cuando sólo contaba diez y ocho años. Con gran pompa y selecto concurso continúan celebrándose estas fiestas el día 3 de mayo.

Pero los provenzales puritanos y castizos niegan a las renombradas fiestas de Tolosa el carácter clásico y típico de la lengua de Oc, puesto que ni conservan la romántica originalidad de la poesía trovadoresca, ni guardan las históricas tradiciones de la raza, y se celebran además en idioma francés. Ni la lengua, ni la tradición, ni la historia, añaden, se extinguieron con los trovadores. Poetas y literatos provenzales, no han dejado de escribir y de cantar en los dialectos de la hermosa lengua romana. En el Languedoc, en la Gascuña y en la Provenza, desde el siglo XVI hasta el XIX, folletos y libros, periódicos y revistas muy notables han visto la luz, y copiosa e interesante reseña de ellos se inserta en la *Anthologie de l'Amour Provençal*, de los esclarecidos literatos Ernest Gaubert y Jules Veran.

Un noble y vivo anhelo de restaurar la poesía provenzal

La Academia de
Aviñón.

certámenes a principios del siglo XV, y los restableció a fines del mismo siglo la poetisa Clemencia Isaura, cuya existencia han puesto en duda algunos autores. Pero el erudito D. Víctor Balaguer, en su obra *Los Juegos Florales en España*, prueba la existencia de aquella dama, cuyas tristezas de enamorada acabaron en las soledades de un claustro. De este modo explica la restauración del Consistorio con su nueva denominación de Academia: «Clemencia Isaura había adquirido de su amante el gusto de las letras y la afición a la poesía; quiso restablecerla bajo el nombre de *Juegos Florales*, consagrando por los años de 1495 toda su fortuna a dotar magníficamente la institución destinada a perpetuar en su tierra patria el amor a la poesía provenzal, que le había inspirado Renato».—Victor Balaguer, *Los Juegos Florales en España*, pág. 14.

en los esplendores de su belleza lírica y las cadencias de la lengua patria se desbordó al mediar el último siglo en la región de la antigua Galia meridional. Alientos y voluntad no faltaban. Surgió el hombre que encarnó la idea, y presentóse la ocasión en la vieja Aviñón, la histórica ciudad de los Papas.

Era profesor y director de estudios en uno de sus colegios José Roumanille, literato, poeta y provenzal. Figuraba entre sus discípulos un joven llamado Federico Mistral. Los genios se encuentran, se entienden, y su asociación crea las obras fecundas del progreso. Los literatos, escritores y poetas se agruparon bajo la dirección del maestro de Aviñón. En Congresos donde palpitaba el entusiasmo, se depuró la lengua provenzal: se corrigieron sus defectos, adquirió los caracteres ortográficos y definitivos de la técnica lingüística.

La Naturaleza se engalanó para saludar el glorioso renacimiento de la poesía, la literatura y la lengua provenzales. Los rientes rayos de un templado día de mayo de 1854 iluminaban las encantadoras y románticas florestas del castillo señorial de Font-Segugne; siete poetas, inflamados por el amor a las glorias de su tierra nativa, constituyeron el núcleo organizador de la famosa Academia, encargada de guardar y conservar a Provenza su lengua, su carácter, sus libertades, su honor nacional y el reinado de su inteligencia. Fueron los fundadores, además del patriarca Roumanille, el inspirado Mistral, Aubanel, Tavan, Mathieu, Giera y Brunet, cuyos nombres conservará la Historia, y los concurrentes a la hermosa fiesta, nuevos trovadores provenzales, se llamaron *felibres*, esto es, *discípulos de las Musas*.

Sin dar tregua al entusiasmo, comenzaron su obra por la publicación de un Anuario intitulado *La Armana Prouvençau*, y enardecieron al pueblo con su hermoso himno de glo-

ria a la patria sagrada, que es el canto épico de los modernos provenzales (1).

Poetas, literatos, escritores y periodistas acudieron en gran número al llamamiento; las publicaciones se sucedían sin interrupción. Cinco años después apareció *Miréio*, el asombroso poema de Mistral, acontecimiento literario de fama universal, suprema coronación de la poesía provenzal, que llegaba a su apogeo. Lamartine, entusiasmado, consagró a *Miréio* todo un cuaderno de sus eruditas *Conversaciones literarias*. «Sí—dice—; tu poema épico es una obra magistral. Diré más: no es de Occidente, es del Oriente. Diríase que durante la noche una de las islas del archipiélago, una flotante Delos, se ha desprendido de su grupo de las islas griegas o jónicas, y que ha venido silenciosa a unirse al continente de la embalsamada Provenza, trayendo con ella uno de aquellos divinos poetas de la familia de los Melesingensios. Bien venido seas entre los poetas de nuestros días. Tú eres de otro cielo y de otra lengua; pero tú has traído contigo tu clima, tu lengua y tu cielo. No te preguntamos de dónde vienes ni quién eres. Tu Marcellus eris.»

La Academia francesa premió el libro; el Gobierno otorgó a Mistral la Legión de Honor. Gounod inmortalizó el argumento de *Miréio* en una de sus más geniales óperas, y el

(1) Este himno, cuya letra es de Mistral, comienza con esta estrofa y estribillo:

Sian tout d'ami, sian tout di fraire,
sian li cantaire dou pais.
Tout enfantoun amo sa maire,
tout auceloun amo soun nis;
noste ceu blu, noste terraire,
soun per nous autre un paradis.
Sian tout d'ami galoi e libre
que la Provença nous fai gau;
Es nautre que sian li felibre,
li gai felibre prouvençau.

Gobierno español honró a Mistral con la Encomienda de Carlos III.

Los felibres han enriquecido la literatura provenzal con una copiosa antología, cuyo solo relato llenaría un volumen (1).

Las fiestas de Aviñón alcanzan renombre europeo, y la felibrería ha consolidado su fama poética y literaria.

Mistral y Echegaray.

Mistral compartió recientemente el gran premio Nobel, glorioso diploma exclusivamente otorgado a las celebridades universales de las ciencias y de la literatura, con otro genio español, con D. José Echegaray, nuestro insigne compañero de Academia, ingeniero, matemático, orador, literato, dramaturgo, político, sabio, cuya portentosa variedad de aptitudes, semejante a las facetas que esclavizan en el diamante tallado los encantadores cromatismos del arco iris, encierra en la unidad de un excepcional talento los conceptos más profundos de la sabiduría humana.

Mistral, Roumanille y sus compañeros los felibres pasarán a la Historia como los restauradores de la poesía provenzal en la Galia del Mediodía. Su vigoroso impulso repercutió bien pronto en España (2).

*
* *

Renacimiento de la literatura lemosina en España.

Aquella literatura lemosina, que alcanzó su esplendor en España durante los siglos XII al XV, no había muerto:

(1) Véase *Anthologie de l'Amour Provençal*, de Ernest Gaubert et Jules Veran. Paris, 1909. Apéndice, páginas 283 a 311.

(2) Al escribir estas líneas llega la triste noticia del fallecimiento de Mistral. Todos los periódicos importantes de Europa y de la América latina han glorificado la memoria del insigne vate, publicando su biografía y su retrato. La Provenza está de duelo; su poesía pierde el más inspirado de sus cantores. La manifestación para dar tierra a sus restos ha revelado el sentimiento de universal admiración que merecía el preclaro anciano. Mistral vivirá en la Historia después de haber asegurado a su tierra nativa un renombre universal e imperecedero.

sufría una catalepsia. Apagado el estruendo de las guerras de sucesión, de la Independencia y las civiles, resurgió vigoroso el genio levantino y venció la catalepsia. El renacimiento de la literatura regional se inició en el ardiente canto «A la Patria», del bardo D. Buenaventura Carlos de Aribau. La enseñanza de los *felibres* de Aviñón dobló el Pirineo. En Cataluña, en Valencia, en Mallorca, se proclamó la fraternidad con aquellos modernos trovadores, y una lucida juventud, ansiosa de renombre y de laureles, se alistó en las banderas de la poesía rediviva. Barcelona inició el movimiento literario, restableciendo en 1859 el antiguo Consistorio de los Juegos Florales (1).

Un suceso de trascendencia histórica, ocurrido en la ciudad condal, influyó poderosamente a extender el renacimiento literario en España. Para solemnizar los Juegos Florales de 1868, reuniéronse en la próspera urbe del Llobregat bardos y poetas del uno y del otro lado del Pirineo. El glorioso Mistral, el Homero de Provenza, acudió con buen golpe de sus ardorosos *felibres*, entre los cuales figuraban el Príncipe Bonaparte Wyse y Louis Roumieux; bajaron de Castilla poetas tan egregios como D. José Zorrilla, don Ventura Ruiz Aguilera y D. Gaspar Núñez de Arce; llegaron desde las orillas del Turia los trovadores valencianos, capitaneados por sus insignes maestros Teodoro Llorente y Vicente W. Querol; representaron con brillantéz el grupo de las Baleares esclarecidos literatos mallorquines, ibicencos

(1) La restauración de los Juegos Florales en Barcelona tuvo lugar en 1859, iniciada y realizada por siete distinguidos escritores: los Sres. D. Manuel Milá y Fontanals, D. Joaquín Rubio y Ors, D. Víctor Balaguer, D. Juan Cortada, D. Miguel Victoriano Amer, D. José Luis Pons y Gallarza y D. Antonio de Bofarull, quienes se dirigieron en solicitud al Ayuntamiento de Barcelona, pidiendo la restauración de los antiguos certámenes, bajo el amparo y apoyo del Municipio barcelonés. Accedió el Ayuntamiento, y los siete firmantes de la instancia pasaron a formar el Jurado de los primeros mantenedores que tuvieron los Juegos Florales. (Víctor Balaguer, *Los Juegos Florales en España*, tomo XXXII de la colección, páginas 24 y 25.)

y menorquines; completando el magno concurso una lucida y copiosa pléyade de trovadores catalanes, adeptos e iniciados en los cánones de la «Gaya Ciencia».

En las elevadas cumbres del famoso Montserrat, cuyos aguzados riscos dominan el santuario de la milagrosa Virgen *negreta*; en la cúspide de San Jerónimo, miranda mayor de Cataluña, contemplando el soberbio panorama del pintoresco llano barcelonés, sembrado de rientes pueblos, salpicado de fábricas y bordado de flores, cruzado por el siempre rojo Llobregat, el *Rubricatus* de los romanos; cerrado por las azuladas aguas del Mediterráneo, el romántico mar de los ensueños, se juntaron los hermanos dispersos, sellaron con un fraternal abrazo la comunidad poética y literaria de sus espíritus.

El ardiente apóstol del renacimiento catalán, encarnación viva del genio lemosín, infatigable cantor de las glorias regionales, el inspirado trovador de Montserrat, vuestro antiguo compañero D. Víctor Balaguer, encendió con su fogosa palabra el entusiasmo de extranjeros y de españoles, al saludarles en nombre de la tierra catalana, exclamando: «Salud y fraternidad es nuestro lema. Como huéspedes vinisteis; partid como hermanos.» Y un aplauso unánime acogió estas palabras.

Los poetas llevaron a su tierra el contagioso entusiasmo del memorable suceso. Brotaron las asociaciones, surgieron los libros, los folletos, las revistas; en toda la región levantina resonaron los cantos gloriosos de la patria chica.

Esta resurrección del amor a la poesía popular se extendió por todos los ámbitos de la nación, revistiendo las simpáticas formas de los Juegos Florales, y, convertida en festo de amena cultura, invadió ciudades y pueblos, creó poetas, se infiltró en el alma nacional. Desde la encantadora región galaica y asturiana, tan regalada por los favores de la Naturaleza, hasta las llanuras castellanas, las tierras an-

daluzas y las comarcas aragonesas, por doquier figuran en el programa de sus anuales festejos los modernos Juegos Florales.

No son los torneos literarios del presente aquellos bulliciosos, galantes, placenteros y solazados «Puys» de los castillos feudales, ni tampoco las alegres y licenciosas «Cortes de amor» de los tiempos medioevales. Los Juegos Florales del renacimiento lemosín son una institución de cultura, de nobleza y de sentimiento, guardadora, a semejanza de la Academia felibre, de las letras, del idioma y de las glorias regionales.

El poeta premiado elige la Reina de la fiesta, que ocupa el trono simbólico, rodeada de su corte de damas de honor. La inspiración y la galantería rinden merecido homenaje a la mujer, reconociendo la influencia y el poder soberano de la hermosura. Honran la solemnidad sabios y eruditos, literatos y oradores, elegantes damas; acude a ella un pueblo ansioso de oír cantar las bellezas de su suelo y las glorias de sus hijos en la lengua de su hogar, de su familia, en aquella que su madre les enseñó a rezar, en aquella que sus padres les enseñaron el camino del deber, de la obediencia y del trabajo.

La poesía lemosina resurrecta no es precisamente la poesía trovadoresca. Vuelve a la vida con las transformaciones impuestas por la cultura moderna, por el gusto, el progreso y el arte de nuestro tiempo. Los ideales cantados por el trovador medioeval eran el amor y la guerra. Los *felibres* modernos escriben, como empresa de su escudo, esta leyenda: *Patria, fides, amor*, simbólica trilogía de sus nobles ideales.

Cantan a la «Patria», sentimiento creador de la solidaridad en el alma humana, que hace de la nación una familia, de cada hombre un soldado, de cada mujer una heroína; que convierte en personal el honor colectivo; que nos

encadena a la tierra nativa por las cenizas sagradas de los padres; nos enlaza con el cielo por las plegarias que el cariño de las madres recitó meciendo nuestra cuna. La raza, el suelo, el clima, la historia, la tradición, la etnología, en suma, afirman los caracteres esenciales de una personalidad física, intelectual y social, única y exclusiva, que es la Patria.

Cantan a la «Fe» la virtud que engendra los impulsos heroicos de las grandes acciones humanas; la Fe, que es el galardón del triunfo, la gloria del martirio; la Fe, que ilumina; la Fe, que salva; la Fe, que redime; la Fe, que perpetúa el alma en la mística adoración de su Creador.

Cantan al «amor», sentimiento el más elevado, el más noble, el más dulce del corazón humano; sublime epitalamio entonado al simbólico himeneo de la Naturaleza con la apasionada Psiquis, que engendra, con vibrantes explosiones de vida, la perpetuidad del ser en el seno de la Creación.

La poesía de los Juegos Florales difiere en su esencia y en su expresión de la que inspiró en los tiempos medioevales el famoso «Código de amor». Su carácter se ajusta a la cultura de nuestro siglo. La poesía rediviva suprime las libertades galantes y las licencias atrevidas de los serventesios trovadorescos, atenúa los excesos del lirismo, enlaza la musa de la rima y la armonía del consonante con la sobriedad de la frase y la riqueza del fondo. Corrige la exageración del elogio y el interesado entusiasmo por la prodigalidad. No se reduce al romance narrativo de los hechos heroicos, reales o fingidos, y al canto voluptuoso de las dulzuras galantes; cultiva con fortuna todos los géneros. Es, por lo general, una poesía elevada, de amplios horizontes: erudita, sin pedantería; profunda, sin afectación; satírica, sin ofensa; deleita, enseña, conmueve y consuela; enardece o calma; se acomoda a las normas de su género y al fin que se propone.

Su idioma es el regional, con los dulces acentos del dia-

lecto, que, aprendido en la niñez, fué la primera comunicación del espíritu infantil con el mundo real.

Algunos espíritus incrédulos, que no fijan bastante su atención en los hechos reales, ponen en duda la generalidad y la intensidad de este reciente movimiento. Una prueba decisiva les convencería de su error. Compilados en un florilegio los discursos leídos y las poesías premiadas en los Juegos Florales celebrados, desde hace pocos años, en toda la nación española, se tendría una demostración, tan decisiva como brillante, de que el valor artístico de nuestra literatura regional iguala, y en algún caso supera, a cuanto el genio y la inspiración producen en los pueblos del mundo moderno.

*
* *

De antiguo abolengo la poesía catalana ha conservado siempre la característica peculiar de la privilegiada región que se extiende desde las faldas del nevado Pirineo hasta el delta del caudaloso Ebro, y de la raza laboriosa, inteligente y activa que la puebla. En la romántica Provenza aprendieron sus errabundos poetas el arte de trovar, y de Provenza importaron a fines del siglo XII el Consistorio de la Gaya Ciencia, inicial de una época gloriosa para la poesía catalana (1). Las turbulencias y las guerras, enemigas de la paz, debilitaron, pero no extinguieron el estro regional, cuyo entusiasmo prueban las noticias biográficas de los más notables trovadores y poetas, y las obras de los últimos cinco

El renacimiento literario en Cataluña.

(1) Véase el Apéndice núm. 2.

Además del privilegio otorgado por D. Juan I de Aragón a los poetas March y Aversó para fundar la Academia de la Gaya Ciencia en Barcelona, expidió otra Carta Real D. Martín el Humano en 1398 concediendo al Consistorio una pensión anual de 40 florines de oro.

siglos, que en las crónicas, historias, antologías y compilaciones se han publicado (1).

La ardiente invocación de Aribau a «la Patria» provocó, mediado el siglo XIX, el vigoroso renacer de la poesía catalana, infuída e inspirada en los caracteres esenciales de la civilización moderna, que enlaza el simultáneo desarrollo de los intereses materiales con el progreso de su cultura general. Son los carriles por los cuales corre veloz la locomotora de sus prosperidades, de su influencia, de su poderío.

El renacimiento en Cataluña satisface aquellas condiciones de equilibrio: es el vigoroso y unánime impulso de un pueblo que honra su pasado, consolida su presente y asegura su porvenir. Los adelantos de su agricultura intensiva, el continuo progresar de sus industrias, los incesantes aumentos de su comercio marítimo y terrestre, todo ello se traduce en el ardor de los negocios, la estimación del crédito, en la multiplicación de las fortunas, en la abundancia del bienestar, en la opulencia de los intereses materiales. Los progresos de su cultura se prueban por la difusión de sus enseñanzas, el copioso catálogo de libros didácticos, la multitud de producciones científicas y artísticas, fruto selecto de cultivados entendimientos. Sus centros literarios, científicos, artísticos y políticos revelan un movimiento intelectual, activo, incesante, general. Así se explica que la literatura catalana, con las sucesivas perfecciones del idioma (2), sea hoy abundante, robusta, variada, genial, inspirada y típica.

(1) Véanse las obras, tantas veces citadas en este trabajo, de Piferrer y Bofarull, de Milá y Fontanals y Balaguer. Más especialmente *Els trovadors nous* y *Els trovadors moders*. Como se hace notar en la *Antologia dels poetes d'avui*, *El libro de oro de la poesía catalana*, los tres de *La patria, la fe y el amor*, y el libro de *La renaixensa*, ofrecen el elenco de los poetas de su tiempo.

(2) Las explica el notabilísimo libro *La llengua catalana; estudi historich per* Ernesto Moliné y Brasés.—Barcelona, 1911; Albert Martín, editor.

Cierto que el inquieto afán de originalidad crea modas pasajeras, atropelladoras de la técnica clásica y de las normas delicadas del buen gusto; pero estas degeneraciones del arte ni viven mucho ni son nuevas en el curso de la Historia. La ardiente protesta del siglo XV contra la profanación de las letras y de las artes, desdeñadas y perseguidas en la Edad Media, encendió los entusiasmos de Occidente; creó un estilo y dió nombre a una época: el estilo y la época del Renacimiento. Vicios ridículos de una exageración vanidosa fueron el gongorismo y el culteranismo en las letras, lo grotesco en pintura, lo plateresco en arquitectura, y hasta las extravagancias del neo-romanticismo vestido de levita a mediados del pasado siglo, que fueron áticamente satirizados por el «Curioso Parlante» (1).

Para romper con las reglas que las verdades de la Ciencia han dictado a un arte se requiere el pleno dominio de su técnica especial, y la mayoría de los innovadores carecen del genio que abre nuevos horizontes a las concepciones literarias del espíritu humano. Con esto se crean modas pasajeras de frágil originalidad, cuyos autores desconocen u olvidan los juiciosos consejos del docto mallorquín D. Juan Alcover, quien a este propósito escribía: «Poned, en buen hora, nuevas cuerdas a la lira; vaporícese la forma para hacerla flexible y delicada; refínese el arte, pero no tanto que se quede en la refinadora la parte más sabrosa y vital de la sustancia. Volad arriba, muy arriba, para observar a vista de pájaro los humanos destinos, pero no para escribir éter, con éter, sobre el éter.....»

La antología de autores catalanes figura hoy entre las más ricas y completas de las regionales. El número de escritores notables pasa de un millar; la calidad de la obra respon-

(1) D. Ramón Mesonero Romanos, en su jubiloso y celebrado artículo «El romanticismo y los románticos».

de a la fecundidad de su ingenio. Será difícil hallar algún género de conocimientos que no estudien: la historia, la filosofía, la lingüística, la arqueología, las ciencias de aplicación, los fundamentos del saber, todos tienen representación en la bibliografía de Cataluña. Su especialidad, con predilección cultivada, es la literatura y la poesía, en cuyos diversos géneros puede competir con las más selectas de Europa. Cuando, calzado el coturno, inspira el alto poema, inmortaliza con *La Atlántida* el preclaro nombre de Mosén Jacinto Verdaguer, cuyos cantos recuerdan a Homero, el padre de la poesía (1), y con *Eulla*, premiada en los Juegos Florales de 1910, galardona la fecunda inspiración de Maragall, el Trovador de nuestros días. Victoriosos luchadores en la epopeya catalana, levantan el pedestal de su celebridad: Pelayo Briz, con *La Masia dels amors*, *La Orientada* y *Cap de ferro*; Apeles Mestres, con su *Iliana*; Dámaso Calvet, con *Mallorca cristiana*; Ramón Picó, con *Garraf*, y otros que cultivan con fortuna el género más elevado de la poesía (2).

De moderna creación es el teatro catalán, pero su carrera ha sido tan rápida como triunfal. Lo inició una juguetona y regocijada parodia de *La Campana de la Almudaina*, famoso drama compuesto por el esclarecido poeta mallorquín D. Juan Palau y Coll. Titulábase *L'esquella de la To-*

(1) La obra poética y mística del Padre Verdaguer, tan genial e inspirada como fecunda y erudita, ha contribuido mucho a enaltecer y propagar la selecta literatura catalana. La envidia y la calumnia clavaron en el sabio sacerdote sus acerados dardos, y alguna vez le obligaron a escribir serenos y hermosos artículos «en defensa propia». Ni aun eso le faltó para completar su merecida celebridad.

(2) Nutrido el elenco de los poetas catalanes, imposible sería citar cuántos merecen esta distinción. *Les cent millors poesies de la Llengua catalana* es una selección hecha con acierto por el notable poeta D. Ernesto Moliné y Brasés, delicado tributo rendido a la memoria de los preclaros escritores que honraron a su patria.

El catálogo de los poetas más modernos sería interminable, y en las diversas antologías se registran sus nombres y sus obras.

rraixa, y su joven autor, que alcanzó justo renombre con el pseudónimo de «Seraff Pitarra»; era el «mestre en gay saber» D. Federico Soler, a cuyo drama *Batalla de Reinas* otorgó la Academia Española en 1888 el premio de S. M. la Reina Regente. A los juguetes cómicos siguieron las comedias; más tarde los dramas, y el teatro catalán se ha remontado con tan raudo vuelo, que, en estos últimos tiempos, creaciones tan admirables como *Mar y Cielo*, *Tierra baja*, *El místico* y alguna otra se han representado, con esmero traducidas, en los grandes teatros europeos, elevando los nombres de Angel Guimerá, Santiago Rusiñol e Ignacio Iglesias al nivel de los más eximios dramaturgos alemanes, italianos, suecos y rusos (1).

La novela moderna, amena, educativa o psicológica, es género con fortuna cultivado por la literatura catalana. Satisfacción íntima siente el alma española al leer anunciadas en los catálogos extranjeros de libros selectos las más notables obras de los escritores catalanes (2).

Sería temerario empeño encerrar en pocas páginas una idea de la literatura moderna catalana en prosa y en verso. La *Biblioteca popular d'Avenç*, cuyos diligentes editores deben conocer bien la juventud literaria de nuestros días, escriben, en la explicación que precede a la *Antologia dels poetes catalans d'avui* (3), los siguientes párrafos: «La nueva generación no desdice de la anterior, y si entre los grandes

(1) No sería justo olvidar, en esta concisa reseña del novísimo teatro catalán, autores que tanto han contribuido a su enaltecimiento como Vidal y Valenciano, Arnau, Roure, Aules, Roca y Roca, Puig y Piera, Llanas, Vilaragut, Martí y Folguera, etc., etc.

(2) Por ejemplo, *La Papallona* y *La Febre d'or*, de Narciso Oller; *Solicitud*, atribuida a Víctor Catalá, pseudónimo de la notabilísima escritora Sra. de Albert, y varias composiciones y trozos selectos de *Algo*, chispeante libro del genial poeta y pensador Joaquín Bartrina de Aixemús, cuya breve vida dejó en la poesía española huella luminosa de su original inspiración, y de otras joyas de autores que honran el saber de Cataluña.

(3) Barcelona, 1913.

hombres que nos dejaron lloramos a las dos únicas figuras de Verdaguer y Maragall, dignos herederos de su grandeza aparecen hoy entre la juventud de Cataluña.»

Por cierto y verídico tengo este sintético juicio, que profusamente pregonan anuncios de obras, catálogos y bibliotecas.

La prensa diaria y las revistas ilustradas mantienen el amor al idioma regional, cada vez más arraigado, con una activísima propaganda, intensamente popular y educadora. La inteligente organización editorial dispone de medios formidables. Lanza de continuo ediciones de lujo y económicas, elegantes aquéllas, a precios éstas de increíble baratura. Así llegan a noticia del pueblo, hasta en las aldeas guarecidas entre los repliegues de las montañas, las producciones de los más celebrados poetas y escritores catalanes, en folletos de muchas páginas, precedidas del retrato y de la biografía del autor. «De este modo — dicen los editores — (1), por sólo 10 céntimos de peseta, conocerá el pueblo los autores más celebrados de nuestro Renacimiento, y así estimará cada día más la lengua nativa.»

Con tan brava pujanza se presenta en el siglo XX la literatura catalana, dominando todos los géneros y honrando en el mundo las letras y la mentalidad de la nación española.

*
* *

Renacimiento de la
literatura provenzal
en Valencia.

En tres épocas clasifica el historiador y literato catalán D. Víctor Balaguer la poesía de los trovadores. En la primera época, Provenza es la corte literaria, y la lengua de *Oc* prevalece. En la segunda es Barcelona, y domina la influencia catalana. La tercera es la época valentina; la corte de

(1) *Lectura popular: Biblioteca d'autors catalans.*

la poesía es Valencia, y el idioma, el lemosín. He aquí cómo la describe aquel insigne autor, tantas veces citado, en este apresurado trabajo:

«En los últimos años de la vida de D. Alfonso el Magnánimo de Aragón vióse a la musa de la poesía catalana tender sus alas al viento, y en brazos de las brisas mediterráneas atravesar los mares, volver a su patria y escoger por morada a Valencia, donde todo le hablaba de amor y de deleite. Aquella historia de hechos caballerescos, aquellas leyendas de tradiciones árabes, aquel cielo de estrellas, aquel suelo de flores, aquellas brisas del Turia, saturadas de perfumes voluptuosos, y aquellas mujeres, poseedoras de una belleza que resiste a la luz del pleno día.»

Creó la escuela valentina el genial y afamado Ausias March. Cultivador asiduo de las ciencias, espiritual y romántico, un tanto místico, escolástico y metafísico; era su poesía robusta, sonora, lírica, dulce y profunda. Sus musas favoritas eran el amor, la religión, la filosofía y la muerte. La fama extendió su nombre por Europa; la crítica lo engrandeció. El gran Fray Luis de León le considera y le estima; Fernando de Herrera, gloria de Sevilla, inspira sus sonetos en las estrofas de Ausias March; el abate Suárez le llama «Petarca de los provenzales»; el poeta lusitano Manuel de Taria y Souza lo reputa, en poesía amorosa, superior a Garcilaso, a Camoens, y aun al mismo Petarca, de quien sus admiradores le proclaman modelo, y de quien sus adversarios le llamaron émulo (1).

(1) El gran número de comentaristas, críticos y biógrafos de Ausias March prueba la justa celebridad que alcanzó este portentoso poeta valenciano. De reciente (1912) se ha publicado en París un estudio bien documentado, el más completo que conozco, intitulado *Auzias March et ses prédécesseurs*, que honra a su autor, M. Amadeo Pagés, Doctor en Letras y Catedrático del Liceo de la Rochela. Con datos y noticias inéditas, entresacadas de los Archivos de Valencia, Cataluña, Mallorca, Aragón, Castilla y Francia, y con textos, citas y juicios de

La escuela valenciana se pobló pronto de literatos y de poetas. Establecieron los Juegos Florales, creados en Barcelona por D. Juan I y D. Martín el Humano. La joya de oro fué disputada por los más notables bardos castellanos y lemosines, celebrándose con este motivo lucidas y suntuosas fiestas. Dos sucesos históricos completaron por entonces el glorioso renombre alcanzado por las letras valencianas.

Ocurrió el primero hacia 1394 con la aparición en la escena de cierta obra iniciadora de una profunda transformación en el teatro español, limitado, por entonces, a representar Autos sacramentales. En el propio Palacio Real de la ciudad del Turia, y en presencia de los Monarcas, se puso en escena, con lujo y propiedad a la sazón desconocidos, una composición llamada «tragedia», compuesta por Domingo Mascó, titulada *L'home enamorat y la fembra satisfeta*. Parece averiguado que el argumento se refería a los amores, bien correspondidos, del Rey D. Juan I con la hermosa y linajuda valenciana Carroza de Vilaragut, dama de la Reina D.^a Violante de Aragón. En Valencia, pues, nació con el drama trágico el moderno teatro español.

El segundo hecho histórico fué la publicación en Valencia del primer libro impreso que vió la luz en España. He aquí cómo ocurrió aquel memorable suceso:

El año de 1474 celebróse en la religiosa ciudad del Turia un certamen literario en loor de la Virgen María. Cuarenta poetas acudieron al concurso; cuarenta y cinco composiciones se presentaron, la casi totalidad escritas en idioma valenciano. Imprimióse esta colección con el título de *Las trobes en la hors de la Verge María*, formando el primer volumen impreso en nuestra patria, y cuyo único

escritores contemporáneos de Ausias March y posteriores a su época, ha reconstituido concienzudamente M. Pagés la vida y la obra del gran poeta.

ejemplar se conserva en la Biblioteca de aquella Universidad (1). Valencia, pues, corte de la poesía y del idioma lemosín en su época florida, fué cuna del moderno teatro español y del primer libro impreso que dió al mundo nuestra patria. A estos gloriosos títulos ha correspondido el revivir de su literatura regional.

No podía sustraerse a las turbulencias y a las guerras de los siglos XV al XVIII la poesía provenzal en España, y, como la segunda en Cataluña, sufrió en Valencia la tercera el prolongado eclipse que ya en otro lugar he señalado.

El renacimiento de la poesía lemosina, al mediar el siglo XIX, halló la lengua valenciana corrompida y adulterada por el uso vulgar, impropia para una culta literatura. Teodoro Llorente, el Mistral valenciano, con su fraternal amigo el inspirado poeta Vicente W. Querol, y el erudito Mariano Aguiló, por entonces bibliotecario de la Universidad, ferviente apóstol de la poesía lemosina, acometieron la empresa de purificar el dialecto. Bien pronto premió el éxito su laboriosidad y su trabajo, y la lengua valenciana recobró los caracteres técnicos y gramaticales ordenados por la filología. Al restablecimiento de los Juegos Florales en Barcelona siguió, sin tardar, el de Valencia, donde se celebraron al año siguiente por iniciativa del entusiasta Aguiló. La poesía valenciana renacía enérgica e inspirada después de un prolongado eclipse de tres siglos. Fueron los poetas premiados Víctor Balaguer y Teodoro Llorente. Los bardos del Llobregat fraternizaban con los del Turia, que surgían espontáneos como las perfumadas flores de su fértil tierra.

Numerosos y nutridos los nuevos elementos de la litera-

(1) En el año 1894 se imprimió en Valencia, en el antiguo establecimiento de Ferrer de Orga, una fidelísima reproducción del libro original, con una introducción y notas biográficas de los autores de *Les Trobes*, escritas por los eruditos literatos D. Francisco Martí Grajales y D. José Martí Folguera

tura levantina, andaban sueltos y dispersos. Faltaba una organización para dar unidad a sus iniciativas y constituir un centro directivo de su fecunda labor. Un entusiasta escritor valenciano, notable por su tenacidad y su firmeza, Constantino Llombart, logró crear en 1878 un centro de cultura literaria con el título de *Lo Rat Penat, Societat d'Amadors de les glories valencianes*. Es el murciélago, *Lo Rat Penat*, el símbolo de la reconquista de Valencia, y adoptado como insignia de la Sociedad, a semejanza de la cigarra de oro, distintivo de la Academia de los felibres de Aviñón.

También «Lo Rat Penat» tiene su himno, compuesto por Teodoro Llorente y recibido con clamoroso entusiasmo por el concurso fundador de la Sociedad. Palpita en sus estrofas el alma levantina; es el grito de un pueblo exuberante de vida, que recuerda sus pasadas grandezas para emularlas y superarlas con las virtudes del trabajo (1).

(1) La poesía de Llorente, muy difícil de traducir sin mitigar el fuego que anima sus estrofas, ha sido vertida con gran acierto al castellano por el insigne poeta D. José Aguirre Matiol, fraternal amigo del autor. Dice así:

«Hermanos: la patria lemosina
Renace por doquier; revive la englantina
De nuestro Gay Saber.
Aumentemos la hueste laureada,
Valencianos, formando una mesnada
Que no se pueda nunca deshacer.
Una mesnada que mantenga viva
La del Arte y saber llama intensiva
Del genio y de la santa inspiración.
Y hablen todos los labios una lengua,
Y nuestros corazones, sin temor ni mengua,
Vibren al mismo son.
Y de nuestros abuelos en memoria,
Prenda de la pasada y venidera gloria,
Enseña de hermandad,
Como pendón y estrella que nos guía,
Entre vivas y gritos de alegría
Alcemos victorioso el Rat-penat.

El primer trabajo de «Lo Rat Penat» fué restaurar los Juegos Florales, poética institución, siempre lozana y juvenil, que, además de su importancia literaria y poética, constituye uno de los más brillantes y concurridos festejos de la famosa feria de Valencia (1).

Como grato recuerdo de mi juventud guardo la memoria del primer certamen que presencié. Fué para mi romántico entusiasmo como un cuento de hadas, visión de luces y de flores, de mujeres hermosas y de elegancias supremas; de atronadores aplausos a los poetas y oradores, de aclamaciones entusiastas a la gentil reina de la fiesta, en cuyo trono se posaban las palomas, orgullosas de rendirle el homenaje de su elegante saludo (2).

Los primeros años de los Juegos Florales fueron el amanecer de un brillante renacimiento (3). La semilla había caído en tierra bien abonada, la cosecha era abundante y selecta (4).

La musa rediviva, medio épica y medio elegíaca, cantaba el amor a Valencia, el recuerdo de sus antiguas glorias, el ansia de renovarlas: añoranza dulce y sentida en la nueva poesía, pero siempre dentro de la unidad patria, cuyo supremo sentimiento palpita con ardor en todos los corazones. El

(1) Véase *Llibre d'or dels jochs florals*. Valencia, 1895. Imprenta de Federico Domenech, editor.

(2) *Teodoro Llorente: Su vida y sus obras*, estudio biográfico por J. Navarro Reverter, pág. 27. J. Granada y Compañía, editores. Barcelona, 1909.

(3) Noticias interesantes de este renacer se leen en un libro intitulado *Les fills de la Morta-Viva. Apuntes bibliogràfics pera la historia del Renaixement literari llemosí en València*, per eu Constantí Llombart, trabajo premiado en los Juegos Florales de 1879, y cuyo lema era «Tot moviment literari enclou una significació moral». César Cantú. Valencia, imprenta d'eu Emili Pascual, editor, 1879.

(4) Entre los jóvenes poetas que con los vehementes entusiasmos del amor levantino acudieron presurosos al llamamiento de Llorente y de Llombart, figuran Vicente W. Querol, Félix Pizcueta, Rafael Ferrer y Bigné, José Aguirre Matiol, Jacinto Labaila, Victor Iranzo, Enrique Gaspar y otros muchos, ansiosos de gloria y de renombre, citados en el libro de Constantino Llombart titulado *Les fills de la Morta-Viva*.

amor a Valencia es el amor a España; el afecto hacia la patria chica es la más sólida garantía del entusiasmo sin límites por la patria grande.

La literatura valenciana se siente satisfecha y envanecida con las leyes de la Historia y con los destinos de su región. En la leyenda de su escudo lemosín encierra sus aspiraciones, sus anhelos, sus creencias, su tradición, su voluntad y su programa. Con la misma fogosidad que pone en sus cantos al «amor», dulzura infinita de la vida; con igual exaltación que inspira sus estrofas a la «fe», sublime virtud de la redención y del triunfo, con idéntico ardor aclama a «la patria», primer concepto de la simbólica trilogía «Patria, fides, amor», inscrita en su bandera. La característica típica de cada región es un estímulo en la noble lucha del progreso. Cuanto más prósperas son las regiones, más poderosa, más respetada, más temida es la patria común. A semejanza de las regiones a los colores del arco iris. La luz solar, espíritu vivificador de nuestro sistema planetario, los funde en su transparente blancura. Revelados por la refracción los siete matices crómicos, todos ellos vivos, hermosos, diversos, graduales, difusivos, típicos, constituye su visión el embeleso de una variedad rítmica en una armónica unidad de la patria. Suma grande de patrias chicas; gloriosa agregación de glorias regionales; amor colectivo de amores parciales; unidad fecunda de armónicas variedades; expresión material de una idea primígena sentida en todos los pueblos de la tierra, consagrada en todos los idiomas por este proverbio universal: «La unión es la fuerza».

El insigne y entusiasta catalán D. Víctor Balaguer, llamado el Trovador de Montserrat, esculpe este concepto fundamental de Patria con las siguientes conmovedoras frases: «Dios me conceda morir en mi casa solariega, que es tumba de mis padres y cuna de mis hijos; pero Dios no permita que mis ojos puedan cerrarse a la luz sin ver flotar

siempre sobre los campos de mi Patria, radiante y libre, el pabellón de España» (1).

En los siete lustros transcurridos desde la fundación de *Lo Rat Penat*, el elenco de la literatura valenciana ha crecido considerablemente en número, y rivaliza en calidad con los más escogidos del saber latino. *El libro de oro* es un voluminoso catálogo de obras y de autores que han ensanchado con su talento y su inspiración *les glories valencianes* (2). La flor natural, ganada en el certamen anual de los Juegos Florales, ha sido galardón de eximios poetas, cuyo florilegio de composiciones es embeleso de los amantes de la literatura (3). Las numerosas publicaciones de *Lo Rat Penat*, y otras muchas de editores entusiastas del patrio idioma, constituyen una copiosa biblioteca, cuyas obras, por la variedad de materias, prueban que la literatura y las ciencias valencianas, acomodadas al estilo y al progreso modernos, continúan las brillantes tradiciones que en época ya remota conquistaron a la patria del dulce Ausias March, del filósofo Luis Vives y del milagroso orador Vicente Ferrer, el lisonjero dictado de «la Atenas del Mediterráneo».

*
* *

El florecimiento de la literatura lemosina en las Baleares ha sido una nueva revelación del genio vivo y tradicional de Levante. Su situación geográfica en el romántico mar de

Renacimiento en las
Baleares.

(1) Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia. — 30 de octubre de 1875.

(2) La última obra publicada ha sido la tercera edición, muy aumentada, de *Llibrets de versos*, por Teodoro Llorente. La precede el hermoso y erudito prólogo que le dedicó el inolvidable Menéndez y Pelayo, ahora traducido al valenciano. Valencia, Establiment tipografich Domenech, 1914. Dos volúmenes.

(3) Véase en el Apéndice núm. 11 la lista de poesías y autores premiados con la flor natural.

la cultura latina, su historia y su etnología, ligan a nuestra Península con lazo perpetuo el grupo balear. También su literatura regional, como la de Cataluña y Valencia, sufrió la catalepsia producida por las perturbaciones políticas y sociales de los últimos siglos, y, como todo el litoral de Levante, se conmovió al grito de «Patria» lanzado por Aribau en su fogosa y vibrante oda. Era por entonces el sentimiento del amor patrio una añoranza melancólica, flotando entre las intimidades del hogar; una aspiración inmanente y confusa hacia reivindicaciones de gloria y de personalidad, sepultadas entre los escombros de los derrumbamientos sociales. Como en Cataluña y como en Valencia, la aspiración tomó formas concretas, cesó el letargo y encarnó el verbo en apóstoles enérgicos y elocuentes, que iniciaron el renacer de la literatura regional en Mallorca.

Dificultaba la difusión de este movimiento el medio de expresión, el idioma mallorquín, corrompido por abandonos y desmayos de la cultura, viciado por el uso vulgar, adulterado por viciosas locuciones. Como Aubanel y Mistral en Provenza, como Balaguer y Bofarull en Cataluña, como Aguiló y Llorente en Valencia, depuraron de sus escorias los diversos dialectos de la lengua lemosina y los acomodaron a la técnica lingüística. Así, otro Aguiló (D. Tomás), D. José M. Cuadrado y sus amigos devolvieron al dulce y sonoro mallorquín la delicadeza, la corrección, la propiedad y la elegancia de los elevados vuelos que comenzaba a remontar el renacimiento literario en las islas Baleares. La diferencia entre el mallorquín y el catalán es más fonética que gramatical, y esto explica que los literatos y los vates baleares escriban en catalán y consideren como suyos su diccionario, todavía incompleto, y su gramática, aun no definitiva.

Los incipientes y numerosos ensayos restauradores de las letras mallorquinas, células aisladas y dispersas, reunie-

ron y formaron un organismo en la revista intitulada *La Palma*, heraldo infatigable y ardoroso de la cultura y del progreso regional; vocero propagador de estudios y de trabajos, de prestigios y reputaciones por la nueva escuela revelados. Surgieron los paladines, y el noble estímulo en el trabajo le dió solidez y variedad. Los estudios históricos, las investigaciones artísticas, la evocación de un pasado glorioso, todo ello llegó a crear una literatura ilustrada, amena, elevada, ética, digna hermana de las novísimas provenzal, catalana y valentina. Trabajo perseverante, afortunado, de medio siglo, que honra a los fundadores y directores de la celebrada *Palma*.

El florilegio de escritores, literatos y poetas baleares es tan copioso como brillante. Un libro de exquisita y galana lectura, compuesto por el erudito historiógrafo y hablista D. Miguel S. Oliver, compila las monografías de los más notables escritores mallorquines de su época. La culta elegancia de un lenguaje ameno y castizo; la profundidad de las observaciones; la crítica juguetona y rutilante, con frecuencia superior al estilo incisivo de los satíricos latinos, y la pasmosa erudición del autor, rompen con la habitual monotonía de esta clase de trabajos, y la sustituyen por una instructiva y encantadora disquisición de crítica literaria universal.

Más que semblanzas intelectuales de los poetas mallorquines, aparecen en el libro retratos pintados por los clásicos pinceles de López o de Madrazo (1). Justificaré esta opinión con un fragmento tomado al azar, en la presentación que nos hace del eminente Aguiló uno de los restauradores del idioma mallorquín: «Entre los nombres más preclaros de esta constelación se destaca D. Mariano Aguiló y Fúster,

(1) *Ensayos críticos. La literatura en Mallorca.*— Palma de Mallorca: Tipolitografía de Amengual y Montaner, 1903.

evocador emérito del idioma de los almogávares y de Ramón Lull, de Montaner y del dulcísimo Ausias March. Aquella lengua que escucharon sometidos el Etna humeante y la gentil sirena del Pausilipo; que hizo estremecer los restos de la Acrópolis ateniense y los collados de la Armenia; aquella lengua que, como anillo nupcial, legara Don Jaime el Conquistador a Valencia y Mallorca; aquella lengua en que escribieron sus obras y dictaron sus leyes los más enérgicos príncipes de la estirpe aragonesa, ha sido para D. Mariano Aguiló el sueño de su adolescencia, la pasión de su ardiente juventud, el cariño de toda su vida, con inaudita constancia sostenido, sin que jamás, ni por perdonable galantería, pudiese cualquiera de las otras lenguas nacionales inducirle a la menor infidelidad.»

En realidad, la literatura balear rediviva no tiene caracteres típicos y especiales que la constituyan en una variedad lemosina; es de hecho literatura catalana. Las antologías de escritores y poetas del Principado contienen una abundante relación de obras y de autores mallorquines, escritas en idioma catalán. Los más esclarecidos bardos baleares lucen su inspiración y su ingenio en los certámenes poéticos de Barcelona, donde muchos de ellos han alcanzado el honroso título de «Mestres en Gay Saber» (1), y estas afinidades intelectuales se justifican, estrechan y consolidan por el frecuente trato, el nutrido comercio y las relaciones económicas y financieras entre las Baleares y Cataluña. Dentro, sin embargo, de estos enlaces, conserva Mallorca cierta personalidad literaria, que responde a las especiales condiciones de sus caracteres étnicos.

(1) Han sido, en efecto, proclamados en distintas épocas Mestres en Gay Saber los siguientes mallorquines: D. Jerónimo Roselló, D. Mariano Aguiló y Fúster, D. José Luis Pons y Gallarza, D. Tomás Forteza, D. Ramón Picó y Campanar, D. Miguel Costa y Llovera, D. Juan Alcover y Maspons y D. Lorenzo Ribet, obteniendo premios otros muchos poetas mallorquines.

Algunas veces, pero no en períodos fijos, se ha celebrado en la risueña y simpática ciudad de Palma la culta fiesta literaria de los Juegos Florales. En 1910 ocupó el Trono de reina de la fiesta la Srta. Antonia Muntaner; alcanzó el premio de la flor natural el poeta D. Lorenzo Riber, y del notable discurso que pronunció el eminente poeta D. Juan Alcover, Presidente del Concurso, copio, como muestra de su persuasiva elocuencia, el siguiente párrafo: «Mallorca puede muy bien decir con el poeta: «Mi vaso es pequeño, pero yo bebo en mi vaso». Y esto es lo que, en primer término, debe representar la institución poética, si echa raíces entre nosotros: el espíritu de nuestro pueblo, mantenido en el vaso del lenguaje materno; la poesía saliendo de la soledad claustral para airearse y perfumar el ambiente de la plaza pública; la poesía vivida; la fiesta anual de nuestra espiritualidad; la juventud y la belleza coronando las victorias del arte y de la inteligencia; el corazón de la ciudad, abierto a las visiones y a las armonías y a los perfumes de las montañas» (1).

Puebla el Parnaso mallorquín una copiosa y brillante falange de notables poetas, cuya enumeración excedería los límites de este apresurado trabajo. Sobresalen entre otros muchos, que ya gozan del descanso eterno, D. Jerónimo Roselló, el delicado cantor de *Hojas y Flores*; D. Juan Palou y Coll, el aplaudido autor de *La Campana de la Almudaina*; el filólogo y gramático Forteza; el inspirado Costa, el rítmico poeta de altos vuelos, y Maura y Montaner (D. Gabriel), escritor genial, espontáneo y sincero, cuya apasionada afición a la literatura regional le servía de plácido descanso en sus obligaciones y tareas profesionales. La inimi-

(1) En esta solemnidad literaria fué adjudicada la Englantina de Oro a las poesías «L'ayguera», «Casa pagesa» y «Floviol de pastor», obras de la poetisa palmesana D.^a María Antonia Salvá, justamente celebrada por sus biógrafos.

table prosa de Maura, fresca, ingenua, juguetona, deleitando siempre, recuerda unas veces las punzantes ironías de Quevedo, y asemeja, en otras, a las regocijadas y cultas descripciones de D. Juan Valera. Su poesía es rectilínea, acerada, enérgica, resuelta. A través de sus cadenciosos e inspirados versos se revela, tallado en roca basáltica, la inmovible rigidez de un carácter. *Aygo-Forts* se titula su hermosa colección de artículos y poesías, y en verdad que *agua fuerte* destilan las páginas, siquiera el ácido sólo produzca la tenue picadura del limón cultivado en los encantados verjeles de la isla. En todas sus composiciones palpita una regocijada originalidad; por ejemplo, en el artículo «Un homo de ca-sehua», una deliciosa acuarela, y en la alta poesía, el vigor épico de «Avant», canto que bastaría para cimentar la fama de un poeta.

La inmediata generación, heredera de tan sólidos prestigios, los mantiene y los acrecienta con sus talentos. Se han distinguido los Alcover, Los Pomar, los descendientes de Aguiló y de Roselló, esclarecidas dinastías de literatos, y recientemente se han alistado en las banderas de la cultura regional, muchedumbre de jóvenes cuyo amor al estudio técnico de las letras es garantía de sus futuros triunfos.

Esta creciente e incesante progresión del movimiento intelectual de Mallorca; las manifestaciones, cada vez más numerosas y selectas, de su obra científica y literaria, son hechos tan honrosos para el Archipiélago balear, como lisonjeros para la patria española. Mallorca, ciudad, capital, la hermana menor, entre la gente lemosina, de la popular Barcino y de la histórica Valencia, resplandece en el horizonte del renacer levantino con brillantez por ninguna otra superada. Reivindica Mallorca con fe y energía, con entusiasmo y ardimiento, a la usanza de los tiempos modernos, la fama y el renombre que desde remotos tiempos alcanzó el indomable valor de sus hijos, guerreros, geógrafos, na-

vegantes, artistas, historiadores, poetas y filósofos, modelos de abnegada lealtad hacia la patria y de amor tradicional, inquebrantable, frenético, hacia los sagrados dioses penates de su venturoso y plácido hogar.

*
* *

Llego, Sres. Académicos, al fin de mi modesto trabajo, tímido de no haber exaltado como merece el opulento renacer de nuestra poesía regional. Cierta que es pública demostración de su pujanza su nutridísimo elenco y la rápida propagación de los Juegos Florales, típica solemnidad de la poesía rediviva, donde la musa regional canta, en sus armoniosos dialectos, las bellezas, las leyendas y las glorias de la patria chica.

Increíble parece la influencia que la poesía ejerce sobre el alma popular. La invade, la subyuga, la domina, la arrastra. Y es natural, porque en sus sentidas estrofas halla el espíritu humano consuelo en sus aficciones, aliento en sus desmayos, lenitivo para sus penas, regocijo en sus alegrías, luz para el entendimiento. No importa que una secta muy reducida de escépticos ridiculice la poesía y augure su próxima desaparición, por incompatible con las realidades materiales del progreso moderno. Su error es tan fundamental como su desvarío, porque la poesía reside en la esencia misma de la Humanidad.

Para dar vida a la materia, la dotó el Creador de un alma, con todos sus excelsos atributos, y por ellos el hombre conoce, razona, siente y ama. Conoce la creación, que es una realidad, poesía suprema del infinito; razona, y la ciencia es la epopeya del saber humano; siente, y en la realidad del sentimiento palpita la influencia de la poesía sobre el espíritu; ama, y el amor es el idilio perpetuo de la Naturaleza.

No: poesía y realidad no son conceptos opuestos. Poesía es lo grande, lo bello, lo moral, lo elevado, lo dulce, lo delicado, lo sublime, y todo ello es realidad; todo existe en el mundo que habitamos. Goza el poeta la facultad de crear en las ilimitadas regiones de su imaginación, manantial inagotable de fantasía, de fábulas y de invenciones; pero el argumento, la idea, arranca de alguna realidad recordada o presentida, y muchas veces la ficción del más exuberante ingenio ni la iguala en grandeza, ni la supera en prodigios. El ropaje seductor de su inspiración es el verso, forma suprema, aunque no única, de la poesía. El verso sonoro, conciso, rítmico, cadencioso, todo lo engalana, lo embellece, lo sublima. Difunde la idea, la extiende, la perpetúa. Esculpe en la memoria las tradiciones, los hechos, las fábulas, mejor que la prosa, aun la más exquisita, apasionada, elegante y elevada. La Naturaleza, con sus armonías y sus encantos, sería para la humanidad un indescifrado jeroglífico, si la poesía no hubiera iluminado su hermosura con los rutilantes cantos de la más delicada inspiración.

Es probable que no conociéramos las fabulosas historias de la guerra de Troya, ni las accidentadas andanzas de Ulises, si el padre de la poesía hubiera trazado en prosa vil su celebrada *Odisea*. Ni la juventud de la raza hispana recitaría de corrido las famosas aventuras del gallardo burlador de Sevilla, si el portentoso numen de Zorrilla no hubiera envuelto en la magia de su romántico lirismo las fabulosas hazañas de Tenorio. La poesía, por ser realidad, ha existido siempre, y sólo desaparecerá cuando se apague y se extinga la vida humana. Entretanto seguirá describiendo la majestuosa eclíptica de sus transformaciones, impuestas por la perpetua evolución de todo lo creado.

Fondo y forma siguen el movimiento evolutivo de las sociedades; el romance, la epopeya, son las crónicas rimadas de cada época.

Cuando una poesía alcanza perdurable celebridad, no es sólo por el lirismo de sus cantos, sino porque encarna las misteriosas corrientes de la idea que flota en el espíritu social de su época. Por eso cada civilización tiene su romance y su epopeya; cada pueblo, su poeta.

Canta Homero las hazañas de la Grecia y excita el bélico entusiasmo del Ática con su *Odisea* y su *Iliada*; los majestuosos decámetros de la *Eneida* recuerdan a Roma envilecida deberes y grandezas; perpetúa Camoens en *Las Luisiadas* las épicas empresas de los navegantes y guerreros portugueses; corona Italia en el Capitolio al poeta del pueblo florentino; descende el Dante a los infiernos, arrastrando a los tiranos de su patria; sube Milton al Paraíso para hallar consuelo a las ingratitudes de la tierra; Goethe, filósofo, impresiona el alma germana tanto como Goethe lírico; arranca Quintana a su gloriosa lira el ardiente himno al progreso (1), y todos ellos, y otros muchos fervientes apóstoles de nobles ideales, labran hondo surco en el alma sencilla de las muchedumbres, y voceros líricos de los anhelos nacionales, reflejan su civilización en cada ciclo de su ondulante historia.

Ofrece al poeta el siglo XX fuentes inagotables de inspiración, en maravillosas realidades, jamás soñadas por la fantasía, y brinda a su numen horizontes, por lo dilatados, rayanos en lo infinito. Los asombrosos descubrimientos realizados por su brillante progenie, que han transformado el mundo, imponiendo a la mecánica social una nueva ecuación de equilibrio, fundada en la sustitución del trabajo corporal del hombre, limitado, penoso, y a veces impío, por las energías dinámicas de la Naturaleza. Depósitos inagotables de fuerzas vivas elaboradas en los bosques primitivos y acumu-

(1) *A la invención de la Imprenta*, Julio de 1800. Poesías de D. Josef Manuel Quintana. Madrid: Imprenta Nacional, 1813.

ladas por lenta combustión en períodos geológicos; la lluvia que devuelve al caer las energías térmicas ocultas en la nube donde se formó; las corrientes aéreas, buscando el reposado equilibrio de su perdida estabilidad, todo encierra un prodigioso caudal de fuerzas que la ciencia del ingeniero revela, aprovecha y aplica, transformando la hulla, la gravedad y el viento en potenciales dinámicos que han difundido por el haz de la Tierra la nueva savia de una exuberante y prodigiosa vitalidad.

La distancia, anulada por el vapor, suma las naciones en un solo pueblo y agrupa la humanidad en una sola familia; redes de alambres que aprisionan nuestro globo llevan a través de tierras y de mares la luz, la fuerza y la palabra; monstruos alados, cuyo rapidísimo volar burla las leyes de la gravedad, humillan el orgullo del águila caudal, soberana de las alturas; el pequeño submarino, aurora velada de la futura navegación, aniquila el colosal navío de combate, lanzándole, cauteloso, la explosión de la muerte; las ondas aéreas, dóciles vehículos del sonido y de la luz, transmiten silenciosas los mensajes y los graban con el buril de invisibles artistas; ríos de líquidos metales, convertidos en ingeniosa maquinaria, difunden las potentes industrias, cuyo alimento, transformado en producciones, funda el intercambio universal, y como alma de este conjunto de maravillas positivas, surge el crédito, mago prodigioso de la civilización moderna, que llama a participar de sus beneficios un elemento social antes olvidado y ahora redimido por la virtud sacrosanta del trabajo:

En cuanto al porvenir..... ¿Quién podrá augurarle con probabilidades de acierto? Juzgando por hechos recientes, la próxima transformación del mundo alcanzará los caracteres de una honda y trascendental revolución económica, científica y social.

En el palenque de las ciencias físico-químicas se ha pre-

sentado no ha mucho, como vosotros sabéis, Sres. Académicos, un cuerpo nuevo, cuyas propiedades han producido la más justificada estupefacción. El *radio*, tal es su nombre, es un metal hipotético, envuelto en vivos y fosforescentes fulgores, generoso, hasta enriquecer con sus propias facultades la materia neutra, depósito permanente, manantial perpetuo de energías térmicas y dinámicas, esponja de radiaciones sin fin, que se empapa en fuentes misteriosas, desconocidas y al parecer inagotables, que pródigamente entrega al mundo real para su aprovechamiento. Examinado por los sabios en sus laboratorios, estas propiedades se han confirmado, y el famoso descubrimiento del matrimonio Curie, que se creyó ridícula invención, semejante a los sortilegios y patrañas de la magia medioeval, ha abierto ya, con los rayos catódicos y con otras aplicaciones, ignorados caminos a la investigación y a la ciencia.

Otro cuerpo semejante, recientemente descubierto, el *torio*, ha sobrepujado la ratificación experimental de las virtudes mágicas del *radio*, pues excediéndole en potenciales dinámicos, produce efectos extraordinariamente más portentosos.

Dejemos a los sabios, asombrados y aturdidos, discutir este inesperado prodigio, que contradice los principios fundamentales de las ciencias físico-matemáticas, las ciencias de lo cierto, cuyos teoremas se reputaban verdades inconcusas que la razón humana no habría osado someter a revisión. Consideremos solamente el inmenso, el incalculable efecto que en el mundo podrá producir, cuando se aisle, una pequeñísima cantidad de *radio* o de *torio*, del tamaño de una lenteja, desarrollando indefinidamente, sin desgaste ni término, una fuerza de millares de caballos de vapor sobrada para sustituir todas las potenciales dinámicas en un trozo del planeta.

¿Se atreverán a sostener ahora los escépticos que la poe-

sía es una fantástica exageración de la realidad? ¿Habrá existido nunca imaginación tan ardiente que llegara a presumir la existencia del *torio* o del *radio*? No. Pero una vez revelados al hombre estos prodigios de la Naturaleza, el bardo de los tiempos futuros ensalzará sus magnificencias, cantará sus beneficios, difundirá la noticia de sus excelsas propiedades, por todos los pueblos del Universo Mundo.

A nueva ciencia, nueva poesía.

Mientras exista el Hombre sobre la Tierra, coexistirán con él la RELIGIÓN, la CIENCIA y la POESÍA, que nacen, viven y se funden en el único Ser increado, necesario, absoluto, inmutable, eterno, alma del Universo, poeta del infinito, que escribió, con caracteres de astros, líneas de estrellas y estrofas de constelaciones, sobre la página inflamada del caos, la epopeya sublime de la Creación.

Apéndice número 1

Lista de los Yungas y sus habitantes

APÉNDICES

APPENDICES

Apéndice núm. 1.

Lengua de Oc: Variedad galo-meridional.

«Entre las lenguas formadas por la descomposición de la latina, adquirió, en tiempos antiguos, especial nombradía la que suele designarse con el nombre de provenzal, y que hablaron los pueblos comprendidos entre el Loira y el Ebro. Colocada en el centro de sus hermanas, de las cuales es, en cierta manera, el vínculo, si en la sintaxis se asemejó a la francesa del Norte, se separó de ella en la vocalización, aproximándose mayormente a las que después florecieron en Toscana y en Castilla. Las provincias que la hablaron, es decir (ateniéndonos a la parte gala), la Narbona y la Aquitania, además de haber sido profundamente romanizadas, fueron dominadas por los burguiñones y visigodos, muy pronto familiarizados con la cultura romana y convertidos al cristianismo, y no sintieron tan de lleno la influencia septentrional como las regiones de allende el Loira, lindantes con los países germánicos.»

.....

«Estos hechos históricos nos explican la existencia de una lengua al Sud del Loira que se distinguía, y se distingue todavía, de la francesa septentrional, y que conserva aún caracteres generales a sus dialectos, menos diferentes, sin duda, entonces que ahora; lengua que se debió ir formando en varios centros, especialmente cuando pasó a escrita, y más especialmente en el lenguaje de los trovadores, donde se notan todavía formas variables, ventajosas bajo cierto aspecto, en cuanto contribuyen a su flexibilidad y riqueza.

»Como las demás neolatinas, esta lengua se daba al principio a sí misma el nombre de *román*; pero al reconocerse distinta de las demás, se impuso diferentes denominaciones. La de provenzal parece la más antigua, y ha sido la más duradera, acaso por haberla adoptado los italianos más próximos a la Provenza; pero el trovador gramático Ramón Vidal le dió el nombre de lengua lemosina, sin duda por respeto a los dos principales trovadores, B. de Born y G. de Borneil, sin que pretendiese que sólo en el Lemosín se hablaba: nombre que, por la autoridad gramatical de que este trovador disfrutó en los tiempos posteriores, ha prevalecido en España, y ha sido indebidamente aplicado. Alberto de Sisterón y el Monje llaman catalanes, no precisamente a la lengua, sino a los pueblos que la hablaban, oponiéndolos a los franceses, y catalana se llama tradicionalmente en Provenza una antigua composición del país. La designación de lengua de Oc, en cierta manera indicada en el serventesio de Bernardo de Auriac, y que se halla fijada en el Dante, es la única bastante extensa y exacta, y prevaleció hasta el punto de dar nombre a una gran región del Mediodía, llamada, al principio, la, y no el Languedoc, como observó nuestro Bastero.» (Obras completas del Dr. D. Manuel Milá y Fontanals, coleccionadas por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomo II *De los trovadores en España*, páginas 8, 11, 12, 13 y 14.)

Fino observador el Sr. Menéndez y Pelayo, lleva más lejos sus investigaciones, analiza el texto del párrafo atribuído al trovador Ramón Vidal, y en estos términos formula su juicio:

«El pasaje de Ramón Vidal a que se alude, y que realmente es célebre, porque mal entendido ha dado ocasión al nombre absurdo de *lemosina* con que todavía designan algunos a la lengua catalana (de la cual nada dice, ni tenía para qué hablar, Ramón Vidal, cuyas reglas gramaticales se refieren exclusivamente al provenzal clásico), dice así en la edición Cuessard (pág. 71): *Tot hom que vol trobar ni entendre deu primierament saber qe neguna parladura no es tant naturals ni tan drecha del nostre lingage com aquela de Proenza o de Lemosi o de Saintonge o d'Albergna o de Caerci. Per que ieu vos dic qe qant ieu parlarai de Lemosis, qe totas estas terras entendas, et totas lor vezinas, et totas cellas qe son entre ellas (enveiron d'ellas, dice otro manuscrito).*

»Esté pasaje aparece idéntico en lo sustancial, pero muy diverso en las palabras, en la copia, muy catalanizada, de nuestra Biblio-

teca Nacional: *Nenguna parladura es tan natural e drecha del nostre lenguatje com aquella francesa del Lemosi e de totes aquellas terras que entorn li están o son llur vesinas.*

»Obsérvese que en este texto nada se dice en términos expresos ni de Provenza, ni de Auvernia, ni de Quercy, y que en rigor se excluye de la *parladura natural et drecha* a los catalanes, puesto que en el manuscrito de la Biblioteca Nacional se recomienda sólo la *parladura francesa*, y en otro de Florencia, visto por Bastero, *la de Franza*. A ésta, o más bien a uno solo de los dialectos de ella (en que habían escrito los dos más célebres trovadores, Bertrán de Born y Giraldo de Borneil), es a lo que llamaba *lemosín* Ramón Vidal, a quien su misma condición de forastero hace extremar su rígido purismo gramatical; no de otro modo que le extremaron, respecto de la lengua castellana, D. Antonio de Capmany y el Dr. Puigblanch.» (Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, volumen II. Madrid, 1891, páginas 242 y 243.)

Eugenio Baret se inclina a la denominación de *lemosina*. «Hablando de su lengua (escribe), los trovadores no dicen jamás sino *lengua romana*, nombre que se aplica a todos los dialectos neolatinos.» Y añade: «Los críticos italianos y portugueses designan la lengua y la poesía con el epíteto de *lemosina* o de la Auvernia.» «También el Marqués de Santillana, historiador el más antiguo de la literatura española, sólo emplea la expresión de lengua *lemosina*.»

Todavía cita el famoso pasaje de Ramón Vidal, en su *Arte de Trovar*, con el siguiente texto: «Tout home qui veut s'adonner à la poésie, doit, premièrement, savoir que nul idiome n'est notre droit et naturel langage, hormis celui qu'on parle en Limousin, en Auvergne, en Quercy.»

Para esclarecer este punto se toma el trabajo de presentar un cuadro de las principales escuelas de los trovadores y de los poetas más notables de cada una de ellas. Con todo lo cual no llega a formular un juicio definitivo. (*Espagne et Provenze*, páginas 53 a 58.)

Más decididos Gaubert y Veran, declaran que la denominación de *provenzal* es impropia, pero, rindiéndose a la realidad, confiesan que triunfó sobre la de *lemosina*. He aquí sus palabras: «Le terme est impropre, du moins en ce qui concerne les débuts. Les

premiers troubadours connus sont originaires du Limousin, du Périgord, de la Gascogne; leur langue s'appela longtemps le *limousin*; ce n'est que bien plus tard que le terme de provençal a triomphé. Le mot le plus exact—et d'ailleurs il a été souvent employé—serait *occitanique* ou *occitanien*. *L'Occitania* comprendrait linguistiquement tous les pays de langue d'oc, comme la *Romania* désigna, pendant long temps, les pays de langue «romaine» ou latine.» (Ernest Gaubert et Jules Vérau, *Anthologie de l'Amour Provençal*, pág. 5.)

Más ampliamente decide la contienda el felibre y Mestre en Gay Saber D. Víctor Balaguer, apoyado en el proverbio francés «Le nom ne fait rien à la chose». He aquí sus razonamientos: «Con la lengua del país, con la latina y con otras que por causa de nuevas invasiones, como las de godos y árabes, vinieron a influir también, se formó la lengua que ha sido conocida con diversos nombres, dando lugar por esta diversidad a confusión y a errores de nota. Se la ha llamado *romana*, que es, en buena crítica, la denominación más ajustada y propia; *romano-provenzal*, *catalano-provenzal* o *provenzal* simplemente, por haberse hecho el idioma general de la Provenza; *romanizada*, según la llama Pablo Piferrer; *lemosina*, por haber dicho uno de los antiguos trovadores que el lemosín era, entre los dialectos del Mediodía, el más propio para la poesía, y *lengua de oc*, con que dió nombre a una vasta comarca (Languedoc) para distinguirla de la *lengua de oil*, que era la usada en el Norte de Francia.»

.....

Este autor, entusiasta de la poesía trovadoresca, y cuyos profundos estudios en esta materia se revelan en sus obras, dirime la cuestión de nombre en los siguientes términos: «Aparte la variedad natural de acento y color, de pronunciación e inflexión, de religión, localidad o territorio, la lengua es una. Llámennla en buen hora *romana*, como suele acontecer entre sabios, y como es indudable que era llamada por antiguos trovadores; *provenzal*, como es costumbre en las Academias y como la apellidó Dante; *catalana*, como pretendemos los hijos del Llobregat, no tal vez con justicia; *romanizada*, como escribía Piferrer; *lemosina*, como dijeron Arnaldo Vidal, el Marqués de Santillana, Aribau, y con ellos los hijos del Turia; *mallorquina*, como no ha faltado también quien pretendiera; *occitánica* (es decir, de Occitania, país de la lengua de

Occidente, de *oc* y de *cítara*), como sienta la crítica moderna. Por ventura, ¿no es la misma lengua? Me es igual el nombre. Acaso el más propio y ajustado sería el de lengua romana; acaso el más armónico y dulce, el de lengua lemosina. Qué importa. Dadme la savia, el vigor, la frescura, la originalidad, la lozanía de esa literatura, y llamadla como queráis.» (Víctor Balaguer, *Los Juegos Florales en España*, tomo XXXII de la colección, páginas 46 y 47, 145 y 146.)

Apéndice núm. 2.

«En las poéticas de la escuela provenzal, en los prólogos de los *Cancioneros*, y hasta en documentos oficiales que autorizan los certámenes de la Gaya Ciencia, es común encontrar los más pomposos encarecimientos de la poesía como arte educador y civilizador y como vehículo de las enseñanzas de la filosofía moral. Nada más expresivo en este punto que el privilegio concedido por D. Juan I de Aragón, *el amador de toda gentileza*, a Luis de Aversó y a Jaime March, para fundar en Barcelona el Consistorio del Gay Saber.» Conocemos (dice el Rey) los efectos y la esencia de este saber, que se llama ciencia *gaya* o *gaudiosa*, y también arte de trovar, el cual, resplandeciendo con purísima, honesta y natural facundia, instruye a los rudos, excita a los desidiosos y a los torpes, atrae a los doctos, dilucida lo oscuro, saca a luz lo más oculto, alegra el corazón, aviva la mente, aclara y limpia los sentidos, nutre a los pequeñuelos y a los jóvenes con su leche y su miel, y los hace, en sus pueriles años, anticiparse a la modestia y gravedad de la cana senectud, infundiéndolos, con versos numerosos, templanza y rectitud de costumbres, aun en el fervor de su juvenil edad, al paso que recrea deleitosamente a los viejos con las memorias de su juventud: arte, en suma, que puede llamarse «aula de las costumbres», socia de las virtudes, conservadora de la honestidad, custodia de la justicia, brillante por su utilidad, magnífica por sus operaciones, arte que da frutos de vida, prohíbe lo malo, endereza lo torcido, aparta de lo terreno y persuade lo celestial y divino; arte reformadora, correctora e informadora, que consuela a los desterrados, levanta el ánimo de los afligidos, consuela a los tristes, y reconoce y nutre como hijos suyos a los que han sido criados a los pechos de la

amargura, e imbuyéndolos en el néctar de su fuente suavísima, los hace, por sus excelentes versos, conocidos y aceptos a los Reyes y a los Prelados.»

«Estas y otras mil ponderaciones, no menos revesadas y altisonantes, contiene el privilegio del Rey Cazador, y las mismas, con poca diferencia, se repiten en otra carta real, expedida por D. Martín el Humano, en 1398, en favor del arte que llama *gaya* o *amena*.

Arte que tanto, y como porfía, honraban los Monarcas, no podía menos de infundir en el ánimo de sus cultivadores, sobre todo si habían salido de pobre y oscura condición, alta estimación de sí propios y del don que Dios les había otorgado. Así el ingenio allanaba las distancias, cumpliendo alta misión civilizadora, y podían, sin mengua, Maese Juan el Trepador y el sastre Antón de Montoro alternar en los solaces poéticos, sin desdoro ni rebajamiento propio, con los próceres de Villena y de Santillana o con el árdido lidiador Stúñiga; no es de admirar, pues, el ingenuo entusiasmo con que canta los loores del arte, o (como ellos decían) *ciencia*, de la palabra rimada, el converso Juan Alfonso de Baena, en el prólogo del copioso *Cancionero*, que él recopiló y que lleva su nombre: «La Poetrya e gaya sciencia es una escriptura é comusicion muy sutil e byen greciosa, e es dulce e muy agradable a todos los oponentes e rrespondientes della e componedores e oyentes, la qual sciencia e avisacion e doctrina que della depende es avida e rrecebida e alcanzada por gracia infusa del Señor Dios.»

.....

«Si en Juan Alfonso de Baena predomina la consideración en los primores externos de la poesía, en el famoso *Proemio* del Marqués de Santillana al Condestable de Portugal, impera la gravedad dogmática y el sentido trascendental, ético y docente. La poesía era, para el egregio señor de Hita y Buitrago, «un celo celeste, una affection divina, un insaciable cibo del ánimo, el qual, assy como la materia busca la forma e lo imperfecto la perfeccion, nunca esta sciencia de poesía e gaya sciencia se fallaron sinon en los ánimos gentiles e elevados spíritus..... E qué cosa es la poesía (que en nuestro vulgar *gaya sciencia* llamamos) sinon un fingimiento de cosas útiles, cubiertas o veladas con muy fermosa cobertura, compuestas, distinguidas e scandidas por cierto cuento, peso e medida?»

.....

«De las artes poéticas de la escuela provenzal apenas debe hacerse aquí mención, sino por el título que se les da. En general, son puras artes métricas, reducidas a la parte mecánica de la verificación. Otras veces llegan a ser tratados, más o menos completos, de gramática o diccionarios de rimas. Su valor filológico es tan grande, como ninguna su importancia estética, a no ser para comprobar el grado extraordinario de refinamiento a que habían llegado en las escuelas de trovadores las formas más externas de la poesía, con mengua del contenido propio de la misma.

Fuera del *Donato provenzal*, que Hugo Faidit compuso a principios del siglo XIII, y que es gramática pura, como lo anuncia ya su título, tomado del gramático latino más popular en la Edad Media, el primer código o doctrinal poético de la escuela provenzal, fuente de todos los restantes, es obra de un español, Ramón Vidal de Bezaudún, o Besalú, el cual, sin embargo de ser su nativa lengua la catalana, hace singulares esfuerzos para escribir, con pureza acrisolada, en el idioma de los trovadores occitánicos; y, como ha observado discretamente Milá y Fontanals, está, respecto de la lengua provenzal, en una posición semejante a la de Capmany respecto del castellano.»

.....

Todavía, respecto de la propiedad con que a la poesía provenzal se aplica el nombre de *Gaya ciencia*, o de «arte de trovar», añade el Sr. Menéndez y Pelayo la cita siguiente:

«Al concepto de *ciencia*, que tradicionalmente aplicaron a la poesía los provenzales, sustituye Juan del Enzina el de arte y estudio experimental, *observaciones sacadas de la flor del uso de varones doctísimos, e reducidas en reglas e preceptos*, como en la Poética de Aristóteles. El Renacimiento penetra por todos lados en la Poética de Enzina, aunque amalgamándose a veces de extraño modo con las tradiciones provenzales. Comprende que el título clásico de poeta vale más que el de trovador, y escribe que *quanta diferencia hay de Señor a esclavo, de Capitan a hombre de armas sujeto a su Capitan, tanta hay de poeta a trovador*». Exige por primer requisito en el poeta el ingenio, y tras de él la locución; advierte que los preceptos de la Retórica antigua son comunes al orador y al poeta, y aconseja a éste la lectura de los historiadores y poetas latinos, italianos y de su propia lengua. Y aun

en la parte métrica procede con ciertas aspiraciones clásicas, solicitando en el poeta entendimiento, no ya de los géneros de versos, sino de los pies y de las sílabas y de la cantidad de ellas, y cuáles son largas y cuáles breves. Lo demás que Juan del Enzina enseña es arte de versificación discreto, aunque muy breve, y sazonado con rasgos de buen sentido, tan galanamente expresados como éste: «Las galas y colores poéticos del trovar no las debemos usar muy a menudo, que el guisado con mucha miel no es bueno, sin algún sabor de vinagre». (Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, volumen II, páginas 235 a 241; 263 y 264.)

Apéndice núm. 3.

En una contestación encabezada con todas las fórmulas de un documento oficial, Alfonso el Sabio declara que, «conforme a la etimología, todos los tañedores de instrumentos se han de llamar *histriones*; que el nombre de *trovadores* debe reservarse para los que estén dotados de la *invención* poética; y que el de *juglares* o *joculadores* se aplicó primeramente a los que saltaban en la cuerda tirante o sobre piedras, pero luego se extendió a los *remedadores* o *contrafacedores* y a los músicos».

Juzga el Rey que es grave impropiedad de lenguaje en los provenzales el confundir bajo un mismo nombre gentes tan diversas, por lo cual aconseja que «los que *dicen* en verso irracionalmente, o ejercen su vil saber por calles y plazas, viviendo con deshonor y vilipendio, sin poder presentarse en ninguna corte, y los que hacen saltar monos o machos cabríos o perros, o hacen juegos de manos y de títeres, o remedan el canto de los pájaros, o tocan instrumentos, o cantan por vil precio entre gente baja, no deben recibir el nombre de *juglares*, sino el de *cazurros*, como se los llama en España, o *bufones*, como se los llama en Lombardía. Por el contrario, los que con su cortesía y saber se hacen lugar entre las gentes nobles y ricas tocando instrumentos o recitando *novas*, versos y canciones de otros, pueden recibir este nombre de juglares. Y sólo los que saben trovar versos y sones, y componer danzas, coplas, baladas y alboradas y serventesios, dispuestos con alta maestría, pueden llamarse trovadores, y aun entre éstos han de ser preferidos los cultivadores de la poesía moral; esto es: los que saben hacer canciones y versos de gravedad y *novas* o narraciones llenas de buenas enseñanzas para lo espiritual y lo tem-

poral, mostrando cómo puede el hombre elegir entre el bien y el mal. Para estos tales propone el nombre de *doctores de trovar*.» (Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, volumen II, páginas 248 y 249.)

Por su parte, el historiador y poeta catalán D. Víctor Balaguer describe al juglar en esta forma:

«De tres clases los había: unos independientes y libres, vagabundos y errantes, con la vida del bohemio, que en ninguna parte vivían y en todas, que allí estaban donde había fiesta, movimiento, vida, placeres. Otros formaban parte de las cortes de reyes y potentados, viniendo a ser en ellas lo que más tarde los bufones. Otros, en fin, estaban a sueldo de ciertos trovadores principales, viajando con ellos, siendo sus mensajeros, precediéndoles o acompañándoles en sus visitas a las cortes. Los trovadores más nombrados tenían, por lo menos, un juglar a su servicio; algunos dos y hasta mayor número, según era la importancia, la posición o el fausto del trovador. Existía tanta diferencia entre éste y el juglar como hoy entre el poeta y el actor, y no deben, por consiguiente, ser confundidos, aun cuando hay ejemplos repetidos de juglares que por su ingenio y talento se hicieron trovadores, y también los hay de alguno de éstos que, por el contrario, se hizo juglar para mejor satisfacer las costumbres y apetitos brutales de su desordenada vida.» (Victor Balaguer, *Los Trovadores*, tomo I, segunda edición, páginas 199 y 200.)

Apéndice núm. 4.

«Independientemente de las fiestas poéticas, de las veladas literarias, como ahora se diría, a que daba lugar accidentalmente en cada castillo la llegada de un trovador, había, en sitios y en épocas determinadas, concursos, asambleas, reuniones que tenían directamente por objeto el fomento y perfección de ese *arte de trovar*, tan querido entonces y reputado tan necesario.

De todas las instituciones establecidas con este objeto, las más importantes fueron los *Puys* de amor, que tenían algo parecido a las Cortes de amor, y que tomaron su nombre y origen de uno de los santuarios más antiguos y célebres de las Galias, templo que había sido de galos y de romanos, y que el cristianismo había purificado o santificado bajo el nombre de Puy de Santa María.

Con motivo de las frecuentes y cada vez más concurridas peregrinaciones a este santuario, fué como nació y se desarrolló, según la tradición más verídica, la institución de esas fiestas caballerescas y literarias, que luego debían ser conocidas por *Puys de amor*, y que se crearon, al decir de los cronistas, para mantener *amor, joia e jovent*. Cambras, Arras, Lille, Valenciennes, Béthune, Tournás y otras muchas villas se hicieron luego célebres por sus *Puys*, tomando este nombre del lugar donde primeramente habían nacido estas fiestas.

A ellas concurrían los grandes y pequeños barones, los caballeros, los trovadores, los juglares provenzales, de manera que la escogida y galante sociedad del país se encontraba así reunida en una sola Corte en días determinados.

A más de los torneos de guerra, los había literarios, torneos de trovadores, en los cuales éstos se disputaban la palma de la vic-

toria. Presentan sus composiciones, optando al premio, a un Tribunal compuesto de trovadores, por ellos mismos elegido, el cual coronaba la mejor poesía, o las mejores, motivando su sentencia, y dando, sobre las composiciones no coronadas, útiles y provechosos consejos para el progreso del arte. Parece que algunas veces el Tribunal se componía de damas. De manera que no sólo había algo de las Cortes de amor, sino que en estos *Puys* hay que ir a buscar la idea, el origen de los Juegos Florales.» (Victor Balaguer, *Los Trovadores*, segunda edición, tomo I, páginas 221 y 222.)



Apéndice núm. 5.

Juan de Nostradamus, en *Vidas y poetas provenzales*, pág. 15, los define de este modo: «Los tenzones eran disputas de amor que se verificaban entre caballeros y damas poetisas, discutiendo acerca de alguna bella y útil cuestión amorosa, y cuando no podían ponerse de acuerdo, la remitían para la definición a las ilustres damas que tenían «Corte de amor» abierta en Signe, Pierrefeu, Roumanin y otros puntos, y con este motivo se formaban procesos llamados *lous anets d'amours*.»

Apéndice núm. 6.

«El punto capital de la galantería, y al mismo tiempo el grado supremo del poder femenino, fueron las *Cortes de amor*, institución conveniente al principio para introducir costumbres leales y cortesanas, castigando a los que se apartaban de ellas con la única y terrible pena de la opinión, pero que después degeneraron en una estúpida mezcla de pedantería, irreligión y frivolidad.» (César Cantú, *Historia Universal*, tomo III, página 676.)

Es además muy notable, por las noticias que contiene y los textos que cita, el artículo sobre las *Cortes de amor*, que en sus «aclaraciones al libro IX» inserta el mismo autor al final del tomo III, ya indicado.

Víctor Balaguer dice: «Difícil sería precisar, y este es, en mi sentir, el punto verdaderamente dudoso, cuáles eran la forma, la competencia y la jurisdicción de estas Cortes; pero, respecto a lo demás, yo creo, con Rainouard y con Azais, en su existencia, que está, por otra parte, de completo acuerdo con las ideas y las costumbres de aquella época caballeresca.»

.....

«Signe y Pierrefeu eran dos castillos vecinos y situados a cierta distancia de Toulon y de Brignoles, y las Cortes de amor que tenían allí su asiento eran, con la de Romanin, las más célebres de Provenza.

En estos y en otros castillos formaban tribunal las más célebres, instruídas y bellas damas, en número de diez, de doce, de catorce y hasta de sesenta, encargadas de deliberar y sentenciar, según usanzas de amor, acerca de cuestiones, a veces las más sutiles, de la galantería, y a veces también las más delicadas y esca-

brosas, como, por ejemplo: *¿Puede existir el amor entre dos esposos?*, cuestión que fué resuelta negativamente, bajo la presidencia de María de Francia, en la Corte de amor de las sesenta damas a que antes se ha aludido.»

«Allí había, según parece, toda una jurisprudencia, un código especial, un cuerpo de leyes y de doctrina, y César de Nostradamus declara haber visto escritas en magníficos libros de vitela las sentencias de estos tribunales femeninos.

Algo de esto debía conservarse aún en tiempo de Petrarca, quien, en uno de sus sonetos, nos habla de un tribunal de doce damas, a las que representa navegando con Laura por el Ródano y brillando como doce estrellas en torno del sol.

Allí, repito, en aquellas asambleas de hermosas y galantes damas compuestas, se discutía y deliberaba sobre puntos oscuros, difíciles, sutiles y peligrosos, que, por lo general, habían sido ya tratados en determinadas *tensiones* de los trovadores, sometidos por éstos a sus acuerdos; allí se empeñaban a veces acalorados debates, y había mayorías y minorías y votos particulares; allí era donde brillaban y se hicieron célebres la Bella de Pierrefeu, como se llamaba a la dama del castillo de este nombre, Estefanía de Baucio, Beatriz de Agout, Matilde de Villeneuve, Estefanía de Gantelmes, la *garrida* dama de Romanin, la Marquesa de Malaspina, la de Saluces, Clarita, la hermosa de Baucio, Hugoneta de Sabrán, Helena de Mont Pahón, Ursina de los Ursieres, Azalais de Avignon, Clara de Anduce, Beatriz de Signe, Constanca de Foix, la bella Rogesta, la Condesa de Ródez, Guillermina de l'Isle, la cortés entre las cortesas Marquesa de Gourdon y muchas otras; allí, por fin, era donde se tomaban los acuerdos y se dictaban las sentencias, basadas siempre sobre el principio de que «el primer deber del hombre es el de tener un corazón franco y bueno, a fin de honrar a las damas.»

«Los trovadores provenzales, en sus *tensiones* principalmente, como si obedecieran a una corriente espiritualista de la época, suscitaban y debatían cuestiones sutiles, no todas honestas, fomentando así y propagando el gusto para las cosas del alma y del sentimiento. Algunas de las cuestiones que por medio de aquel género de poesía se debatían nos parecen hoy verdaderamente pueriles, si no ridículas; pero hay que tener en cuenta el siglo, la localidad, las circunstancias, las costumbres. ¡Cuántas cosas

que hoy, en pleno siglo XIX, nos parecen perfectamente regulares, serán perfectamente ridículas para siglos que nos sucedan!

No hay que olvidar tampoco que el gusto de aquellas discusiones galantes tuvo más tarde un eco en las literaturas española, italiana y francesa, donde en determinadas épocas de amor y de cortesía ocuparon la atención de los mejores ingenios, reproduciendo la moda de los trovadores, en los cuales algo debió encontrarse que hablara al espíritu, al corazón, al alma.» (Víctor Balaguer, *Los Trovadores*, segunda edición, tomo I, páginas 217, 218, 219 y 220.)

Apéndice núm. 7.

«Y la *Gaya ciencia*, si es bien aprendida, hace, en el hombre que la sabe bien, tres efectos principales: el primero es que afina el entendimiento; el segundo, que adoba la sutileza; el tercero, que apura el ingenio y le hace emplearse en gloria y honor de la Santísima Trinidad, de la gloriosa abogada de los pecadores, Nuestra Señora Santa María, y en la corrección de los males entre los hombres del mundo.» (Aversó, *Torcimany*.)

Apéndice núm. 8.

«Servía para tales juicios un código, que Andrés Cappellano, historiador de estas futilidades, dice fué introducido por un caballero bretón, el cual lo había hallado en la tumba del famoso rey Artús, y que se adoptó y promulgó como ley para todos los amantes. Entre sus 31 artículos, citaremos los siguientes: «El matrimonio no es excusa legítima contra el amor; Quien no sabe ocultar, no sabe amar; El amor debe crecer o disminuir siempre; Son insípidos los placeres robados contra las inclinaciones del corazón; El amor no acostumbra a habitar en la mansión de la avaricia; La facilidad disminuye el precio, la dificultad lo aumenta; El verdadero amante es siempre tímido; Nada impide que un hombre sea amado por dos mujeres, o una mujer por dos hombres».

Extravagantes cuestiones eran sometidas a aquellos singulares consistorios, las cuales versaban sobre moral, cortesías caballerescas y querellas amorosas. *¿Qué vale más: poseer o gozar? ¿Qué es preferible: beber, cantar y reír, o bien llorar, amar y padecer? ¿Cuál amor es el mejor: el que se enciende o el que se reanima?*
.....

Preguntándosele otra vez si puede existir verdadero amor entre casados, contestó: *Por el tenor de las presentes, decimos y sostenemos que el amor no puede extender sus derechos entre marido y mujer. Los amantes se lo otorgan todo recíproca y gratuitamente, sin ninguna obligación de necesidad, al paso que los cónyuges tienen que someterse, por deber, a todas las voluntades el uno del otro. Este fallo, que pronunciamos con extremada madurez y después de oír a muchas damas nobles, pase por verdad constante e irrefragable. Dado el año de 1174, el tercer día de las Calendas de mayo, indicción VII.»* (César Cantú, *Historia Universal*, tomo III, páginas 676 y 677.)

Apéndice núm. 9.

«Refiérese que en el castillo de Ventadorn se presentaron a la hora de comer, y sin ser esperados, el Conde de Poitiers y cien caballeros en su compañía. Se colocaron en lujosas mesas; para todos hubo manjares abundantes, servidos en ricas vajillas, y se improvisó una suntuosa fiesta.

En los castillos de Pierrefeu, de Signe, de Romanin y en algunos otros, se congregaban asambleas para los *Puys* y las *Cortes de amor*. Centenares de damas y caballeros, con sus pajes y escuderos, eran, durante muchos días, los huéspedes del señor feudal. Celebrábanse torneos, fiestas, diversiones y saraos, a costa del espléndido castellano, que derrochaba su caudal en pompas tan dispendiosas.

La emulación y la envidia rompieron los frenos de la templanza. Los premios otorgados en los certámenes eran de crecido valor; corría el oro sin tasa ni medida; las invenciones para triunfar en la puja de riquezas provocaron las más insulsas excentricidades. De Ramón Vencus se cuenta que, para dar memorable remate a una fiesta con un rasgo genial, mandó formar treinta de sus hermosos caballos y los quemó, provocando en el público general estupefacción.

En las fiestas de Beaucaire, en 1174, Ramón Agoults distribuía 100.000 sueldos entre los concurrentes; donde Guillermo Gros, cuya comitiva se componía de 300 caballeros, hacía guisar todos los manjares en su cocina con fuego de hachas de cera; donde Beltrán Raibaut mandaba sembrar en los alrededores de su castillo hasta 30.000 sueldos en moneda; donde la Condesa de Urgel, para premio de un certamen, ofreció una corona estimada en 40.000 sueldos». (Víctor Balaguer, *Los Trovadores*, tomo I, pág. 39.)

Apéndice núm. 10.

«Sabido es que durante la Edad Media, en Alemania, como en las demás naciones de Europa, el cultivo de la poesía, compañera de la música y el canto, nació espontáneamente bajo nueva forma, ignorada de la antigüedad, con los trovadores o improvisadores que se inspiraban en los ideales de la época. Llamáronse en Alemania Minnesingers.

«Los Minnesingers» eran personajes de la nobleza o que habían permanecido largo tiempo en las cortes de los señores feudales; habitaban en ellas, o, como ruiseñores errantes, recorrían, al son de su laúd y a usanza de los trovadores de Provenza y Cataluña, ya las verdes praderas de Uri y las riberas del Rhin, ya las sombrías selvas de la Bohemia y de la Moravia, ya, por último, las nevadas llanuras de Brandeburgo y de la Pomerania; resonaba igualmente su voz en el interior de los castillos, cuando el vino fermentaba en las copas, allá en los báquicos festines, dados en honor de la dama idolatrada o del cruzado que regresaba del remoto Oriente; bebiendo su espíritu en las fuentes de la caballería, inspirando sus cantos en la majestad de Dios Omnipotente, en la belleza empírica, en el amor tierno y sincero y en la consideración debida a la dignidad de la mujer honesta, fiel y piadosa. De ahí su nombre «Minnesinger», cantor de los recuerdos; de Singer o Sanger, cantor, y Minnen, pensamientos, recuerdos, en el lenguaje de aquella época. Cantábanse tales canciones con acompañamiento de violín, arpa o cítara, con la particularidad, digna de ser mencionada, de que, con frecuencia, las estrofas dedicadas por el caballero a su Dulcinea, eran aprendidas y recitadas por un paje de aquél en presencia de ésta.»

«No solían escribirse al principio tales canciones, sino que corrían de boca en boca, conservándose como tradición de los antepasados. Ya en la Edad Moderna comenzaron a escribirse, saliendo a la luz poco después gran número de colecciones escogidas de las propias composiciones.»

.....

«No tardaron en aparecer, allá por el siglo XIV, al lado de los Minnesingers o trovadores, los «Meistersingers» (maestros cantores; de Meister, maestro, y Singer, cantor). Los Minnesingers producen la poesía erudita de la época; los Meistersingers, la poesía popular. Los primeros pertenecían a la clase noble, o, cuando menos, a la elevada; los segundos, eran ciudadanos, individuos del pueblo, representando los unos los géneros más elevados de la literatura; los otros, los más vulgares (no los callejeros). A estos últimos sólo en cierto modo puede llamárseles poetas, ya que sus canciones emanaban con toda espontaneidad de la imaginación exaltada y de los sentimientos íntimos, profundos, tiernos y sensibles de las clases populares, apareciendo simultáneamente los pensamientos y el verso que les daba forma propia y particular.»

.....

«Los Meistersingers eran ciudadanos agremiados a las diferentes corporaciones de obreros existentes en cada una de las ciudades: así los unos pertenecían al gremio de los sastres o al de los zapateros; otros al de los hojalateros, o bien al de los cereros, etcétera, etc., y ejercían, por tanto, industrias diferentes, bien que unidas todas ellas por el carácter común de la asociación coral; y así como cualquiera de los gremios o corporaciones obreras de la Edad Media tenía sus instituciones y leyes o reglamentos particulares, que juraban guardar y hacer guardar los que en ella ingresaban, así también la sociedad de los Meistersingers, equivalente en cierto modo a los Jochs Florans de Provenza y Cataluña, tenía sus correspondientes ordenamientos, contenidos en lo que se llamaba *Tabladura*, con la rareza de haber para cada melodía un nombre figurado muy extraño, que cada maestro le daba ante dos testigos al inventarlo, cual si se verificara un verdadero bautismo, verbigracia, «la melodía azul», «la negra», «la del firmamento», «la de la rosa», etc.»

.....

«El origen o fundación de las sociedades de los Meistersingers débese, según la leyenda, a uno de los Hinesingers o trovadores, Enrique de Meissen, quien deseando igualar en cierto modo al pueblo con la nobleza, dió el primer impulso para la formación de una literatura que le fuera inherente y peculiar, a cuyo efecto erigió en 1312 la primera escuela de canto en Maguncia, en el Hesse-Darmstadt. Esta escuela fué como el centro del desarrollo de tales fundaciones.»

.....

«Al igual que todos los ramos del saber, desarrollábase de una manera sorprendente la poesía de los Meistersingers durante los siglos XV y XVI, en virtud de unas mismas causas, entre las que pudiéramos citar, como principales, la casi completa abolición del feudalismo en sus luchas con el Poder real; la mayor libertad que se respiraba, efecto en gran parte de la causa antes citada; las invenciones de la imprenta, de la pólvora y de la brújula; los grandes descubrimientos del inmortal Colón y sus sucesores; la caída de Constantinopla y la aparición de la Reforma con Lutero, Calvino y Zuinglio, y de la Contrarreforma realizada en el Concilio de Trento.» (Nota-prólogo de Alfredo Viederkehr a la traducción directa del alemán de la obra de Ricardo Wagner *Los maestros cantores de Nuremberg.*)

Apéndice núm. 11.

Poesías y autores premiados con la flor natural en los Juegos Florales de Valencia.

1879. *A la Reyna de la Festa*, por D. Teodoro Llorente.
1880. *La Llegenda del Roser*, por D. Félix Pizcueta.
1881. *Amor*, por D. Juan Rodríguez Guzmán.
1882. *El poeta a la Reyna de la Festa*, por D. Jacinto Labaila.
1883. *Lo Peixcador*, por D. José Aguirre Matiol.
1885. *La dona valenciana*, por D. Víctor Iranzo y Simón.
1886. *La copa d'argent*, por D. Constantino Llombart.
1887. *Les glories de Valencia*, por D. Teodoro Llorente.
1888. *Cant a la Reyna*, por D. Pedro Bonet Alcantarilla.
1889. *Patria y Amor*, por D. José Moreno Latorre.
1891. *La Reyna dels Jochs Florals*, por D. Francisco Barber Bas.
1892. *Forse altro cantera con miglior plectro*, por D. Carlos
Llinás.
1893. *Nit de Albades*, por D. Leopoldo Trénor Palavicino.
1894. *Primavera*, por D. Ramón Andreu Cabrelles.
1895. *L'Arpa llemosina*, por D. Juan B. Pastor y Aicart.
1896. *Ceptre y llorer*, por D. Antonio Palanca y Hueso.
1897. *Casa pairal*, por D. José M. Puig Torralva.
1898. *L'Albada*, por D. Francisco Badenes Dalmau.
1899. *Les orenetes*, por D. José F. Sanmartín Aguirre.
1900. *La Cansó del aire*, por D. Juan Espiau Bellveser.
1901. *Patria, fides, amor*, por D. Maximiliano Thous Orts.
1902. *Amor*, por D. Juan B. Pont Moncho.

1903. No se adjudicó.
1904. *Poemet de mar*, por D. José Franquet Serra.
1905. *Himne dels poetes*, por D. José Calzado Carbó.
1906. *El milacre del anell*, por D. Juan B. Pont Moncho.
1907. *Visanleta*, por D. Teodoro Llorente Olivares.
1908. *A Valencia*, por D. José María Zapater Rodríguez.
1909. *Avant*, por D. Ramón Andreu Cabrelles.
1910. *Cant á les filles del antich reine valenciá*, por D. Santiago Cebrián Ibor.
1911. *A la vora de la mar*, por el Padre Joaquín Puerto Calatayud.
1912. *La costa llevantina*, por D. Ramón Masifern.
1913. *El poeme de María, la belle hortolana*, por D. Miguel Durán Tortajada.
1914. *Glosari d'amor*, por D. José Calzado Carbó.

- 1908 No se editó.
- 1909 Poemas de amor, por D. José Llanusa, Serón.
- 1910 Poemas de amor, por D. José Llanusa, Serón.
- 1911 El amor de los días, por D. Juan H. Font Molino.
- 1912 Poemas, por D. Federico Lorenzo Gilman.
- 1913 A Volante, por D. José María Xapard Rodríguez.
- 1914 Poemas, por D. Juan Xapard Rodríguez.
- 1915 Poemas de amor, por D. Santiago.
- 1916 Poemas de amor, por D. Santiago.
- 1917 Poemas de amor, por D. Santiago.
- 1918 Poemas de amor, por D. Santiago.
- 1919 Poemas de amor, por D. Santiago.
- 1920 Poemas de amor, por D. Santiago.

2

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. DANIEL DE CORTÁZAR

CONTESTACION

EXCMO SR. D. DANIEL DE CORTAZAR

Señores:

En la preciosa novela de Alfonso Daudet titulada *L'Immortel*, el viejo académico auvernés Astier Rehu dice a su discípulo Freidet, presunto candidato, «que como el principal inconveniente que se encontraría para su triunfo había de ser los no muchos años del aspirante, que aun le permitirían publicar algún trabajo después de ser de la Academia, pedía que le ofreciera solemnemente que si llegaba a sentarse entre los elegidos, no volvería a dar a luz cosa alguna, lo cual él haría constar a tiempo, para evitar competencias y rivalidades, más temidas por los compañeros que por nadie, y lograr también no escaso beneficio propio, pues el silencio nunca da lugar a la crítica, y es más fácil conservar la fama con lo que se hizo que acrecerla con lo que se haga».

Si yo no sigo ahora consejo tan prudente y tan sencillo, es porque me veo obligado a cumplir deberes de amistad, únicos capaces de hacer agradable la tarea más penosa, como es la de que, a pesar de lo endeble de mi condición para el caso, haya aceptado sin réplica el encargo del ilustre Presidente de la Academia Española de dar la bienvenida al Excmo. Sr. D. Juan Navarro Reverter, pues es de

muchos años el afectuoso cariño que a éste tengo, y en el cual me corresponde.

Y si esto se tomase como disculpa insuficiente y fingida modestia con que ocultar la vanidad de seguir haciendo en público ejercicios de destreza, que yo ya no tengo, y de fuerza, que pierdo de día en día, añadiré que honro la palabra dada cuando creí que tarde llegaría el caso de cumplirla, e ignoraba realmente a cuánto me comprometía.

Sea lo que fuere, hoy actúo de padrino; y en nombre de la Academia, y en el mío propio, doy el parabién al nuevo compañero, empleando para ello unas cuantas frases en justa loa del que llega, y añadiendo otras, no sé si de innecesaria glosa o crítica equivocada, del magistral discurso que acabáis de oír leer.

Más de una vez se ha señalado el singular privilegio de las Academias de renovarse por sí mismas para sostener incólumes sus tradiciones, su vida y su prestigio, siendo lo cierto que siempre se consigue todo ello, pues cada vez que el Hado implacable abre un hueco en las filas, más famosas que resistentes, de aquellas Sociedades, éstas encuentran de seguida quienes con nuevos alientos vengan a sustituir al que ha desaparecido y a contribuir al progreso e influencia social de la Corporación, recordando así la fábula del gigante Anteo, que en su lucha con Hércules tomaba nueva fuerza cada vez que tocaba la Tierra.

Por este procedimiento tradicional se ha podido, con el éxito acostumbrado, premiar los singulares méritos de quien desde hoy ha de sentarse en el sillón de la Academia Española, reemplazando al Padre Miguel Mir, que, elegido académico en 27 de noviembre de 1884, tomó posesión del cargo en 9 de mayo de 1886, y, a los veintiséis años de pertenecer a nuestra Corporación, entregó su alma a Dios, en 29 de diciembre de 1912.

Fué el Padre Mir varón de espíritu esforzado, rectilíneo,

luchador sin miedo ni flaqueza, dispuesto en todas ocasiones a romperse, pero no a doblarse, trabajador constante e infatigable campeón, siempre decidido a soportar las mayores contrariedades en defensa de lo que estimaba más justo, y si por dejar incólumes sus convicciones pudo, más de una vez, contra la propia conveniencia, aparecer en demasía apasionado, siempre le guió el deseo del acierto y el imperativo de una conciencia honrada.

De familia humilde, mas de elevada estirpe, acreditada por su apellido, con el talento extraordinario que Dios le concediera, el nacido en la Isla de Mallorca, educado muchos años en Inglaterra, y con largas residencias en Italia, Bélgica y Francia, llegó a dominar de tal suerte el habla de Castilla, que, al leer sus escritos, nadie puede entender no fuera peculiar lo que era realmente extraño.

Ejemplo sorprendente de lo que logran la perseverancia y el esfuerzo intelectual en ruda y pertinaz contienda, pues como dejó dicho el gran Menéndez Pelayo, cuando D. Miguel Mir vino a formar parte de nuestras huestes académicas, «entre los escritores de raza y lengua catalana que han escrito en castellano no se halla uno solo que pueda igualarse con el Padre Mir, ni en la abundancia, ni en la fluidez, ni en el número, ni en la franqueza y señorío para disponer del habla ajena como de cosa propia y nativa».

Ocioso sería querer añadir una palabra a lo tan bien expuesto por el mayor de los polígrafos españoles, ni tampoco cabe en mi actual propósito analizar, ni siquiera relatar, el índice de la obra colosal del sabio mallorquín, ni su influjo incuestionable en la cultura y en la ciencia castellanas como moralista, filólogo y metafísico. Me bastará admirar la fe, la justicia y la fortaleza con que señaló su paso por la Tierra tan fecundo escritor, y recordar la labor de quien, como bibliotecario de la Academia, contribuyó grandemente a enriquecer nuestro caudal de libros y manuscritos, desem-

polvó nuestros archivos, obteniendo grandes provechos para enriquecer el léxico, dirigió la publicación de varios tomos de *Memorias* de la Academia y la del *Vocabulario de refranes y frases adverbiales que juntó el maestro Gonzalo de Correas*, siendo al par expertísimo juez de oposiciones a cátedras y de concursos de premios, y dió multiplicados informes de obras sometidas al juicio académico, pues aquel varón fuerte, mediano lector y de facundia escasa, era rápido y convencido pensador, y siempre castizo expositor de cuanto trataba con la pluma.

En resumen: fué el Padre Mir español esclarecido, hombre de cultura vastísima, insigne personalidad de conocimientos profundos, todo avalorado por el ejercicio de las virtudes cristianas que en alto grado poseyera.

En la mansión del eterno descanso adonde llegan las oraciones de las almas cristianas que demandan piedad por los difuntos, resonarán hoy, como voces de súplica, las alabanzas que tributamos al compañero desaparecido, y como ruegos dirigidos al Dios de las Misericordias por el eterno descanso del Padre Miguel Mir.

Rendido ya respetuoso tributo de admiración y cariño al académico fallecido, digamos algo del que viene a sustituirle.

No pretendo descubrir al Excmo. Sr. D. Juan Navarro Reverter, pues sería igual que si pretendiera descubrir el Mediterráneo; y para que no pueda pensarse siquiera que es la amistad la que realza el aplauso, y que es necesario vindicar a la Academia por la elección que por voto unánime hiciese, aun cuando mi apadrinado, en su excesiva modestia, lo juzga como honra concedida por indulgencia benévola, me limitaré a recordar algo, casi nada, de lo mucho que en loa de nuestro camarada se ha publicado en muy distintas épocas, y entre otros muchos autores españoles y extranjeros, por los competentísimos Patricio de la Escosura, Mi-

guel y Badía, Tubino, San Martín, Teodoro Llorente, Valero Martín, Gaston Routier y Lavelaye, y últimamente por el maestro de todos, D. José Echegaray.

De un modo o de otro, juntos o separados, tan eminentes escritores han coincidido en afirmar que son contados los contemporáneos que en lengua española hayan trabajado la prosa con tanto arte y tanto saber para expresar con singular poesía los más variados pensamientos.

En apoyo de tal síntesis, bien merecerían ser reproducidas aquí muchas páginas de las obras del Sr. Navarro Reverter, para demostrar a todos, y principalmente a su autor, contra lo que nos ha dicho, que si es un verdadero hombre de ciencia, es mucho mayor literato, sin que yo acierte a explicarme cómo lo niega, después de trabajos de tanta poesía como son la mayoría de los suyos, a no ser porque no se encuentra en el caso del pobre pretendiente, cuya vida relataban aleluyas muy populares cuando yo era niño, y una de las cuales decía:

«Quiere meterse a poeta,
pues no tiene una peseta.»

Pero basta para sostener mi opinión ver algo de cuanto dijeron los competentísimos maestros que citados quedan, la mayor parte de lo cual se encuentra en el libro titulado *Navarro Reverter: Páginas escogidas: Estudios literarios de Gómez Carrillo, Conrado Solsona y José Echegaray*, impreso en París hace un año.

Esta obra, que tiene 620 páginas, justifica su título, pues junto con los escritos de los literatos que cita la portada, contiene bellísimos trozos y trabajos completos de las publicaciones de nuestro autor.

Quiéralo o no éste, poeta, y poeta de primer orden, es quién como orador y como escritor es artista que cincela

el castellano en admirables párrafos, tan profundos como poéticos. Pues no ha de perderse de vista que nadie, que de ello entienda, confunde la versificación con la poesía, por ser ésta la esencia y aquélla sólo el ropaje con que se atavía en ocasiones, el cual, si unas veces da prestancia al pensamiento, otras sólo sirve para disimular la vacuidad de las ideas. Por esto la poesía no se halla en una forma fija, sino en la realización artística de aquello que existe en el pensamiento, en el numen del ser a quien Dios hizo poeta, para que hablando o escribiendo, en prosa o verso, pueda cantar lo bello, síntesis de la hermosura, la justicia y la virtud, confirmándose el dicho del saber popular: «El poeta nace y el versificador se hace».

Mas como no deseo que sin pruebas directas se me acepte lo dicho, sin reproducir lo que ya está calificado por anteriores apologistas, leeré unos párrafos del «Discurso de clausura del Congreso internacional de Ingeniería, reunido en Barcelona en 1888», con motivo de la Exposición Universal allí entonces celebrada, oración que pronunció en aquel entonces el Sr. Navarro Reverter, ante trescientos ingenieros de todos los países y de todas las especialidades.

Y escojo esto, que me parece lindísimo, tal vez porque yo, como del oficio, presumo entender más de aquello de que trata (Ingeniería) que de las otras múltiples disciplinas en las cuales el Sr. Navarro Reverter es consumado maestro; y me mueve además a hacerlo el que, habiendo tenido la suerte de oirlo, puedo asegurar que, al juntar mis aplausos a los entusiastas del auditorio, la impresión que entonces sentí, nunca, ni antes ni después, quedó vencida por las que experimenté escuchando a los más famosos oradores contemporáneos.

Oid:

«Educado el ingeniero en las serenas regiones de la cien-

cia abstracta; empuñando con entusiasmo la bandera del progreso racional, soldado valeroso del ejército de la paz, allí le encontraréis donde haya peligros que correr para mejorar la vida del hombre sobre la tierra; allí lo veréis donde haya gloria que ganar para la causa sagrada de la civilización moderna; allí le sorprenderéis siempre, ora midiendo con el compás de su inteligencia las ascensiones planetarias, ora clasificando la recóndita flora de las profundidades del mar. Con fe vivísima, con fe inquebrantable en los destinos de la Humanidad, investiga la verdad y aplica sus reglas, domeñando la materia con repetidas y prodigiosas evoluciones que han transformado el mundo.

«Reflexionad si no. El alto surtidor, arrancado a las profundidades de la Tierra por el ingenio humano, reanima el árido desierto, y derrama salud y vida por los abrasados campos, y salva vidas sin cuento en el aduar y en la caravana que cruza los ardientes arenas; mares dilatados y turbulentos, separados desde las épocas diluviales por lenguas de tierra, se abrazan a través de los istmos abiertos por la humilde piqueta, que realiza en su pequeñez la obra ciclópea de mitológicos titanes; arcos gigantescos salvan abismos horrorosos, puentes tubulares enlazan las opuestas orillas de caudalosos ríos, abre y desgarran la dinamita el pétreo seno de formidables cordilleras, atraviesa la locomotora valles y montañas, ciudades y desiertos, y ante su ímpetu irresistible, las fronteras se derrumban, las naciones se abrazan, los pueblos visitan a los pueblos, la Humanidad mejora su condición moral; el Océano y el Atlántico, dominados por naves colosales con cuerpo de acero y alma de fuego, recorren sus aguas aproximando los continentes; el rayo aterrador, mensajero de la destrucción y de la muerte, depone su cólera, templada sus furores, y, prisionero de la Ciencia, sigue el camino que el ingenio humano le traza; la Tierra se cubre con redes de alambres que parecen los ner-

viós del planeta, y que transmiten silenciosos de polo a polo, con la rapidez del vértigo, la voz del hombre; los mares entregan al buzo los secretos inexplorados de sus abismos; las metrópolis se abren y se ensanchan para dar más vida y más salud a sus huéspedes, y crean, con sus parques, los pulmones del pueblo; las aguas, prisioneras en largas cárceles, derraman la salud por las ciudades y la fertilidad por los campos; la agricultura intensiva acaba con las hambres, azote de las ciudades antiguos; la higiene pública termina con las asquerosas pestes, castigo de los pueblos atrasados; brotan de la tierra, en cantidades fabulosas, metales y minerales que se doblegan sumisos a la voluntad del hombre; los telares mecánicos arrojan al consumo, más devorador cuanto más devora, montañas de piezas en tiempos mínimos, desde la burda estameña hasta el tejido más imperceptible que tela de araña; las fábricas se reproducen como plantas espontáneas, ensanchando con su producción los límites de la patria; los puertos extienden sus gigantescos brazos de piedra para abrigar las naves del comercio universal; la sierra de vapor escala las cumbres de los montes para humillar el hacha del antiguo leñador; y en todas, en todas estas y otras mil obras que forman la esplendorosa aureola de grandezas de la edad presente, en todas ellas hallaréis el espíritu inmortal del ingeniero que, vivificando por un destello de la Divinidad, transfigura la materia de nuestro planeta y la sublima en esas prodigiosas maravillas que son el orgullo, el triunfo y el blasón de nuestros días, que encarnan en sí mismas.....» (*Los aplausos impidieron oír el final de la frase.*)

»Y si a tantos adelantos materiales se unen otros muchos morales, ¿cuál es el elemento principal, cuál es el órgano capital que ha servido de medio para realizar todo estos prodigios en la Tierra? Es la máquina. La máquina que se llamó *ingenio*, porque *hija* es del ingenio del hombre, y de aquí

que aquellos que se ocupan en su estudio y perfeccionamiento se llaman genuinamente *ingenieros*. La máquina, que será, en las edades futuras, la representación iconográfica de nuestros tiempos.

»Por la máquina ha dejado el hombre de ser la bestia de carga que levantaba con sus fuerzas corporales las ingentes ciudades de Nínive y de Babilonia y los colosales templos y pirámides de Egipto, viviendo hoy libres los siervos que perecían al pie de las grandezas de aquellas obras y de las del Serápeo de Memphis; la máquina, caritativa, sustituye sus músculos de hierro a los músculos humanos; la máquina aumenta las fuerzas de la creación, sin disputar al hombre puestos en el banquete universal del mundo; la máquina multiplica, dócil y leal, el poderío y los brazos del hombre; la máquina realiza esas maravillas y esos prodigios industriales que por todas partes vemos y tocamos; con la máquina se convierte el modesto textil en lujosa y rica tela; la máquina es el autor principal y esencial de esos portentos que contemplan asombrados los ojos en esas galerías de nuestra gran Exposición Universal, y la máquina, que había logrado conquistar a la mujer, ofreciéndola firme pedestal en su dominio, que había arrancado de sus manos la rueca, dándole por cetro la aguja, que era ya la inseparable amiga útil del hogar doméstico; la máquina ha querido también llevar al campo la misma acción bienhechora que había llevado al taller y a la ciudad; y ya la máquina hace resonar en los valles sus gritos de paz, y la máquina labra y cava y trilla, y la máquina riega y siega y recoge, y la máquina, en fin, señora del mundo, dueña del hombre y al mismo tiempo su esclava, por misterios de recíproco amor, la máquina arrastra en el carro triunfal de sus victorias a aquella agricultura de las églogas y de la poesía bucólica que se calumniaba, pintándola como refractaria a todos los adelantos prodigiosos de la civilización moderna.»

¿No es esto poesía, y poesía acendrada? Mas ello no contradice, antes, por el contrario, afirma que también es el Sr. Navarro Reverter hombre de ciencia de los que figuran a la cabeza de la intelección española, hecho no nuevo, pues si bien parece que nuestro nuevo compañero, al presentársenos, trata como de disculparse de ser esclavo de las ciencias exactas, basta replicarle con algo de lo que, en ocasión solemnísimas para mí, decía en esta Academia el sabio entre los sabios D. Eduardo Saavedra:

«Hay que protestar contra la vulgar opinión que estima antagónicas y radicalmente incompatibles ciertas disciplinas, sobre todo las Matemáticas y las Buenas letras. Es la matemática ciencia del espacio y del tiempo en las manifestaciones de medida y número, y, mirándola en sus aspectos de forma y ordenación, presta figura sensible y disposición elegante a las concepciones más abstractas, o, por inverso modo, se levanta desde lo material y tangible a la contemplación de lo imaginario y lo infinito. Lejos, pues, de ser obstáculo, la educación matemática suministra preparación muy adecuada para sentir la belleza del arte, que es, en suma, unidad en el conjunto, ordenada variedad en las partes, abstracción continuada para llegar de lo real a lo ideal; y como está en la Naturaleza la fuente primordial de lo bello, el ingeniero que, provisto ya de aquel fundamento científico, se halla en contacto incesante con ella, no para admirarla pasivamente, sino para contrariarla y vencerla, puede mejor que nadie penetrarse de la colosal grandeza y de la concertada armonía de las fuerzas que encierra, ya en los terribles momentos en que se ve sorprendido por la tempestad desencadenada con furia incontrastable, ya cuando, a la simple presión de un dedo, vuela en masa una montaña entera, o hace lucir el tenue filamento de una lámpara de candencia.

»Por eso es tan frecuente la unión de las aptitudes científicas con las aficiones literarias, y sería demasiado larga para traída aquí la lista de ingenieros españoles que han brillado como poetas o de poetas que han sido no vulgares matemáticos, bastándome señalaros esos mismos escaños, donde al lado de un ejemplo de feliz concordia entre los prodigios de la erudición y las maravillas del ingenio, tiene asiento quien a la vez domina la cumbre de las ciencias positivas, esgrime con bríos las armas de la oratoria y se cierce en las peligrosas alturas de la poesía dramática.»

Se afirma con lo expuesto que el Sr. Navarro Reverter ha podido ser, y es, al propio tiempo que singular literato, eminente ingeniero, individuo de número de la Academia de Ciencias y Presidente en ella de la Sección de exactas, y aquel que al salir de la Escuela de Ingenieros de Montes ostentaba el número 1 de su promoción, al poco tiempo desempeñaba en la misma Escuela las cátedras de Química analítica, Cálculos, Mecánica racional y Geodesia, y pasó poco más tarde al Instituto Geográfico, teniendo a su cargo trabajos de primer orden en la Sección de Metrología, con el estudio del cálculo del péndulo de inversión y la determinación de la intensidad de la gravedad en Madrid.

Algo después, el opulento banquero valenciano, Marqués de Campo, confió al joven ingeniero la dirección de sus grandes empresas en fábricas de alumbrado, ferrocarriles, Sociedades de crédito y múltiples especulaciones, todas muy importantes.

Más tarde, el ingeniero y hacendista aparece en el Congreso de los Diputados, y sobresale de seguida por su palabra clara, erudita y expresiva de profundos conocimientos. Y engranado en la política, es primero Director general y Subsecretario de Hacienda; después, Presidente de la Comi-

sión de Tratados de comercio, y en pocos meses de negociación logra concertar los que fundan el intercambio con Holanda, Noruega, Suiza, Portugal y Dinamarca; termina el difícil *modus vivendi* con Francia y deja muy adelantado el estudio del de Alemania, al propio tiempo que promueve y realiza la Exposición Histórico-Americana con que en Madrid se completaron los festejos del IV Centenario del descubrimiento de América por los españoles.

Joven aun, fué Ministro de Hacienda, nombrado por D. Antonio Cánovas del Castillo, y desde entonces lo ha vuelto a ser muchas veces con el mismo Cánovas, con López Domínguez, con Vega Armijo, con Canalejas y con Romanones, pues todos ellos acataron la competencia excepcional de Navarro Reverter en los asuntos financieros y en las complejas cuestiones sociales con ellos relacionadas, y así se explica se le nombrase Ministro de Estado cuando fué preciso realizar el Tratado que España concertara con Francia para establecer el tan discutido y discutible protectorado de Marruecos.

Para todo ello han tenido que pasar los años, mas esto no importa, pues Navarro Reverter puede, como un Gayangos, un Valera, un Leopoldo Cano, un Echegaray y algunos otros ilustres contemporáneos, alcanzar larga vida y ninguno de ellos ser viejo, ni en sus obras, ni en su talento, ni en su saber, ni en sus enseñanzas, y aunque se diera el caso de que algún Ministro, más o menos analfabeto, forzando la ley, llegase a jubilarlos, seguirían siendo siempre gala del país en que nacieron y altos faros de luz brillante para guiar al puerto prometido de la cultura y de la gloria humanas.

Concluiré con una frase del insigne Echegaray: «Hay que juzgar seriamente a un hombre serio; y que Navarro Reverter lo es y tiene gran talento, lo reconocen unánimes amigos y adversarios, y su inteligencia, tan profunda como

extensa, se admite por aclamación universal y se demuestra con los hechos.»

Aquí debería, en beneficio de los que me escucháis, y más aun en el propio mío, dar por terminada la perorata; pero, como ya dice un adagio: «La costumbre hace ley», y otro añade: «Algo se ha de hacer para bien parecer», seguiré la tradición, exponiendo, desde cierto punto de vista, lo que discurro acerca del tema «El renacimiento de la poesía provenzal», desarrollado por el Sr. Navarro Reverter, y cumpliré así con cuanto el honor me obliga, siquiera en el presente caso el honor sea comparable con el de aquellas doncellas citadas cuando el hallazgo, en el Alcaná de Toledo, de los papeles de Cide Hamete Benengeli, las mismas que, de monte en monte y de valle en valle, al cabo de ochenta años, sin dormir ni una noche debajo de techado, se fueron a la sepultura tan enteras como la madre que las había parido.

Creo necesario, como introducción, condensar en pocas palabras lo que los mejores autores piensan respecto del origen y vida de las lenguas, para deducir si es posible que el idioma nacido en determinada comarca, y en la cual llegó con el tiempo casi a extinguirse, pueda reflorar más tarde sin graves alteraciones, exigidas por la evolución que para todo rige en el Universo.

Los modernos estudios filológicos enseñan que cada individuo adquiere su idioma imitando el de tradición familiar, y, después de haberlo conseguido, trabaja para modificarlo, según su idiosincrasia, su modo de vivir, su oficio y las condiciones todas que le rodean, y cada partícula de este esfuerzo singular tiende a extenderse por adaptación social, tras período de prueba más o menos largo.

Por esto, en todas las razas y en todos los tiempos han existido y existen tendencias diferenciales, merced a las que

hay palabras y frases transitorias, aparecen formas variables y variadas, surgen expresiones de nuevo cuño, que hacen anticuadas las maneras de pronunciar tradicionales, que así llegan a parecer extranjeras, mientras se ponen de moda otras recientes, por lo cual es imposible afirmar la persistencia absoluta de cualquier lengua (1), pudiendo sostenerse, sin gran exageración, que cada individuo tiene idioma propio.

De aquí que dialectos de común origen se desfiguren de su tipo primitivo, y sólo alcance favor general aquel que ocupó pronto lugar preeminente, y ante el cual hubieron de ir cediendo los menos pujantes.

Para nuestro caso no hay que perder de vista que hacia el fin del Imperio romano, y en los primeros siglos de la Edad Media, no ha habido, como equivocadamente preconizó Raynouard, una lengua general romana, hija legítima del latín clásico, y de la cual se hayan derivado todos los dialectos neolatinos, pues cada uno de ellos presenta por sí formas subsecuentes del decir común, hablado en las regiones hoy habitadas por portugueses, españoles, franceses del Septentrión y del Mediodía, rumanos e italianos, ya que en todas ellas, al lado del latín usado oficialmente, existieron jergas propias de los soldados y los colonos que Roma enviaba a los países conquistados, hablas que, conocidas con las denominaciones de *sermo plebeius*, *sermo rusticus* y *castrense verbum*, se hacían populares, pero con diferencias de articulación y de eufonía, consecuencia del medio ambiente moral y material, y aun del sedimento de antiguos idiomas, produciéndose así cambios que originaron, ora el portugués, ora el español, ya las lenguas de *oil* y de *oc*, ya el ladino y el ruma-

(1) Téngase presente que empleamos indistintamente las voces de idioma, lengua, dialecto, lenguaje, habla, pues todas ellas tienen el mismo valor analógico.

no, al propio tiempo que en Italia nacia el italiano para crecer a prisa hasta alcanzar fuerte vida al hundirse el Imperio de los Césares, y cuando, como ha dicho el rey de los poetas líricos castellanos del siglo XIX:

«En Roma, que desploma
Sus legiones doquier y ansiosa apila
Montones de coronas sin cabeza,
Entró a pisar su gloria y su grandeza,
En negro palafren, el torvo Atila.»

El latín, pues, en contra de la opinión de Littré, no pudo transformarse directamente en las modernas lenguas de Italia, de España, de la Galia y de la cuenca inferior del Danubio, aun cuando el *sermo nobilis* fuera único para todos estos países, pues el habla vulgar, respectivamente diversa en cada uno de ellos, originó idiomas que no existirían hoy si el latín no se hubiera impurificado de modos diferentes en las distintas comarcas.

La diversificación fué tanto mayor cuanto más difíciles por su distancia eran las comunicaciones de cada país con Roma, y el tipo regional, una vez establecido, no sufrió desviación ni retroceso hacia los de otras regiones, aun cuando quedase sometido a la invasión natural de los dialectos con que se hallaba en contacto.

Por esto, los siete idiomas neolatinos: portugués, español, provenzal o lemosín, francés, italiano, ladino (hablado en lo que fué antigua Rhaetia) y rumano, son bien diferentes, aun cuando en todos se conserva el acento tónico del latín, la declinación haya pasado del estado analítico con siete casos al sintético, donde desaparece toda o casi toda señal de ellos, al par que las conjugaciones se han simplificado con intensidad diversa.

Entre estas lenguas neolatinas, el provenzal, según dice

Hovelacque (1), sólo puede admitirse como un nombre de generalidad convencional, pues el idioma de la Provenza no ha sido nunca más que uno de los dialectos de la lengua de *Oc*, entre los ocho que establece Mistral en su obra *Tre-sor dóu Felibrige*, y cada uno de los cuales cuenta cuatro subdialectos, conforme sigue:

Provenzal, con los subdialectos.....	{	Del Ródano. De Marsella. De los Alpes. De Niza.
Languedociano, con los subdialectos..	{	De los Cevennes. De Montpellier. De Tolosa. Del Rouergue.
Aquitano, con los subdialectos.....	{	Del Bearn. Del Marais. De Burdeos. Del Bazadais.
Gascón, con los subdialectos.....	{	De Armagnac. Del Ariège. De Agen. De Quercy.
Lemosin, con los subdialectos.....	{	Alto Lemosin. Bajo Lemosin. De Perigord. De la Mancha.
Auvernés, con los subdialectos.....	{	De Cantal. De Limoges. De Velay. De Forez.
Delfinés, con los subdialectos.....	{	De Briançon. De Die. Del Valentino. Del Vivarés.
Catalán, con los subdialectos.....	{	Del Rosellón. De Cataluña. De Baleares. De Valencia.

Todos estos dialectos y subdialectos deben considerarse aparte, pues cada uno de ellos sólo ha vivido en su respec-

(8) *La linguistique*, par Abel Hovelacque, pág. 326, tercera edición, Paris, 1881.

tivo país, y con importancia distinta, ya que el provenzal se halla confinado en el departamento francés del Aveyron, y poco más vale el languedociano, mientras que tierras de Aquitania, Gascuña, Limoges, Auvernia y Delfinado, forman la Aquitania literaria, y el catalán, con sus dialectos, se habla en España y en parte del Mediodía de Francia (1), y parece imposible pueda llegar el día de constituir con todos una sola lengua, como ha sucedido con los dialectos del lenguaje de *Oïl*, que se refundieron en el de la Isla de Francia para originar el francés moderno.

En cambio, si alguno de aquellos quiere revivir, como ha sucedido con el de Provenza, por el influjo ejercido por Mistral al escribir en él sus obras, será ya reformado y con diferencias de los demás lenguajes, que, en vez de disminuir, cada día serán mayores (2).

Y lo que sucede con el provenzal ha de ocurrir con cualquiera otro de los dialectos de la antigua lengua de *Oc*, por más esfuerzos que se hagan en su restauración.

Así vemos que si desde el establecimiento de los Juegos florales en Barcelona, hace medio siglo, el catalán aparece con vida acreditada por la impresión de muchas obras en la lengua regional y la publicación de revistas y diarios que la propagan, es con formas esencialmente apartadas del antiguo idioma.

Nada puede afirmarse respecto a la duración de las len-

(1) La ciudad de Algero, en Cerdeña, poblada por barceloneses, que expulsaron a los antiguos sardos, se ha conservado catalana en lengua y costumbres hasta hoy, y en ella existe una Sociedad, fundada con la mira de dar a la lengua local su antigua pureza.

(2) En la pág. 102 del primer tomo de la traducción francesa, hecha por Brachet y Gaston Paris, de la *Gramática de las lenguas romanas*, magistral obra del gran filólogo alemán Frédéric Diez, se dice: «La lengua catalana (que así puede designarse la que se extiende desde el Rosellón por el Este de España y las Baleares) no es un dialecto del Provenzal, sino un idioma original aliado, pero distinto de aquél.

guas y a la mayor o menor fecundidad de su transformación, aun cuando es de notar la vitalidad de muchas de ellas, como sucede con el vascuence, el bable y los dialectos lemosinos en España, sin necesidad de acudir a ejemplos extranjeros, y la persistencia, no sólo ocurre con idiomas que pudiéramos llamar provinciales, sino con las jergas o jeringonzas usadas por gitanos, rufianes y chulos. Entiendo, por esto, que si bien los dialectos de la lengua de *Oc* no desaparecerán en largos años, en cambio es seguro que, aun siguiendo fijos en su esencia, nunca se extenderán fuera de las comarcas que hoy ocupan, ni aun contando con el incesante progreso del trato de gentes, modificador de las costumbres, necesidades y medios de vida.

Por esto, si damos por bueno que el catalán haya refflorecido en el último medio siglo, ha de admitirse también que el cambio de vida, de educación y de medio vital han obligado al antiguo lemosín a tomar de otras lenguas, principalmente del castellano y francés, multitud de vocablos, giros y frases que faltaban en sus *usatges*, y que exigen la cultura tan distinta de los catalanes de hoy de la de los antiguos almogávares.

En contrario de la persistencia de las lenguas, aun después de modificadas y restauradas con empeño, puede objetarse que muchas de ellas se han extinguido sin posteridad, mientras otras han originado multitud de derivadas, mas esto ha de atribuirse a la concurrencia o lucha por la existencia, que parece regir en la Naturaleza siempre y en todas partes, acompañada por el aforismo «o reformarse, o desaparecer», y persistiendo de hecho, sin confusión, las diferencias primitivas.

Por ello, ningún dialecto se salva de irse modificando, en su forma externa, con la sustitución de consonantes, de sonidos, unas veces más fuertes y otras más débiles; se reemplazan las vocales para expresar acentos más agudos o

más profundos, y se ejercen acciones recíprocas, que van produciendo y diferenciando los idiomas, cual las ramas de un mismo árbol genealógico se separan entre sí, pero sin dejar el tronco común.

Mas la transformación, obediente a leyes determinadas, no es nunca confusión, y por ello viven independientes las lenguas monosilábicas, las aglutinantes y las de flexión, por más que conocido sea, y comprobable por cualquiera, que la segunda clase de lenguas, las aglutinantes, fueron antes monosilábicas, y que las de flexión han pasado sucesivamente por las dos clases primeras, y si la transformación, según Whitney, es un hecho patente y fundamental para la ciencia de las lenguas, queda, no obstante, en vigor la esencia de lo diversamente original (1).

Falta sólo decir que la doctrina de la pluralidad nativa de los idiomas y de las razas humanas no pretende contradecir la más general de la unidad cósmica, pues sólo trata de hacer constar que la existencia de las familias lingüísticas concuerda con la pluralidad de razas, y que en la evolución progresiva y constante de los organismos, la adquisición de medios para establecer el lenguaje articulado ha resultado del desarrollo diferente de las mismas razas humanas.

Confirmada la independencia de las lenguas y de sus derivaciones, no cabrá duda de que el catalán, como rama aparte en la lengua de *Oc*, ha tenido, tiene y tendrá vida distinta, por completo, del provenzal, tanto más cuanto que si no se ha demostrado que sea anterior a todos los dialectos de la Aquitania, es seguro que se hablaba en el antiguo Reino de Aragón antes que allí llegaran, en el siglo XIII, los trovistas del Mediodía de Francia, con poco nuevo de

(1) Whitney, *Language and the study of language*, 3.^a edición, pág. 175. London, 1870.

fondo y forma que pudiera servir de modelo e influir sobre los juglares de Iberia (1).

Cierto es que Milá y Fontanals, en su libro *Los Trovadores en España*, parecía aceptar en principio tal influencia, mas el mismo autor destruye aquella opinión cuando afirma la autonomía del catalán entre las lenguas de *Oc*, atendiendo a su Gramática y a su eufonía, diferentes de las de los dialectos hermanos, no sólo en la sustitución de consonantes, sino en la diversidad de pronunciación de las vocales, todavía hoy evidente, si bien con intensidad diversa, en las distintas comarcas de Cataluña (2).

Además, el mismo Milá, en su obra *De la poesía heroica popular castellana*, dada a luz en Barcelona en 1874, afirma la existencia lozana de una gran épica castellana, que, además de los largos poemas del Cid y de Rodrigo, contaba con otros que aludían al mismo héroe, junto con dos sobre Fernán González, tres de los Infantes de Lara, dos referentes a Bernardo del Carpio, y varios más que cantaban los hechos de Garci-Fernández, del Infante D. García, etc., etc., pruebas evidentes de una gran actividad épica durante los siglos XI y XII, y que, si decayó en el XIII, conservábase pujante, con vida y forma muy diferentes de las de la epopeya francesa, cuando en 1300 salvaron los Pirineos los troveros provenzales (3).

Puede, de todos modos, creerse que, fuesen franceses o españoles los trovadores, sirvieron, según con perspicaz ingenio ha explicado el Sr. Navarro Reverter, más que de caudillos poéticos y altivos heraldos, de precursores de los

(1) *Espagne et Provence: Etudes sur la littérature du Midi de l'Europe*, par Eugène Baret, páginas 103 a 126. Paris, Durand, 1857.

(2) Milá y Fontanals, *De los Trovadores en España*, páginas 453 y siguientes. Barcelona, 1861.

(3) R. Menéndez Pidal, *L'Épopée castillane*, páginas 7 a 13 y 163 a 176. Paris, 1910.

que ahora llamaríamos *chicos de la prensa*, aun cuando en aquellos tiempos no hubiera impreso alguno, y servían también cual portadores de cartas y mensajes con tal éxito, que, de vivir hoy, más de uno tendría el título de *cartero honorario*, y ateniéndonos a verdes crónicas, fué el principal oficio de los juglares de la Edad Media emplearse como terceros, lo que alguna vez les daba pie para ascender a primeros galanes, o para que el pie fuera de paliza, pues como, hace poco, decía con mucha gracia un ilustre político: «Cuando los antiguos trovadores cantaban sus trovas para seducir a las damás, en cuanto veían que no daba resultado la cantata o que el castellano podía enterarse y con ello correr peligro las costillas del galán, tiraban el laúd y marchaban más que a prisa con la música a otra parte» (1).

Mas si en lances de amor no triunfaron siempre los trovadores, como correos y mensajeros fueron únicos en su tiempo, y merced a ellos llegaban las nuevas a todas partes con oportunidad bastante para alivio general. De ello es muestra la noticia trovadoresca que trae Balzac en uno de sus cuentos bufones, titulado *Le frère d'Armes*, y que dejo en la forma original de viejo francés para que no pierda nada con la traducción: *Quelques iours après le trespasement du roy François, arrivat la nouvelle, que le dit seigneur estoit mort par suite du mal de Naples, et que doresnavant il n'y avoyt point de securitez, mesmes avecques les plus haultes princesses.*

Para acreditar la influencia de los trovadores de allende el Pirineo en las Cortes de Castilla, se ha dicho que los reyes, los nobles y aun el pueblo se sabían de memoria y cantaban los tensiones provenzales, mas aun admitiendo esto como cierto, es de presumir que aquella influencia no

(1) Discurso, en el Senado, del Ministro de Instrucción pública, Sr. Bergamín, en 29 de abril de 1914, discutiendo la contestación al discurso de la Corona.

pasaría de la que hace pocos años tuvieron entre nosotros los cantantes de la ópera Rigoletto, haciendo tan popular el aria *La donna è mobile*, que, según ha recordado hace poco Mariano de Cavia en una de sus amenísimas «Chácharas», hasta las domésticas más indomésticas la cantaban, transformando, eso sí, la letra italiana, en la que decía:

La doña inmóvil,
como un mal viento,
muda el asiento
de Montpensier,

y el caso, ciertamente que no produjo gran adelanto o modificación, ni en la poesía, ni en el arte de España.

Dura cerca de tres siglos el reinado de los trovadores y juglares, según nos ha expuesto el Sr. Navarro Reverter, y si en tan largo período escribían y cantaban en un dialecto de *Oc*, que denominaron provenzal los italianos y lemosín los españoles, siguiendo la autoridad del trovador gramático Ramón Vidal, tal lenguaje se distinguía bien del catalán, entonces menos corrompido en su originalidad (1); y cuando, a principios del siglo XIV, cesaron los trovadores ambulantes, con ellos desaparece la tradición provenzal, ya que en Tolosa de Francia, tras un concurso de poetas, se redactan las reglas del arte de trovar, que, publicadas en 1356, son seguidas desde entonces.

Con ello, aunque la poesía lírica ganó en decoro, perdió en invención y lozanía; se corrompió más y más la lengua, hasta quedar literariamente perdida a la muerte de la Academia Tolosana, a principios del siglo XVI, y desapareció hasta el recuerdo de aquellos troveros que en sus andanzas habían tenido que tirar el laúd o se olvidaron de cómo se tañía.

(1) Milá, *De los trovadores en España*, pág. 14.

Mientras tanto, claramente emancipada la lengua catalana, se conserva con sus dialectos tradicionales, y cuando a mediados del siglo XIX, imitando lo que sucedía en Francia, reviven los poetas de Cataluña cantando en la lengua regional, es con tales modificaciones sintácticas y prosódicas, originadas por la acción de los idiomas vecinos y las vicisitudes de los tiempos, que el catalán moderno sería tan difícil de entender a los viejos lemosinos como el antiguo francés a los parisienses de hoy, o el tudesco a los soldados del Kaiser Guillermo II.

No ha sido la evolución del catalán un hecho aislado, sino simultáneo para todos los dialectos de *Oc*, pues si bien algunos escritores siguieron en Francia, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, publicando obras, en general de corto aliento, en dichos dialectos, hasta el siglo XIX no aparecen verdaderos literatos regionales, descollando entre ellos el peluquero Jasmin, célebre poeta de Agen, quien, a pesar de escribir en idioma que Cabrie, en su libro *Le trouvadour moderne*, sólo considera como jerga local, bien distinta del provenzal, tanto y tan bueno publicó, que desde el fondo de un pueblecillo, donde en 1799 naciera, de humildísima familia, se elevó hasta ser llamado a París a recibir aplausos de los grandes y los sabios, y cuando llegó a morir, a los sesenta y cinco años de su edad, se le tributaron honores de soberano.

En mi sentir, obedece, cuanto ha ocurrido después con los poetas de las lenguas de *Oc*, a que siendo la poesía, según se ha dicho repetidas veces, «expresión artística de la belleza por medio del lenguaje, que resalta más si va sujeta a la cadencia y medida del verso», toda nueva forma del buen decir se aplaudirá unánimemente, siquiera no haya completa invención, pues ésta no cabe en lo que tradicionalmente existe. De aquí que nunca pueda admitirse una resurrección poética, aun cuando cambien las maneras de expre-

sar los sentimientos, pues sólo por milagro vuelve a la vida lo que murió, y por eso que yo no pueda creer, como buen cristiano, más que en la *resurrección de la carne*, la cual, por las señales, es poco inminente.

Aunque, según nos ha contado el Sr. Navarro Reverter, al fundarse, en 1854, en tierra de Aviñón, por siete poetas regionales, la Academia del Castillo de Fonségugne para el renacimiento del provenzal, creo yo que allí no empieza sino una restauración más o menos feliz, y los cincuenta primeros socios, que toman el nombre de *felibres* (1), comienzan a dar a luz sus obras, sobre las que descuella el poema *Miréio*, de Federico Mistral, publicado en 1859, y el Diccionario de la lengua provenzal, titulado *Tresor del felibrige*, obra capital del mismo autor.

Aunque marche contra la corriente, no he de ocultar que mi devoción por Mistral no es muy reverente, pues si cedo ante los que, conociendo bien la eufonía y la métrica re-

(1) No deja de tener interés la investigación del nombre de *felibres*, pues Navarro Reverter lo traduce como *Discípulos de las Musas*, mientras que el italiano E. Portal consigna en su libro *Letteratura provenzale* la leyenda siguiente: «Una vieja aceitunera recitó a Mistral una especie de romance, en el cual la Virgen Nuestra Señora cuenta a San Anselmo los dolores que pasó en la Tierra, y allí se dice que Jesús, siendo niño, discutió en el Templo *Emé set felibre de la lei*, esto es, con los siete Doctores de la ley»; y propuesto el nombre a los poetas de *Fonségugne* por Mistral, fué en seguida aceptado.

Derivan otros autores *felibre*, de *felo* (mamar), origen de *felius* y *filius*, y consta que usó la palabra Solino, escritor del siglo III, y en el XI la reprodujo Papis, glosador de San Isidoro, con la forma *felibres*, en equivalencia de *lactus vivens* (el que vive alegre), pero los copistas transformaron el *lactus* en *lacte* (leche), de donde se llegó a *felo*.

Otra tradición, citada por Boy, dice que los viejos de la tierra de Arlés usaban la voz *felibre* en sentido de *peritissimus*, que ciertas anotaciones de los Evangelios, transmitidas de generación en generación, emplean como equivalente de *Maestro*.

Termina Portal diciendo: «Después de todo, el sentido de la voz queda oscuro, lo que no tiene importancia sustancial»; y esto mismo sostiene Eguía Ruiz, en su trabajo titulado *Mistral y la poesía regionalista*, publicado en el núm. 1 del tomo XL de la revista *Razón y Fe*, diciendo: «Aunque se asignan a la palabra *felibre* diversos orígenes, ya griego y bajo latino, ora español o irlandés, lo más cierto es que su procedencia es desconocida.

gionales, para mí rebeldes, aplauden al vate provenzal, me causa profundo dolor su espíritu separatista, bien manifiesto, sin citar más de un caso, en el último serventesio, íntitulado *Espouscado* (1), de la composición *Lis Isclo d'or*, donde en cinco renglones, con forma de versos, se aconsonantan *colo* con *taco* y *estaco*, y *sou* con *sol*, y en los cuales, traducido al castellano, se dice: «Regentes, rectores, toda esa tropa que hemos de pagar con nuestro dinero, nos afea como tacha el hablar que nos adhiere a nuestros padres y a nuestro suelo»; y, con igual falta de gusto, se añade en seguida: «Pues bien: ¡eso, nones! Desde la Aubania hasta el Velay y hasta el Médoc, nosotros conservaremos, gruña quien gruña, nuestra rebelde lengua de Oc» (2).

En todo ello hay una hostilidad, más que defensiva, agresiva, contra cuantos en Francia no hablan el redivivo provenzal, y se coloca así el autor entre los regionalistas más intransigentes.

Al llegar el año 1859 y reinstalarse, según entonces se dijo, los Juegos Florales en Barcelona, se despertó entre los literatos de España verdadera curiosidad por saber a qué conduciría el poner de moda lo que, abandonado hacía muchos años, parecía próximo a extinguirse. Con ello, en sentir de la generalidad, sólo se trataba de continuar un *Romancero* regional y difundir en composiciones poéticas la lengua de la tierra, y por ello aplaudidos fueron los autores que aparecían premiados en los sucesivos certámenes y que se daban a conocer escribiendo en catalán (3).

(1) *Espouscado*, parece que vale tanto como *salpicadura*.

(2) Eguía Ruiz, *Mistral y la poesía regionalista* (*Razón y Fe*, 1.º de septiembre de 1914).

(3) Aprovecho la ocasión para recordar que en el Concurso de 1860 obtuvo el premio llamado de «Honor y Cortesía», galardonado con una flor natural, un joven, casi un niño, llamado Silvino Thós y Codina, nacido en Mataró, que meses después ingresaba conmigo en la Escuela de Ingenieros de Minas, y amigos íntimos desde entonces, juntos terminamos la carrera; y cuando, después de

Mas pronto se advirtió que buena parte de los poetas que surgían trovando en dialecto lemosín, tanto como el entusiasmo por la lengua familiar para cantar con ella las

cuarenta años, volvimos a reunirnos en el Consejo de Minería, pues él, como catalán, había procurado siempre estar empleado en Barcelona, mientras que yo traté de vivir de asiento en Madrid, aun recordamos nuestras aficiones poéticas juveniles, pues yo también presumí, en mis mocedades, de poeta. Hace poco tiempo que pasó a mejor vida mi amigo, y yo le lloraré mientras viva.

Es este un caso de los ingenieros que también son poetas, y de que hablé al comenzar este discurso; y creyendo que aquel *Romance* catalán, que se premió en 1860, a quien después llegó a estar a la cabeza de los ingenieros de Minas y adornó su pecho con bandas y cruces nacionales y extranjeras, tiene tanta poesía, según la autorizadísima opinión de D. Emilio Cotarelo, como los buenos castellanos, lo reproduzco del ejemplar, tal vez único que existe, y que yo guardo hace más de medio siglo, cuando, al dedicármelo su autor, lo estimé sobremanera, porque era la primera obra impresa que como regalo he recibido en mi vida:

AMOR ES VIDA

¡Ay de mi que dos cors que s' estiman
son dos rams qu' en un arbre units creixan;
y dos rams axí units ¡ay! s' esqueixan
si apartarlos per forza se 'ls vol!

(Lo Gayter del Llobregat.)

I

Del palau en una cambra,
á la hora en que mor lo sol,
plora la trista comptesa
la marxa de son espós:
que al pensar que va á la guerra,
y que pot trovar la mort
lluny dels brassos de qui l' ama
s' ànima s' cobreix de dol;
y ab la forza del plorar
se li mitx-parteix lo cor.
Lo compte, que trist com ella,
no cerca ni trob' consol,
sospirant lo front li bésa
y li diu plé de tristor:

— *Esposa mèva á Dèu siau!*

¡*Dèu vulla darvos conhort!*

Mos vassalls van á la guerra
tantost despuntí l' nou jorn,
y enrugallats tots m' aclaman
per son compte y son senyor.
La causa es santa, ma vida,
¡ho mana l' Rey! ¡Dèu ho vol!
sols déu, puig, quedarse 'n casa

qui no coneguia l' valor.
En mon pit poso la creu,
me calso 'ls durs esparons,
embrasso l' escut dels avis,
y empunyo lo clar pendó:
marxo, tost, cap á la gloria!...
Si moro la mort dels bons,
ton cor sia mon sepulcre,
en ell guarda mon recort;
mès si viu del camp ne torno,
cenyint garlanda de llor,
á rendir vindré á tas plantas
garlanda, vida y honors.
Mès pensa sempre, estimada,
que axí en vida com en mort,
tú serás sempre, senyora,
tú, la reyna del mèu cor.

La hora soná!... No es possible
que m' detinga en aquest lloch.

Esposa mèva á Dèu siau!
¡*Dèu vulla darvos conhort!*

II

Cent voltas l' astre del dia
mostrá á la terra sa cara,
dès que l' compte fou marxat
á la guerra ab sa mainada.
— ¡*Ay de qui se n' va y no torna!*
¡*Ay de qui s' mor de anyorança!* —

glorias de lo que denominaban patria chica, les animaba el deseo de vindicar ésta de ultrajes, más o menos ciertos, y cometidos años bien atrás por los gobernantes de la nación española.

Con ello sucedió que, al calor de viejos recuerdos, se exaltaron ideas de regionalismo, que en ocasiones fueron de odio contra los hijos de España nacidos fuera de Cataluña, a todos los que se igualaba y se trataba de denostar apellidándolos *castellás*.

No fué de los menos agresivos, por entonces, el primer maestro catalán del *Gay saber* en el siglo XIX, el famoso D. Víctor Balaguer, quien, en la composición titulada *Los quatre pals de sanch* («Las cuatro barras de sangre»), emplea como estribillo, no muy necesario:

¡Ay Castella castellana,
no t'hagués conegut may!

(¡Ay Castilla castellana, ojalá no te hubiese conocido!)

Mès ¡ay! de la grèu comtesa,
á qui res la consolava;
perqué s' consum si no plora,
y las llágrimas la matan,
que son llágrimas de foch,
que tot cuant tocan abrasan.
— ¡Ay de qui se n' va y no torna!
¡Ay de qui s' mor de anyorança! —
Era nit, nit de fèresa,
en que l' vent de las montanyas,
espantant als aucellets,
als aucellets que s'amagan,
bramant baixava, y los flors,
las floretas desfullava,
arrencant feréstechs sons,
sons de mort á las campanas.
Un corb, tal volta escapat,
fart de carn, de la batalla,
de la torre del homatje
al cim del marlet s'agafa;
esclata un xiscle, y los cels,
responent á s' amenassa,
retronan per tots cantons
y lo llam la terra ratlla.
— ¡Ay de qui se n' va y no torna!
¡Ay de qui s' mor de anyorança! —

Cuatro almugavers forsuts,
que venen de la crosada,
en aquell tan grèu instant
pèl pont del castell entravan;
tres patjes al devant venen
per ferlos hilluminaria:
en llurs espatllas portant
mal guarnit un llit de llansas,
tristos y muts los soldats
ja n' entravan per la plassa;
de la plassa del castell
vers la capella marxavan;
allí posan sobre un túmbol
un cós mort de una llansada;
y á la Verge dels Dolors
n' hi encenen set roijas llántias.
— ¡Ay de qui se n' va y no torna!
¡Ay de qui s' mor de anyorança! —
Dès que lo corb ha xisclat
la comtesa ja finava;
cuan véu entrar als seus patjes
l' ánima á Dèu ha donada.
— ¡Ay de qui se n' va y no torna!
¡Ay de qui s' mor de anyorança! —
¡Pau á qui l' mata l' amor!
¡Gloria á qui mor per la pátria!

A lo que, sin duda, se ve obligado el *trovador catalá*, como el autor se decía, no por fuerza del consonante ni del sentido, sino por la obsesión de que sus estrofas «resuenan lastimeras al pie de las almenas derruídas por culpa de Castilla la de las torres y los leones hambrientos» (1).

Afortunadamente, aquéllo pasó; cambiaron las ideas, y hoy hombres de ciencia y de trabajo de todas las provincias españolas viven laborando tranquilamente y con buenos amigos en Cataluña, de igual manera que los sabios, escritores y artistas de este país buscan en Castilla medios de próspera vida, desarrollando su perseverancia y sus conocimientos entre quienes hace poco tiempo sólo estimaban como extranjeros; y aun cuando a veces suenan con estridor voces contrarias, yo quiero creer que la fraternidad es completa, pues, castellano neto, encuentro mi patria en toda España y estimo como hermanos a cuantos, nacidos desde el Miño al Bidasoa, desde el Duero al Tajo, desde el Ebro al Guadalquivir, desde el Ter al Turia y al Júcar, y aun allende los mares, viven y trabajan honradamente, y dondequiera que están, son, ante todo y sobre todo, españoles, y entre ellos el afecto a lo nacional anula antagonismos locales.

En las circunstancias presentes, ni en otras muy distintas, por más que la poesía cantada en Cataluña tenga eufonía propia, ni por su forma, ni por su fondo, es distinta de la de todas las lenguas indoeuropeas, pues halla su fundamento en las leyendas germánicas derivadas de otras más antiguas orientales, y, por ello, claro es que poco podrá aportar al caudal de los poetas de Castilla, que, con inspiración bebida en las mismas antiguas fuentes, se ha aumentado con aportaciones, principalmente italianas, desde el siglo XVI hasta nuestros días.

(1) *Poesías catalanas completas*, por Víctor Balaguer; tomo I, pág. 164. La Bisbal, 1868.

Cierto que algo ha dado de sí la Poética de los Juegos Florales de Cataluña, no sólo para las provincias de habla lemosina, sino para todas las demás de España que han aceptado para cantar en castellano el lema *Fides, Patria, Amor*; pero los trovadores de hoy, ni en propósitos, ni en costumbres, ni siquiera en indumentaria, se parecen a sus gentiles precursores.

No es necesario gran don espiritual para profetizar que, si bien la vitalidad que reconocemos para todos los idiomas hará subsistir largo tiempo las *lenguas chicas*, cuantos necesiten entenderse para vivir fuera de la tierra en que nacieron habrán de emplear lenguajes más generalizados, impuestos por el trato de gentes, la facilidad, cada vez mayor, del viajar y la actividad progresiva en el intercambio de ideas y producciones, y ejemplo actual de ello es cuanto ocurre en la Oceanía, donde los habitantes de cada isla van cambiando sus dialectos propios, que la civilización, paulatinamente, borra, y sustituye por los de naciones conquistadoras.

Por esto creo seguro que, en no muy remotos tiempos, bastarán sólo dos hablas para recorrer el mundo entero: el inglés y el castellano, y habrá en el mar una *lingua franca*, producto de los dos dichos idiomas, con la cual se entenderán todos los hombres. Y si lo que creemos cierto, como producto de la ley general de unidad que rige en el Universo, se ha de obtener con el aniquilamiento de lenguas que, como el francés, el alemán y el árabe, hablan hoy millones de personas, suerte más precaria ha de corresponder a los dialectos regionales, por remozados que se presenten.

Dejemos, pues, de pensar en que la forma poética de una lengua local, cualquiera que sea y restáurese como se quiera, pueda ejercer acción realmente transformadora en la manera de decir de otra región de la tierra, con lo cual pierde toda importancia la existencia de idiomas competidores, so-

bre todo si éstos, en la época de su mayor auge, de poco, si en algo, sirvieron para la ciencia, el arte y la cultura universales.

Inclinándome, como es debido, ante la opinión de los que, como el Sr. Navarro Reverter, celebran el renacimiento del provenzal o del catalán con sus respectivos trovadores, me permito echar agua al vino de su entusiasmo, pues más que en el fruto sazonado de competencias literarias, pienso en el peligro de avivar polémicas regionales, enemigas del interés general.

Por ello, mi voto siempre estará en contra de restauraciones, que, de ser fecundas, nos llevarían a la Babel que se cuenta ocurrió entre los constructores de la famosa torre, y cuando son evidentes las ventajas en refundir todas las lenguas en una, siquiera sea aquella con que Dios se dió a entender en el Paraíso con Adán, Eva y la Serpiente, y que, al decir de Astarloa y Larramendi, fué el vascuence.

